TOMA MI MANO



B. E. RAYA

TOMA MI MANO



B. E. RAYA

ÍNDICE

RESEÑA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

RESEÑA

Para Sophia Brown, el amor familiar es el sentimiento que no tiene condiciones ni limitaciones; apoyar y respaldar siempre a los suyos será lo más importante para ella. Siempre ha antepuesto el bienestar de todos los demás al suyo propio. Por azares del destino, se cruza en el camino de la mujer arrogante con una personalidad compleja y envolvente que intenta abrirle los ojos, demostrándole que hay personas que no merecen su devoción y sacrificio.

Antonella Lennox encuentra en un Sophia un espécimen interesante. Ella en el pasado nunca recibió ningún apoyo, ni familiar ni de amigos, para alcanzar sus metas. Es por ese motivo que tratar con la señorita Brown le parece interesante. Antonella no descansará hasta descubrir si el amor y la lealtad tan arraigados que profesa esa mujer son verdaderos sentimientos o es una simple costumbre que tiene que ayudarle a romper.

CAPÍTULO 1

Nueva York…

Sophia se asomó por la ventana. Definitivamente, aunque Springs, Florida, era una ciudad impresionante, nada tenía que ver con el desarrollo, la infraestructura y el terrible problema de contaminación de Nueva York. Si existía una ciudad en el mundo entero, que Sophia pudiera situar en un mapa, esa era Nueva York. Había leído que la Gran Manzana acoge a toda aquella persona que va dispuesto a sorprenderse, aunque las expectativas sean altas. Sus calles, su ritmo de vida, las sombras de los rascacielos de día, las luces de los edificios de noche… Por algo era la ciudad que nunca dormía.

El hotel de cinco estrellas donde estaban alojados estaba en la zona céntrica de la ciudad. Sophia estaba preocupada por el elevado costo. Sin embargo, su padre le había asegurado que para iniciar cualquier negocio se necesitaba una inversión y hospedarlos cerca de donde sería el gran evento era una inversión. Su padre tenía una enorme fe en que su hermano Albert conseguiría los contactos y los inversores que necesitaban. Sophia giró la cabeza hacia una de las camas, donde su hermano estaba recostado boca abajo, abrazando las almohadas y con las piernas extendidas. Ni siquiera se había quitado los zapatos.

—Mi cabeza está mareada. Odio los aviones.

Dijo su hermano con voz cansada. Ciertamente, habían sido tres horas de vuelo, pero a criterio de Sophia no era para tanto. Aunque no volaron en primera clase, los asientos eran amplios y los trabajadores de la aerolínea fueron muy amables. Además, un chofer fue enviado para recogerlos.

—Intenta no dormirte, tienes que estudiar el proyecto de inversión que te dio papá.

Albert refunfuñó.

—¿Por qué tengo que hacerlo yo? Es bastante aburrido leer todos esos números.

Sophia frunció el ceño hacia su hermano. Era tan molesto y exasperante en ocasiones. No, en ocasiones no. Era exasperante la mayor parte del tiempo y de eso solamente tenían la culpa sus padres por haberlo sobreprotegido y mimado tanto.

—Papá tiene puesta su fe en ti. Intenta no decepcionarlo en esta ocasión.

Albert frunció el ceño cuando vio a Sophia cerrar la ventana y caminar hacia el pequeño escritorio de la esquina. Sophia abrió el maletín y extrajo las carpetas con la información del proyecto de inversión en el cual su padre llevaba trabajando algunos meses.

—¿Sabes una cosa? Tú deberías ser la que busque inversionistas. Conoces más del negocio que yo.

Sophia rió con amargura.

—Tal vez, pero quien tiene el título de licenciado en negocios internacionales eres tú, no yo.

La familia Brown durante generaciones siempre fue tradicional. Siendo una familia asentada en Florida desde tiempos inmemorables, tenían algunas costumbres, tradiciones y malos hábitos que fueron difíciles de cambiar. Como, por ejemplo, que las mujeres no estudiaran. Sí,

sonaba como una ridiculez, pero era cierto. Aun en esta época, las ventajas y los privilegios eran para los hombres.

Su padre no era una persona cruel, y no fue como que a Sophia se le prohibiera el derecho a estudiar. Simplemente, en los últimos años la familia pasó por una muy mala racha económica; por ese motivo solamente hubo el dinero necesario para que Albert terminara sus estudios, posponiendo la universidad de Sophia para el siguiente año, y después otro año y otro. Hasta que esa idea, en la cual ella debería continuar sus estudios, quedó en el olvido. Después de la muerte de su madre, el tema no se tocó de nuevo, siendo lógico que Sophia se quedara en casa y ayudará en la administración del hogar y se involucrara en los negocios.

Con la muerte de su madre, su padre se vio muy afectado; por lo tanto, Sophia tuvo que encargarse de algunas cosas de la empresa; aunque no tenía la preparación apropiada para ello, se las arregló para aprender. Aun así, los sueños y esperanzas de su padre estaban en Albert. Y a ella la había enviado a acompañar a su hermano, para intentar que conociera hombres y se casara de una buena vez. Y al mismo tiempo, aunque su padre no lo dijo con palabras, esperaba que Sophia vigilará a Albert. Ya que unos meses atrás, en otra reunión en Los Ángeles, California, su hermano se había puesto tan ebrio que había provocado mucho revuelo en dicho evento. Perdiendo de esa forma al inversor con el que supuestamente iban a negociar.

—Es muy injusto que papá me obligue a esto.

—Este negocio es tu herencia, Albert. ¿Qué harás si el negocio de la familia se va a la bancarrota?

Su hermano hizo un sonido de desagrado.

—Tú sabes que mi sueño siempre fue ser actor. ¿Por qué tengo que cargar yo con esta responsabilidad?

—No estoy bromeando, Albert. Tienes que comportarte muy bien mañana.

Este negocio tenía que funcionar. Era el último recurso; necesitaban inversores en la constructora naviera; de no ser así, se irían a la bancarrota en no más de un año. Su padre no podría continuar si no encontraba un socio. Durante los últimos años habían tenido algunos problemas; sin embargo, todo se fue al traste después de la pandemia de COVID19, la cual generó una onda expansiva que afectó a toda la economía mundial y desencadenó la mayor crisis en más de un siglo.

Hoy tenían una oportunidad gracias a una buena acción que realizó su padre hace poco más de cuatro años. Quien iba a decir que otorgar un préstamo de dinero a una persona que no muchos creyeron en ella le brindaría ahora la oportunidad de salvar su propio negocio.

Antonella Lennox. Una mujer joven, empresaria, que hace algunos años estuvo buscando financiamiento para comenzar su negocio de desarrollo web. Una chica originaria de Coral Springs, Florida, cuyos padres tampoco le ayudaron con sus estudios y ella misma se valió por sí misma. Un día de la nada, se presentó en la empresa de su padre y le pidió ser su socio de negocios.

Su padre, siendo un hombre al cual no le gustaban tanto las nuevas tecnologías, no tuvo la menor idea de lo que Antonella le estuvo proponiendo; sin embargo, admiró su actitud y su seguridad. Por ese motivo le brindó un préstamo y fue ese el error. Si su padre hubiera invertido y no prestado el dinero, la suerte financiera de la familia sería otra historia.

Con los años, Antonella Lennox tuvo vida. Bastante éxito, fundando una empresa que desarrollaba tecnología avanzada que era comandada por inteligencia artificial. La industria Lennox siempre está con constante evolución que utiliza diversas tecnologías para crear sitios web y aplicaciones, hasta avances robóticos.

Todo aquel que le cerró la puerta a Antonella Lennox, incluida la familia de ella, ahora se daban de topes en la pared. A su padre, Antonella le había pagado hasta el último centavo y con intereses. Y hoy en día, que su padre recurrió a ella por apoyó, la señorita Lennox estaba intentando devolverle el favor. Sería sencillo que ella misma invirtiera en el negocio de su padre, pero era lógico que ella necesitaba conocer primero el panorama completo antes de arriesgarse. Por ese motivo los había invitado a venir a Nueva York, con el propósito de estudiar el plan de negocio y que de paso pudieran conocer a más inversores. Esa noche acudirían a una fiesta organizada por la empresa Lennox en la cual anunciarían su último avance en tecnología médica.

Sophia lanzó la carpeta con documentos hacia la cama donde su hermano la observaba.

>>—Tienes tiempo para dar un repaso antes de que tengamos que alistarnos para la fiesta.

Esta era una gran oportunidad. Si al final Antonella Lennox no invertía, bien podrían encontrar a un buen socio en esa fiesta.

—Sí, sí, sí. Voy a darle una leída nuevamente. No importa que ya sepa todo esto de memoria.

Su hermano refunfuñó con desagrado. El corazón de Sophia se puso un poco pesado.

—Lo siento, Albert. En verdad lamento que tengas esta responsabilidad sobre tus hombros.

—¿Por qué te disculpas? Si hay alguna culpa, debe ser de nuestros padres. Nunca nos preguntaron qué era lo que deseábamos en verdad. Además de que nuestro padre, aunque lo niegue, en el pasado tomó muy malas decisiones y malgastó el dinero.

Sophia se acercó a su hermano y se sentó en el borde de la cama. Palmeó suavemente el hombro de Albert mientras él hacía un puchero y sacaba las hojas de la carpeta.

—No quiere perder la empresa familiar. Y no es su culpa la crisis financiera que ha golpeado al país en los últimos tres años.

—Aun creo que debería de vender la empresa e invertir las ganancias en la bolsa. Te aseguro que de esa forma, podrá obtener los beneficios suficientes para mantenerse toda su vejez y dejarte algo de dinero como herencia para que puedas mantenerte sola y no depender de un hombre…

—Y de esa forma tú podrías ser libre para dedicarte a la actuación.

Concluyó, Sophia.

—¡Exactamente!

Gritó a su hermano con entusiasmo; bastante tarde se dio cuenta de que su hermana había hablado con sarcasmo. Albert dejó escapar un largo suspiro.

—Sophia, ¿en serio no tienes ningún deseo? ¿Algún sueño? ¿Le harás caso a nuestro padre e intentarás encontrar un marido en esta fiesta?

—Todo padre espera que con el tiempo sus hijas encuentren un buen hombre y se casen, tengan hijos…

Dijo Sophia con una sonrisa.

>>—Conmigo, nuestros padres llevan esperando muchos años. Tengo treinta y tres.

—¡Por Dios! Sophia, no eres una anciana. Apenas vas a cumplir treinta.

—Mamá se casó a los veinte.

—¿Y? Eso era otra época y para mí casarse joven es un crimen. Hay que disfrutar de la vida.

Sophia sonrió. Albert era mayor que ella por un año. Y sus palabras eran ciertas; su hermano estaba empecinado en disfrutar de la vida y no quería trabajar. Esa era responsabilidad de sus padres por siempre haberle dado todo lo que quiso.

Albert levantó su cabeza enterrada y se sentó.

>>—Hermana ¿No crees en el amor?

Sophia se encogió de hombros.

—Quién sabe, tal vez a Dios se le olvidó crear a mi media naranja.

Ella, a lo largo de los años, había tenido un par de novios y todo había resultado en fracaso. Incompatibilidad de caracteres. Y hubo un novio en particular que la tachó de orgullosa y aburrida.

—¿Tú quieres casarte?

Insistió su hermano. Sophia suspiró. Mirando a través de la ventana, cuanto más profunda era la noche, más pesado se sentía mi corazón.

—Yo tampoco quiero ir a esa fiesta, Albert. Pero tal vez será una oportunidad para ambos.

Miró a su hermano.

>>—Si encuentras a ese inversor, papá dejará de presionarte con que te involucres más en la empresa. Con la inversión, nuestros problemas financieros desaparecerán y tú podrás intentar separarte del negocio. Puedes convencer a nuestro padre de que no te necesita y así poder hacer lo que te plazca.

Su hermano sonrió.

—¿Crees que eso es posible?

—El nuevo inversionista querrá involucrarse directamente en el negocio; seguramente aspirará a tener un puesto en la mesa directiva; puede tener la gerencia, ya que tú no la quieres.

La sonrisa de su hermano se amplió.

—Eso sería genial. ¿Y qué hay para ti? ¿Buscarás un marido?

—No quiero casarme, pero tampoco estoy cerrada a la oportunidad. Tal vez conozca a un hombre interesante.

—No te preocupes, hermana. Iremos a esa fiesta y te prometo que haré hasta lo imposible por encontrar ese inversor que necesitamos.

Sophia sonrió mientras miraba cómo su hermano agarraba más confianza.

—Confío en ti, hermano.

—Déjamelo a mí. No te voy a decepcionar, Sophia.

Albert murmuró con voz decidida mientras tomaba los documentos y se levantaba de la cama rumbo al escritorio. Estaba motivado y eso era bueno.

>>—Además, no te voy a negar que tengo curiosidad por volver a ver a la "*Rarita de las computadoras*" otra vez.

—Albert.

Reprendió.

—¿Qué? Es la verdad. Todos pensábamos que estaba loca.

—Debes olvidar esas ideas, Albert. No queremos ofender a la señorita Lennox. Es la única que está intentando ayudar a la familia.

Su hermano se encogió de hombros.

—Si en realidad quisiera ayudar, ella misma podría darle el dinero que nuestro padre necesita. Sin embargo, está buscando la manera de lavarse las manos, pero no parecer tan desagradecida.

Sophia dejó escapar un pequeño suspiro mientras miraba la invitación sobre la mesilla de noche. Era una invitación elegante con trazos de algoritmos intrincados.

—Su empresa es de diferente rama a la nuestra. ¿Por qué invertiría en una industria naviera?

—Por agradecimiento. El dinero que nuestro padre le prestó le sirvió para iniciar su imperio. Nadie creyó en ella, más que papá.

—Fue un préstamo, el cual ella ya pagó.

—El favor no se paga con dinero.

Alegó su hermano, sacando su laptop. Solamente esperaba que él se pusiera a estudiar y no a jugar en la computadora.

—Tal vez tengas razón, pero de momento nos está brindando esta oportunidad. No hay que desaprovecharla.

Ante sus palabras, su hermano asintió y se puso a trabajar. Sophia no quería interrumpirlo mientras estuviera motivado, así que se volvió a acercar a la venta. "*Rarita de las computadoras"*. Si, recordaba bien ese sobrenombre. Antonella Lennox para todo el mundo siempre fue rara. Siendo irreverente, no acatando las órdenes de sus padres y siendo rebelde en la escuela. Sophia era cinco años mayor que ella, pero recordaba a la familia Lennox. Durante algunos años, el abuelo de Antonella trabajó en la empresa de su padre, siendo un ingeniero bastante calificado, hasta que un problema en el corazón le impidió continuar con el trabajo y lo obligó a jubilarse anticipadamente.

Sophia recordaba haberla visto por la ciudad en algunas ocasiones, pero nunca cruzaron palabras. Después de todo, Sophia era mucho mayor que ella. ¿De qué podrían haber conversado? Al menos eso pensó hasta que ella volvió a presentarse ante el padre de Sophia para liquidar su deuda. Y entonces se dio cuenta de que la "*Rarita de las computadoras*" ya no existía. Aquella muchacha que siempre vistió ropa oscura, nada femenina, gorras, deportivas y de mirada confundida, había cambiado a una mujer sofisticada, bien vestida, elegante y con una mirada calculadora y muy mal sentido del humor. Recordaba haberla visto con ese traje oscuro, tacones, su cabello rubio suelto enmarcando su cara, su maquillaje era impecable.

La había visto en los noticieros en algunas ocasiones dando discursos, mostrando una seguridad extraordinaria mientras otros la observaban y juzgaban. Mirarla en persona fue aún más impresionante. Ella se veía tan espléndida que era difícil quitarle los ojos de encima cuando la mirabas de cerca. Sin embargo, lo que la hizo sentir más abrumada fue la energía fría que emanaba de ella.

—¿Quién eres tú?

Preguntó ella mirándola de arriba abajo. Sophia intentó no avergonzarse. Precisamente esa tarde había optado por vestir cómodamente. Vaqueros y una playera cómoda. Estaba haciendo mucho calor y esa tarde estaba planeado estar encerrada en la oficina organizando facturas. La comodidad era importante para dicha tarea.

—La presentación es tardía. Mi nombre es Sophia Brown. Usted tiene negocios con mi padre.

—No es un negocio. Es una deuda de honor la que tengo con su padre. Y vengo justo a liquidarla.

Los ojos de Sophia se abrieron un poco. El tono de voz de ella sonaba a desagrado. Como si deberle a su padre un favor fuera una molestia. Su mirada no vaciló mientras Sophia la miraba con desconfianza.

—Mi padre estará muy contento de verla nuevamente.

Los labios de Sophia temblaron en silencio mientras intentaba fingir cortesía.

—Supongo que sí.

Ella miró hacia todos lados. Escaneando el lugar.

>>—Este lugar necesita una reforma, pero dudo mucho que con el pago de mi deuda cambie algo.

Antonella Lennox resopló con un leve resoplido, bajó la mirada y las pulcras cejas de

Sophia se juntaron entre su frente. Nunca había corrido antes, pero el corazón de Sophia latía con fuerza como si hubiera corrido. Estaba indignada por tanta soberbia. La empresa de su padre había visto mejores épocas, pero tampoco era un basurero.

>>—Supongo que al ser una empresa familiar, usted es una de las directivas.

Finalmente, ha llegado una pregunta que puede ser respondida adecuadamente. Sophia abrió la boca con la mayor calma posible.

—Solamente ayudo en algunas cosas. Mi hermano es quien atiende los asuntos directivos junto a mi padre.

Ella enarcó una ceja.

—¿Cómo es eso? ¿Es hija del dueño, pero solamente figura como empleada?

Sophia apretó los labios. Ojalá fuera una empleada, pero no era de esa forma. Sophia ni siquiera tenía un sueldo por esta labor.

—Solamente ayudó cuando hace falta.

Con un pequeño resoplido, la señorita Lennox se acercó. Sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué tengo la sensación de que usted no recibe el reconocimiento que merece y en cambio es su hermano quien se lleva el crédito?

Sophia estaba preocupada por lo astuta que era esta chica y por lo mucho que estaba adivinando.

—No es de esa forma.

Sophia levantó la cara y la miró con ojos temblorosos, alzando la voz.

—¿No lo es?

Allá la miró de arriba abajo como si la estuviera evaluándola.

>>—Según los rumores, dicen que su hermano no sabe hacer otra cosa que causar controversias en los bares que frecuenta. ¿Es verdad que él tiene un fetiche por las mujeres casadas?

Sophia se enfureció en nombre de toda su familia. Sin embargo, se controló perfectamente.

—Creo que nadie mejor que usted para comprender que no debería de confiar en todo lo que dicen los rumores en esta ciudad.

Los ojos azules de Antonella Lennox se parecían a la fría luz del amanecer. Sophia pensó que ya no le gustaría el cielo del amanecer en el futuro. Sus labios perfectamente simétricos se movieron lentamente hacia arriba en un arco.

—Cierto. Soy consciente de que no debemos confiar plenamente en las personas.

Sonrió.

>>—Eso es algo que usted también debería aprender. No debe confiar en nadie, ni siquiera en su propia familia.

Sophia la miró a los ojos con los ojos bien abiertos. Su corazón latía con fuerza a causa de la indignación.

—Mi familia no es como la suya.

Era de todos conocido que la familia Lennox nunca creyó ni apoyó los sueños de su hija. Ahora que ella era una mujer de éxito, estaban arrepentidos. Sin embargo, Antonella, siendo cruel como lo decía su reputación, estaba alejada de su familia y desde que abandonó esta ciudad, nunca había vuelto hasta ahora. La familia Lennox, por supuesto, que la habían buscado; querían una reconciliación con ella; sin embargo, Antonella Lennox no les daba ni siquiera la hora.

—Tal vez no quieras verlo, pero te aseguro que tu hermano y tu padre no son tan nobles como piensas.

Sophia apenas resistió el impulso de abofetearla. ¿Quién se creía ella para insultarla y juzgarla de esa forma?

—Está claro que no podremos estar de acuerdo en esta conversación…

Comenzó a decir Sophia.

>>—Así que ya no la entretengo más; seguramente mi padre debe estar esperándola.

Era la forma más corta que tenía Sophia para pedirle que siguiera su camino hacia la oficina principal.

—¿Alguna vez has pensado en hacer algo más que ser la sombra de los hombres de esta familia?

Sophia se quedó en blanco. Por supuesto que era algo que había pensado en ocasiones; le hubiera gustado hacer tantas cosas en el pasado, pero su familia la necesitaba ahí. No importa cuánto pensara Sophia, nunca había sido codiciosa. ¿Cuánto se esforzó por no causar problemas a los demás? La expresión de Sophia se endureció.

—Mis decisiones no son algo que le competa, señorita Lennox.

Hizo una pausa.

>>—Comprendo que su vida haya sido complicada y vea el mundo de forma aguda, para después juzgar severamente. Sin embargo, le puedo asegurar que no se puede juzgar el contenido de un libro mirando la portada. Yo no soy una hija maltratada.

El corazón de Sophia latía tan rápido que hasta le dolían las costillas.

—Puedo entender porque su padre la aprecia tanto. Y la tiene prisionera en este lugar.

La señorita Lennox la miró con una sonrisa en su rostro.

>>—Usted es bastante interesante.

Mientras Sophia observaba como Antonella Lennox continuaba hablando con voz fría, no podía dejar de sentir como ella no podía dejar de despedir pura malicia hacia los demás.

—Por el contrario, le aseguro que soy bastante aburrida.

Antonella dio un paso más cerca de ella y sonrió más brillantemente.

—Créame, a mí no me parece aburrida. Estoy intrigada. ¿Cómo puede ser que, siendo tan astuta y aguda, sigas enterrada en un sitio como este?

El rostro de Sophia ahora estaba blanco y sin sangre. Sophia realmente la odiaba. Sus manos sudaban profusamente y el corazón latía tan fuerte que no podía latir más.

—Lo hace sonar como si fuera prisionera de mi propia familia. Este es mi hogar.

—¿Está segura de ello? ¿Es tu hogar? ¿O el de tu padre y tu difunta madre? ¿Cómo puedes llamar algo tuyo, ni nunca lo ha sido?

—Fácil, a eso se le llama familia.

Dijo aprontando los labios.

>>—Por el contrario, creo que es algo que usted no comprenderá. Lamento que su familia no fuera tan unida.

—Vaya, sí que sabes golpear donde más le duele a las personas. Y todos piensan que yo soy cruel.

En lugar de mostrar mal humor, la señorita Lennox sonrió, mostrando sus dientes blancos.

—Me disculpo si la ofendí. Solamente quería dejar en claro que no tiene derecho a despreciar mi esfuerzo por querer que mi familia permanezca unida

Antonella la miró como si se divirtiera y negó con la cabeza.

—Dime, Sophia Brown… ¿Cuál es tu mayor temor? ¿Tienes miedo de explorar el mundo? ¿De qué tu familia no dependa de ti?

Los ojos de Antonella se iluminaron, y se humedeció los labios con la lengua.

>>—¿Sabes que el barco de tu padre se hunde? Dudo mucho que puedas salvar algo que está a punto de colapsar.

Sophia apretó los labios. La señorita Lennox levantó las cejas con curiosidad y la miró. Sophia se sobresaltó un poco por la fuerte energía que salió en un instante, pero luego apretó los puños. Sus palmas estaban empapadas de sudor.

—Entonces seguiré la tradición… Me hundiré con la nave.

Antonella la miró en silencio. Sophia se calmó una vez más y luego continuó con una voz pequeña pero clara.

>>—No me mal interprete, sé que ninguna familia es bastante buena o mala. Todos tenemos problemas y conflictos. Pero amo a mi familia. Estoy dispuesta a sacrificar y priorizar el tiempo, finanzas, comodidad, energías y otras actividades que son importantes para otros, por el bienestar de los que amo.

Sus palabras eran claras.

>>—Está en todo el derecho de juzgarme si lo desea, no me importa. Usted tomó su decisión de alejarse de los suyos y eso está bien por usted. Pero yo he decidido permanecer a lado de mi familia por el tiempo que sea necesario. No somos perfectos, pero los amo igualmente.

Sophia sintió una sensación de euforia sin razón. Antonella Lennox la observó atentamente y después dio un paso hacia ella. Sophia sintió la mano de ella agarrando suavemente su barbilla.

— ¿Eres feliz viviendo así? Nada cambiará en tu vida, si sigues anteponiendo a los demás antes que a ti misma.

—Sí. Estoy feliz.

Sophia no dudó en asentir con la cabeza. Al ver que la sonrisa en el rostro de Antonella se desvanecía muy lentamente, Sophia habló una vez más.

>>—Es mi felicidad vivir toda mi vida en paz, aquí, donde nací, donde yo elijo esta.

—¿Es así?

—Sí.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Sophia, pero nunca cayeron. Dio un paso atrás, después se giró hacia el pasillo y le dijo a la señorita Lennox que la siguiera y la llevaría a la oficina de su padre. Ni siquiera esperó a comprobar si ella la seguía o no. Al llegar a la oficina principal, abrió la puerta, entró, anunció a la señorita Lennox a su padre y, sin mirar a ninguno de los dos, continuó derecho por la puerta contigua donde estaba la sala de juntas. No volvió a ver a la señorita Lennox nuevamente.

Al menos eso pensó, hasta que un mes después llegó la invitación para asistir a Nueva York.

CAPÍTULO 2

No hay tiempo, ni sentencia que no se cumpla. Al siguiente día por la noche, una limusina fue a recogerlos al hotel. Todo el camino, Albert agarró la mano de Sophia en el auto. Ella no podría asegurar quién de los dos estaba más nervioso.

Sophia apostaba a que era ella. Desde que su padre les anunció que Antonella Lennox los había invitado a esta fiesta, Sophia se mostró tranquila, calmada. Hasta ahora fue que se permitió recordar el incidente sufrido con esa chica. Sophia había querido olvidarlo, puesto que no le gustaba admitir que de cierta forma Antonella Lennox tuvo razón en sus palabras, aunque Sophia defendió a su familia a capa y espada. Sophia recordó los ojos vívidos y las palabras crueles que le dijo. Sacudió la cabeza una vez para quitarse de encima su siniestra imagen y miró a Albert.

—¿Por qué hay que estar nervioso? Después de hoy, los problemas de nuestra familia se solucionarán. Tenemos que tener fe en que lograremos nuestro objetivo.

—Sí, hermana. Lo lograremos.

Llegaron pronto al hotel donde se celebraría el gran evento. Para esa noche había escogido un hermoso vestido azul oscuro de lentejuelas. No era un vestido nuevo; lo había encontrado en una tienda de segunda mano, pero era de marca. Una vez que lo llevó a la tintorería y le hizo algunos ajustes, había quedado como nuevo. El vestido era largo, con escote de corazón; se ajustaba perfectamente a su cuerpo y, gracias a las varillas del vestido, su cuerpo lucía bien formado y torneado. Hoy sí se sentía bonita. Ella misma se había maquillado y su cabello lo había recogido en un peinado alto. Obviamente, el vestido luciría mejor con alguna joya cara, pero no tenía ninguna. Así que el brazalete y las arracadas de oro que había heredado de su madre <<*Y que había evitado que su padre vendiera*>> eran sus únicos accesorios.

En la puerta les pidieron su invitación y después fueron guiados por las puertas. Mientras seguían la lujosa alfombra roja, llegaron a un salón de banquetes decorado con espléndido mármol. Los lujosos materiales de las paredes y los largos candelabros que colgaban del techo mostraban lo lujoso que era este edificio. Cada candelabro brillante parecía como si hubiera al menos cientos de velas en él. Los sonidos de los hombres y mujeres con sus mejores vestidos y esmóquines, riendo y charlando, se mezclaron con el sonido de la banda tocando…

—Ah, esto sí que es otro mundo.

Murmuró su hermano. Deslumbrado. Les costó trabajo integrarse al principio, no conocían a nadie y, por más que Sophia buscó y buscó, la anfitriona del evento, Antonella Lennox, no estaba presente. ¿Faltaría a su propio evento?

Armándose de valor, Albert y ella decidieron romper el hielo, saludaron casualmente al pasar y poco a poco se fueron presentando a personas. Albert demostró una sociabilidad sorprendente: una hora después ya había sacado a bailar a dos damas. Eso estaba bien, pero en realidad Sophia necesitaba que Albert se concentrará en los empresarios y no en las esposas o hijas de estos.

Después de recibir champagne de una camarera que pasaba, Sophia comenzó a organizar los pensamientos que la habían estado molestando. Era el asunto del reencuentro con Antonella Lennox. El mejor escenario en el que Sophia podía pensar hasta ahora era que no se encontraría

con ella en este lugar público y tenía la esperanza de que no se acordara de ella, ni del desacuerdo que tuvieron en aquella ocasión. Total, ya había pasado un mes desde entonces y ella suponía que Antonella Lennox tenía cosas mejores que hacer que tomar en cuenta a Sophia.

Ella respiró hondo, sintiendo el sudor goteando por su espalda. Sophia enderezó la espalda y miró su reloj para comprobar la hora. La fiesta ya estaba cada vez más avanzada y se acercaba la medianoche. Albert se había integrado bastante bien y prácticamente ya se había olvidado de ella. Yendo de un lugar a otro, conversando con hombres de negocios y bailando con las damas de la fiesta. Sophia no estaba ofendida, después de todo ese había sido el objetivo de venir aquí, ¿cierto?

Sophia dejó escapar un pequeño suspiro mientras miraba alrededor. Los hombres habían sido corteses con ella, pero hasta el momento no había tenido ni una sola invitación para bailar.

Media hora después venía saliendo del baño cuando notó que el ambiente en la fiesta había cambiado. Todo el mundo parecía más ansioso y exaltado. Al principio no comprendió por qué razón. Buscó con la mirada a su hermano, pero no logró encontrarlo. Así que decidió desplazarse por el salón para encontrarlo. Ese era su objetivo. No era buena idea apartar tanto tiempo la mirada de Albert.

Estaba tan concentrada en su objetivo, hasta que escuchó que alguien mencionaba el nombre más temido, "*Antonella Lennox*". El nombre resonó en sus oídos, junto con el murmullo de la gente.

Los movimientos de Sophia simplemente se detuvieron. Instintivamente se giró hacia donde las personas estaban alborotadas. Fue como observar al mar abrirse: la multitud se abrió ante el paso de la mujer vestida con un esmoquin blanco. Sophia evitó que su mandíbula cayera abierta. Efectivamente, la anfitriona de la fiesta estaba utilizando ropa de hombre… bueno, no de hombre, también las mujeres podían utilizar trajes y el esmoquin de ella era bastante femenino y sensual. Se pegaba perfectamente a su figura y esos tazones altos no dejaban lugar a dudas de que era una dama elegante; su peinado era un moño alto, su maquillaje social perfecto y sus labios rojos combinaban perfectamente con el botonier con una rosa roja. ¿Por qué no le sorprendía que Antonella Lennox fuera en contra de la etiqueta? Sin embargo… ¿Qué? ¿Era obligatorio usar un vestido? Sophia cayó en cuenta que estaba pensando efectivamente como una anciana. Era dos mil veinticuatro. La ropa no definía el género. Las personas pueden vestirse como quieran, sin importar si es ropa que se considera "*apropiada*" para su sexo. La ropa es una forma de expresión y de sentirse cómodo, y no debe definir la sexualidad o la identidad de género de una persona.

—Vaya, vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí?

Por un momento, Sophia tuvo la ilusión de que había viajado en el tiempo, un mes atrás, cuando esta mujer y ella estuvieron frente a frente la primera vez.

>>—Querida Sophia Brown. Tiempo sin vernos.

La señorita Lennox se erguía frente a ella imponentemente; a su alrededor todos las observaban curiosos.

>>—Es agradable ver de nuevo a la hija de uno de mis benefactores. Gracias por aceptar la invitación.

Al ver que ella la saludaba con modales perfectos, Sophia también decidió que debería ser cortesana.

—Nos sentimos honrados por su invitación, señorita Lennox. Mi padre también está profundamente agradecido.

Una extraña sonrisa apareció en el rostro de la mujer mientras la observaba atentamente.

—¿Te gustaría bailar una canción conmigo, querida Sophia?

En el momento en que la señorita Lennox extendió su mano, el rostro de Sophia se endureció un poco. El aire a su alrededor cambió repentinamente. ¿Qué pretendía esta mujer? ¿Dos mujeres bailando? ¿Estaba loca o qué? Ciertamente, Sophia había leído en la prensa sobre los rumores de la inclinación sexual de la señorita Lennox, pero nada estaba claro. La mejor conclusión a la que llegaban los medios de chismes era que la señorita Antonella Lennox era bisexual.

>>—¿O tengo que esperar mi turno?

Comentó ella de forma burlona. Sophia estaba desconcertada y avergonzada. A su alrededor, los cuchicheos de la gente no se hicieron esperar.

>>—Quiero bailar contigo, así que por favor no te niegues.

Se sentía como si la gente la mirara con simpatía. Los ojos de Sophia parpadearon rápidamente, como si tratara de ocultar la vergüenza. Si Sophia se negaba, sería severamente criticada; si aceptaba, lo sería igualmente. ¡Oh Dios! Lo que más deseaba era decirle a la cara unas cuantas verdades. Sin embargo, igualmente sería duramente censurada. Si de alguna forma ofendía a esta mujer, le cerraría para siempre la puerta a su familia para conseguir un socio.

—Antonella. ¿Otra vez estás siendo irreverente?

Comentó un hombre colocándose a un costado de Antonella.

>>—Te he dicho que no montes dramas en los bailes. Siempre te gusta llamar la atención.

—Porque siempre tienes que entrometerte donde no te llaman, Ricardo.

Antonella fulminó con la mirada al hombre moreno.

—Mira eso. ¿No puedes ver la cara sonrojada de la dama? Parece que está a punto de estallar en lágrimas.

—¿Por qué soy mujer, no tengo derecho a sacar a bailar a una hermosa mujer?

¿Hermosa? Chilló Sophia en su cabeza.

—Me disculpo en nombre de mi socia malhumorada, ¿señorita…?

—Mi nombre es Sophia Brown y estoy aquí acompañada con mi hermano Albert Brown. De nuevo, gracias por la invitación.

Sophia estaba aún más ansiosa de que Albert no estuviera presente en ese momento.

—Mucho gusto, señorita Brown, soy Ricardo de Armenta, socio de negocios de esta mujer.

El hombre miró entonces a Antonella.

>>—Siempre es lo mismo contigo; todavía que llegas tarde, no haces otra cosa que atormentar a los invitados.

—¿Atormentar? Si no vas a bailar, no hay razón para ir a una fiesta.

Los ojos de quienes los rodeaban ahora estaban cada vez más descaradamente enfocados en ellos. Algunos de los invitados incluso miraron a Sophia con suspicacia. ¿Podría ser esto más vergonzoso? Pero tenía que soportar este momento; no le daría el gusto a la señorita Lennox de humillarla en público.

—Ya hablamos de este tema, no me hagas repetirlo.

Dijo el señor Ricardo, mirando a Sophia.

>>—Fue un placer conocerla, señorita Brown. Ojalá su padre también hubiera venido. Antonella me contó la historia de cómo fue que el señor Brown fue la primera persona en ayudarla.

—Fue solamente un préstamo que ya liquidé, por cierto.

Comentó Antonella, rodando los ojos.

—Aun así, un favor no se paga con nada.

Comentó el hombre y Sophia estaba segura de que acababa de enamorarse de este hombre. Además, era apuesto. Alto, moreno, músculos bien definidos y ojos...

>>—Por favor, si es posible también quisiera conocer a su hermano. Tal vez pudiera invitarlos a almorzar mañana antes de que regresen a su ciudad.

—Eso sería fantástico, muchas gracias, señor Armenta.

Sophia maldijo nuevamente a su hermano por no estar presente en esta importante oportunidad.

—Perfecto, entonces, enviaré un mensaje a su hotel.

Y con eso último se disculpó, e insistió a todos los que estaban alrededor que continuaran divirtiéndose. Caballerosamente, y en otras palabras, les dijo que cada quien se ocupara de sus asuntos y no anduvieran de metiches. ¡Oh cielos! Este hombre era ideal. ¿Estaría casado?

—Entonces, ¿dónde está exactamente tu hermano pequeño, Sophia?

Todos los demás se dispersaron, excepto la mujer demonio.

—El lugar es tan grande que no logro verlo, de hecho lo estaba buscando. Si me disculpa…

Sophia inclinó la cabeza hacia ella y trató de irse, pero no pudo. En un rápido movimiento, Antonella la sujetó de la mano e hizo que rodeara su brazo. Como si ella fuera un caballero que deseaba escoltarla.

—Te ayudaré a buscarlo. Seguramente debe estar por el jardín. Este hotel es famoso por su hermoso jardín y su fuente de agua.

Sophia se sentía cada vez más mareada. La cruel mujer vestida de blanco la miró directamente a la cara y sonrió.

>>—Te apuesto que tu hermano quedó prendado del hermoso panorama del jardín que le es difícil alejarse de tanto esplendor.

Las palabras de la mujer fueron dichas con sarcasmo. Sin duda, ella sabía algo. Comenzaron a caminar.

—¿Qué trata de insinuar?

—Nada, el jardín botánico es hermoso y es el lugar preferido para los invitados que desean despejarse un poco.

Para ser honesta, Sophia tenía un mal presentimiento. Nadie sabía más sobre la vida llena de imprudencias de Albert que ella.

>>—Tranquila, los pecados y errores de tu hermano no son los tuyos.

Le susurró Antonella bastante cerca del oído. Ya bastante incómoda estaba deslizándose por el salón del brazo de otra mujer y bajo la atenta y curiosa mirada de los invitados. ¡Maldita sea! Ella era una solterona que escasamente había tenido novios en la vida y ni una propuesta de matrimonio. A eso ahora le sumarían el rumor de que ella era lesbiana. <<*Albert, maldita sea, prometiste comportarte*>>.

Mientras caminaba del brazo de Sophia Lennox, Sophia recibió la mayor atención que jamás había visto en su vida. Todos los presentes, sin importar edad o sexo, no ocultaron su curiosidad por la mujer escoltada por la señorita Lennox. Sophia respiró un poco mejor, cuando salieron del salón.

>>—¿Te ha gustado Nueva York?

—Si. La ciudad es impresionante. Muchas gracias.

—Solamente son edificios. No has visto lo mejor que tiene esta ciudad para ofrecer.

Cuando la señorita Lennox inclinó la cabeza y le susurró al oído, sus mejillas ardieron y tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás sin darse cuenta.

—Mañana planeábamos dar un paseo por la ciudad antes de tomar el vuelo de regreso.

Sophia se mordió el labio y sonrió.

—¿Puedo ampliar tus días de visita? Yo me encargaré de todo. Créeme, hay tanto que ver y hacer que un solo día no sería suficiente.

Sophia sonrió.

—No queremos abusar de su generosidad.

La señorita Lennox hizo un sonido de desagrado.

—Solamente quiero aclarar que mi invitación es para ti, no para tu… inquieto hermano.

Comentó ella con tono seco, mientras comenzaban a salir del hotel hacia el jardín. Bajaron lentamente las escaleras.

—El clima es agradable, ¿no le parece?

Sophia optó por cambiar de tema. Sí, eran lamentables sus intentos para desviar la intención de la señorita Lennox. Pero era lo mejor que podía intentar. En el jardín encontraron a más parejas paseando y en plan romántico. Los árboles y los arbustos de rosas daban algo de intimidad y romanticismo a las parejas. El mal presentimiento de Sophia se acrecentó.

—Tu vestido…

Dijo Antonella, mirándola.

>>—Realmente te queda ese color.

—Gracias.

Unos cuantos mechones de cabello de Sophia fueron arrancados por la ligera brisa y corrieron por el escote. Antonella Lennox, nada disimulada, miró sus bubis. Sophia quiso cubrirse. No lo había sentido antes, pero había algo en su mirada que ponía nerviosa a la gente. La mirada descarada de esa mujer era bastante intensa.

>>—Usted… Usted también se ve impresionante.

Y eso era cierto. Por más que fuera un esmoquin, Antonella Lennox lucía hermosa y femenina. Y bastante sensual tenía que agregar.

—Más vale que así sea; este esmoquin me costó cinco mil dólares. Si no captó la atención, estoy dispuesta a demandar al diseñador.

—¡Cinco mil dólares!

Chilló sin ser consciente o quererlo decir en voz alta. La señorita Lennox rió ante su cara de indignación por el costo de la ropa. Sophia se sintió avergonzada y estaba a punto de reñirla cuando fueron interrumpidos por una risa divertida que ella conocía bastante bien. Automáticamente se liberó del brazo de la señorita Lennox y se apresuró hacia los helechos de la izquierda.

>>—¡Albert… !

Sophia se tapó la boca con ambas manos mientras observaba a Albert besar a una mujer que estaba a medio vestir. Ambos eran un revoltijo de ropas y tul en el césped.

Su hermano la miró indignado y la mujer en cuestión la observó, frustrada por interrumpir su momento pasional. Lo que fue asombroso de mirar fue cómo esos ojos desafiantes pasaron a ser una mirada de pánico cuando la señorita Lennox se colocó a un lado de Sophia.

—Geraldine… Qué agradable sorpresa. Tiempo que no te veía. ¿Cómo está tu esposo?

Saludó Antonella con bastante burla en su tono de voz. La mujer en cuestión palideció asombrosamente. Se levantó de un salto y comenzó a arreglar su ropa a toda velocidad.

—Sophia, ¿qué has hecho?

Reclamó su hermano, también levantándose e intentando ajustar su traje.

>>—¿Por qué eres tan entrometida?

—Albert, lo prometiste. Estamos aquí para intentar ayudar a la empresa y tú…

—¡Yo tengo derecho a divertirme! Es mi vida.

Todo el traje de Albert estaba sucio, como si hubiera rodado por el suelo de tierra. Su padre había gastado más de mil dólares en ese traje para que Albert se viera presentable en este evento, mientras ella tuvo que conseguir su vestido en una tienda de segunda. Sophia sintió que se le caía el corazón al suelo y cerró los ojos con fuerza.

—Tranquila, Sophia, tu hermano está haciendo un espléndido trabajo en socializar con mandos importantes. El marido de Geraldine es el representante de la cámara de comercio…

Dijo Antonella riendo.

>>—Seguramente su marido tratará muy bien a la familia Brown si su esposa satisfecha y saciada sexualmente se lo pide. ¿Cierto, querida?

Todas las palabras de Antonella salieron con sarcasmo hacia Geraldine. La arrogancia de Albert desapareció ante el descubrimiento de quién era el esposo de esta mujer. Geraldine tuvo la decencia de parecer mortificada, no dijo nada y salió corriendo del lugar.

—Sophia… yo… yo no lo sabía. Lo juro.

—Cállate, Albert.

Al escuchar la voz baja de Sophia, Albert cerró la boca. ¿Cómo debería hacer esto?

>>—Ve a buscar un taxi, no marchamos enseguida.

—Pero…

—Ahora, Albert. No tengo ganas de discutir.

Sophia lo miró de arriba abajo. Sus pantalones y chaqueta estaban cubiertos de barro.

>>—E intenta salir por un lugar donde nadie te vea.

Sophia se giró entonces a la señorita Lennox.

>>—Le agradezco esta oportunidad dada a mi familia.

Comentó con la cabeza gacha. Estaba derrotada, ya no pidió más. Escuchó entonces los pasos apresurados de su hermano, alejándose del lugar.

>>—Y me disculpo por todas las molestias causadas.

—¿Por qué te disculpas tú? Es tu hermano quien ha sentenciado a la empresa de tu familia si este escándalo sale a la luz.

Antonella Lennox se cruzó de brazos. Sophia sentía tanta vergüenza, pero sobre todo estaba derrotada. Estaba sumamente cansada de intentar llevar todos los problemas sobre sus hombros. Abrió la boca con una voz llena de sinceridad, apretando los labios.

—Por favor. ¿Puedo pedirle discreción sobre este asunto?

—¿Piensas que soy la única que los vio? ¿Cómo crees que supe que tu hermano estaba aquí?

Sophia sentía cómo la roca de sus hombros se volvía más y más pesada.

>>—Geraldine volverá a ser famosa. Es un escándalo cada que va a una fiesta. Machacar la hombría de su marido su mejor habilidad y su esposo es un idiota por perdonarla en cada ocasión.

Se rió.

>>—Por supuesto que su venganza se extiende hacia los amantes de su mujer; he ahí donde descarga sus frustraciones.

—En el salón solamente existirán rumores… Nada pueden probar…

Suplicó con vergüenza.

>>—Por favor, por favor, no se lo diga a nadie. Se lo ruego.

—¿Por qué debería hacer eso?

Sophia se quedó sin palabras cuando la temperatura bajó repentinamente ante la voz burlona

de la señorita Lennox.

>>—Tu hermano acaba de dejar caer la guillotina sobre los negocios de tu padre. Y aun así se atrevió a gritarte. Ellos no merecen tus atenciones.

Fue entonces cuando Sophia se dio cuenta con seguridad de que la situación era más grave de lo que había pensado. Su hermano había lanzado por la borda el esfuerzo de su padre y el de ella para poder mantener a flote la empresa. Su padre había puesto todas sus esperanzas en Albert y todo había fallado. ¿Su hermano había pensado en la familia aunque fuera un poco antes de decidir ir tras de esa mujer? ¿Tan siquiera se había puesto a pensar que si se iban a la quiebra, todos irían a la calle y él mismo debería de buscar un empleo cuando ni siquiera era capaz de hacer nada sin quejarse?

>>—Por favor.

Todo el cuerpo de Sophia temblaba de impotencia y coraje. Deseaba gritar, deseaba abofetear a su hermano. La señorita Antonella se acercó más a ella y bajó el rostro para intentar mirarle la cara. Los ojos de Sophia, llenos de lágrimas, brillaban a la luz de la luna.

—¿Por qué te esfuerzas tanto? Ellos no te lo agradecerán jamás. ¿Por qué les tienes tanta lealtad?

Los ojos azules de la señorita Lennox brillaron de emoción otra vez.

—Es mi familia.

—¿Y qué tiene de bueno una familia que no te valora como es?

Ella la miró con ojos que parecían devorarla en cualquier momento. Sophia tenía el presentimiento de que si las cosas salían mal aquí, todo terminaría.

—Mi padre la ayudó en el momento que más lo necesitó. No lo olvide. ¿No es válido que regrese la misma cortesía?

Sophia estaba desesperada y no era válido que utilizara eso en contra de la señorita Antonella. Sin embargo, ella tenía que aferrarse a su último recurso.

—Vaya, al fin la señorita Brown está mostrando las garras.

La voz de la señorita Lennox fue ligeramente más baja. Sophia alzó la mirada.

—Espero sinceramente que muestre un poco de cordialidad hacia el hombre que la ayudó en un momento de necesidad.

—¿No es suficiente agradecimiento haber pagado mi deuda con intereses y que, no conforme con eso, los haya invitado a Nueva York para que encontraran socios comerciales?

Ella susurró cruelmente mientras miraba a Sophia, mirándola fijamente con desesperación en sus ojos.

>>—Les pague el vuelo, comida y hospedaje. Eso fue demasiada cordialidad de mi parte. Deberías culpar a tu hermano por arruinar esta oportunidad.

Sophia abrió mucho los ojos.

—¿Usted pagó…?

¿Ella corrió con todos los gastos? No podía ser posible. Su padre no dijo nada… Cuando la señorita Lennox dio un paso atrás, Sophia la sujetó del antebrazo.

—Si, por favor, si nos ayuda en esta ocasión, haré cualquier cosa que pida, señorita Lennox. Le doy mi palabra.

Los ojos de la señorita Lennox se iluminaron con diversión.

—¿Lo que sea?

—Sí.

Sophia asintió. La señorita Lennox enarcó una ceja.

—¿Por qué estás haciendo esto?

La señorita Lennox habló con amabilidad, como si sintiera pena por Sophia.

>>—¿Dónde está la mujer arrogante que mantuvo la cabeza erguida hace un mes y soportó todos mis insultos y humillaciones? No te conviene dar tu vida por tu familia. Créeme, no lo vale.

Sophia tragó saliva.

—Esta es la última esperanza que le queda a mi familia agobiada por las deudas; necesitamos con urgencia un inversor. Y con lo que acaba de suceder…

—Tu familia, ¿todo es por tu familia?

Dijo la señorita Lennox con frustración.

>>—¿No te importa cuál sea tu vida? ¿Solamente piensas en tu familia?

Sophia no podía entender que hiciera esa pregunta.

>>—Respóndeme.

—… Ver felices a las personas que amo es mi felicidad.

Los ojos de la señorita Lennox que miraban a Sophia se oscurecieron aún más. En la distancia, el sonido de la música se escuchaba débilmente y la luz de la luna se hacía cada vez más profunda. La señorita Lennox se quedó en silencio por un momento; dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo.

El cuerpo de Sophia tembló cuando la mano de Antonella tocó su rostro, pero no la evitó. No pudo evitarlo. Las manos frías femeninas con las uñas color rojo agarraron su diminuto rostro y lo levantaron. Sophia tragó saliva seca. No podía apartar los ojos de esa mirada azulada tan intensa.

>>—Me aseguraré que la indiscreción de tu hermano con Geraldine no se sepa.

—Gra…

—Aún no termino.

La interrumpió.

>>—Mi tolerancia es muy poca, así que deberías siempre recordarlo.

Su mano aún no había dejado su rostro. El pulso en el cuello de Sophia latía y latía rápidamente.

>>—En este momento regresarás al hotel junto a tu hermano. Mañana dos autos los recogerán, uno llevará a tu hermano al aeropuerto y el otro te llevará directamente a un departamento donde aguardarás hasta que yo me contacte contigo.

Sophia abrió mucho los ojos.

—¿Cómo dice?

—¡No me gusta repetirme! Soy bastante clara.

Su pulgar presionó contra su labio inferior. Sophia ahora era incapaz de pronunciar una palabra.

>>—Les dirás a tu padre y hermano que te ofrecí una oportunidad de empleo. Y que si tiene dudas tu padre, que se comunique directamente conmigo.

¿Empleo? Chilló Sophia en su cabeza. La nariz afilada de la señorita estaba lo suficientemente cerca como para tocarla. Su voz susurrante era clara.

>>—Me resultas interesante, Sophia Brown. Eres mi nuevo proyecto de investigación y quiero mantenerte cerca de momento.

La respiración de Sophia se cortó, incapaz de decir nada. Ese fue el final. La señorita Lennox se alejó repentinamente, haciendo que se tambaleara hacia atrás. Sin mirarla dos veces, Antonella Lennox se dio la vuelta y regresó por el sendero por el cual habían llegado.

Tardó unos segundos más en reaccionar; después ella misma se apresuró a salir de los arbustos y caminó de regreso por donde había venido, arrastrando las piernas.

Un hombre de traje oscuro la interceptó al subir los escalones y le informó que le dieron la orden de escoltarlos de regreso al hotel y le indicó que el auto estaba esperándola en la entrada y que su hermano ya estaba ahí. Sophia no discutió y siguió al hombre.

En el auto, su hermano se deshizo en disculpas, pero ella no quiso escucharlo, se recargó contra la puerta del pasajero y miró a través de la ventana mientras se deslizaban por las calles iluminadas de la enorme ciudad. Y, a pesar de todos los momentos vividos durante el día, sus ansiedades y preocupaciones, en lo único que podía pensar Sophia era en lo cansada que estaba y que no deseaba saber nada del mundo y de sus problemas familiares de momento. Paz; solamente necesitaba un poco de paz.

CAPÍTULO 3

Nueva York, dos semanas después…

—*Querido padre…*

Sophia se quedó mirando la pantalla de su móvil parpadeante. Se quedó pensativa; tenía tanto que decirle a su padre, sin embargo, no encontraba las palabras apropiadas. Ya habían pasado dos semanas y aún no era capaz de describir las verdaderas circunstancias en las que se encontraba.

Como bien había amenazado la señorita Lennox, no le fue permitido a Sophia regresar a su ciudad; después de despedirse de su hermano en las puertas del hotel, un vehículo la había llevado a un apartamento en el centro de la ciudad. No era un edificio lujoso, ni en la quinta avenida; sin embargo, sí era un edificio ultramoderno con todos los servicios. El apartamento estaba en el treceavo piso. Había dos recámaras, la principal con baño y un baño más a un costado de la sala de estar. La cocina era de última generación; la sala de estar era elegante y amplia; también tenía un estudio con muchos estantes con libros. En resumen, el apartamento era hermoso, elegante y por lo visto había estado desocupado hasta que Sophia llegó.

Los closets estaban despejados; no había despensa en la cocina, hasta que al día siguiente llegó un mensajero a surtir la despensa y llevarle un poco de ropa, por órdenes de la señorita Lennox.

Además, se le informó que la señorita Lennox se había ausentado de la ciudad por algunos días, pero que el señor William Sandler, asistente de la señorita Lennox, se contactaría con ella para informarle sobre las funciones que desempeñaría en la empresa a partir de ese momento

¡Le dio un empleo! Eso no fue mentira. El señor Sandler le informó sobre su nuevo puesto de empleo; de momento trabajaría de forma remota desde su apartamento, realizando informe y verificando algunas cuentas de negocios pequeños que estaban bajo el mando de la firma Lennox. Aunque bien sabía Antonella Lennox que ella no era contadora y que no tenía ningún título universitario, le encargó ese negocio. Si al señor Sandler le pareció extraño este trabajo repentino, no lo dijo. Al contrario, cortésmente le explicó todo lo que tenía que saber y hacer.

Un día después de haberse instalado en el apartamento, le fue entregada una laptop completamente nueva, impresora, fax, copiadora y un teléfono nuevo y todo aquello que fuera necesario para convertir el estudio del apartamento en una oficina funcional. Además de que le fueron entregadas cientos de cajas con archivos que necesitaba revisar y clasificar.

Todos los días entregaba un reporte detallado al respecto de sus avances y su trabajo durante el día era supervisado, sin embargo recibía correos electrónicos del jefe de departamento administrativo de la empresa Florentino Adams, ya fuera para agradecer sus avances o realizar algunas retroalimentaciones sobre sus informes. Hasta el momento, no había tenido ningún contacto con Antonella Lennox y ella no preguntaba al señor Sandler absolutamente nada sobre el regreso de ella.

Además, cada semana, era depositado su sueldo en una cuenta personal que le había

ayudado abrir el contador de la empresa… Era la primera vez que recibía un salario en toda su vida. El trabajo en sí no era pesado; era algo que realizaba en la empresa de su padre. Realizarlo para otra persona era extraño y más extraño aún que Antonella Lennox tuviera confianza en que ella lo hiciera correctamente.

Su padre y su hermano estaban desconcertados por tan repentino cambio. Hablaba por teléfono con su padre casi todos los días y todo parecía ir bien. Al menos eso aseguraba su padre, pero su hermano le enviaba mensajes todos los días preguntándole cuándo volvería, porque ya estaba agobiado con tanto trabajo. Y estaba cansado de aguantar el mal humor de su padre. Aunque en realidad la indiscreción de Albert cometida en la fiesta era un secreto entre los hermanos, su padre sospechaba que algo no andaba bien. Ya que para nada habían podido conseguir un inversor. Lo único que le mencionó su padre fue que Antonella Lennox le pidió una copia del registro fiscal de la empresa y que pronto tendría noticias de ella.

Sophia dejó de escribir al escuchar el sonido de la puerta principal y la voz inconfundible del señor Sandler anunciándole que iba a entrar. La puerta del departamento se abría con código de seguridad, y por supuesto, el asistente de la señorita Lennox era el único aparte de Sophia que lo sabía. Ningún repartidor o mensajero entraba en el apartamento al menos que lo acompañara el mismo señor Sandler.

—¿Aún sigue trabajando, señorita, Brown?

Preguntó el señor Sandler asomando la cabeza.

>>—Solamente estoy leyendo el último reporte antes de enviarlo, señor Sandler.

Sophia suspiró mientras miraba las hojas de papel arrugadas sobre el escritorio. Ella era una perfeccionista, no importaba cuantas veces leyera cada documento. Tenía que asegurarse de que todo estaba correcto.

—Comprendo, solamente venía a traerle unos informes que requiere la señorita Lennox que revise.

Sophia arqueó la ceja, preguntándose porque no los había enviado por correo.

>>—…Además trajimos algunos suministros para la cocina y algunas otras cosas más que envió la señorita Lennox.

—Ya veo.

Sophia suspiró y asintió.

>>—¿Y cuándo podré ver a la señorita Lennox en persona? Hay algunas cosas que quisiera hablar con ella.

Ni siquiera le habían querido proporcionar su número de teléfono.

—No sé.

El señor Sandler vaciló por un momento, luego agregó.

>>—Probablemente la vea este fin de semana en el club; le envié la invitación por correo. Además de que mencione claramente que la señorita Lennox insiste en que se presente vestida apropiadamente para el evento.

Sophia enarcó una ceja. En automático fijó la mirada en la computadora; ni siquiera fue consciente de haber recibido algún correo electrónico, pero era cierto. Tenía un correo de parte de Sandler de veinte minutos atrás. Abrió el correo y efectivamente era una invitación para un evento de caridad en un club campestre. Sandler era tan correcto y calmado que efectivamente en el mensaje anexo con palabras cordiales él le estaba indicando que era primordial y deseó de la señorita Lennox que asistiera al evento. Sin embargo, Sophia presentía que era una orden.

—No sé qué tipo de ropa se usa en estos eventos.

Dijo sin pensar; se sonrojó cuando Sandler se aclaró la garganta.

>>—Es un evento casual, no debe preocuparse por eso. Pero si gusta, puedo dar indicaciones para que un chofer la lleve de compras mañana.

—Gracias, Sandler.

Contestó con vergüenza.

▪:✧·✦·✧:▪

La mañana del día del evento campestre amaneció brillante. Después de miles de respiraciones profundas, Sophia bajó del auto que la recogió esa mañana en el apartamento y la llevó directamente al club campestre. Estaba nerviosa. Esta era la primera vez que salía del apartamento desde que la llevaron ahí la primera vez. Ni siquiera el día que supuestamente aceptó ir de compras tuvo que salir; al final había pedido algunas cosas por internet y le fueron entregadas directamente en la puerta del apartamento al día siguiente.

Este club campestre, como cualquier club deportivo, se dedica a la práctica de deportes al aire libre, como el golf, el polo, el croquet o el hockey sobre césped. Las instalaciones eran hermosas y apropiadas para una ciudad tan industrializada y sobrepoblada como Nueva York.

Una persona del club se ocupó de llevarla directamente hacia la señorita Lennox, a la cual le informaron que estaba en los establos practicando equitación desde hacía media hora.

Fue fácil distinguirla en el establo. Ella estaba vestida con un traje apropiado para dicho deporte: una chaqueta azul marino, pantalones blancos, botas, guantes, su cabello estaba sujeto en una coleta alta. En cambio Sophia había comprado un vestido veraniego floreado y amplio y lo había combinado con unas sandalias y una chaqueta a juego. Al menos cuando buscó en Google la búsqueda arrojó que esa era la ropa que comúnmente una mujer se utilizaba en este tipo de evento. Sophia caminó lentamente hacia la sorita Lennox que la miraba ahora fijamente. Esa mujer al lado del caballo se veía más arrogante hoy.

—Gusto en verte, Sophia.

Comentó la señorita Lennox, mirándola de arriba abajo.

>>—Luces radiante hoy; definitivamente la ciudad te sienta bien.

Sophia apretó los labios.

—No creo eso del todo.

Contestó audazmente.

>>—¿Cuándo podré volver a casa?

A su alrededor había otro par de hombres además de Sandler, los cuales astutamente se giraron y fingieron conversar entre ellos. Antonella Lennox palmeó la grupa del caballo y tiró de la rienda para acercarse a Sophia.

—¿No te gusta la ciudad?

Preguntó la mujer ajustando la correa de su cabello hacia atrás. Al ver que Sophia no contestaba, suspiró.

>>—Pregúntame de nuevo una vez que termines tu trabajo.

Ella ágilmente subió a lomos del caballo.

>>—¿Te gustaría dar un paseo a caballo?

Sentada en la silla, la señorita Lennox inclinó completamente su torso hacia un lado, palmeando un costado del caballo para tranquilizarlo.

>>—Supongo que no sabes montar. En lugar de estar pensando en volver a esa prisión que llamas hogar, deberías de aprovechar el tiempo y aprender a hacer cosas nuevas, a apreciar la ciudad.

—Ya he visto mucho las vistas de la ciudad a través de la ventana.

Contestó con amargura. La señorita Lennox sonrió.

—Siempre hay algo que cambia el panorama, Sophia. Aprende a disfrutarlo.

La señorita Lennox le estiró la mano.

>>—Ven, monta conmigo. Te enseñaré como se hace.

Por inercia, Sophia dio un paso hacia atrás cuando el caballo se removió sobre sus patas.

—Eso puede ser peligroso.

—No hay nada que temer. Es mejor montar con alguien cuando es la primera vez. Anda, anímate.

La señorita Lennox la miró agudamente.

>>—¿O eres tan cobarde que no te atreves a desafiar tus límites?

Oh sí, ella era una cobarde para todo, pero no era algo que admitiría ante esta mujer.

>>—Anda, señorita Brown, sal de tu caparazón por una única ocasión.

La señorita Lennox no esperó respuesta. Dio la orden a uno de los mozos de la cuadra para que ayudara a Sophia a subir a su caballo. Sophia se sintió como si fuera una muñeca de trapo. Fue colocada detrás de la señorita Lennox y le indicaron que se sostuviera fuerte de su cintura. Antes de que Sophia pudiera calmar su corazón, el caballo salió disparado hacia adelante.

Instintivamente, Sophia se apretó más fuerte contra el cuerpo de la señorita Lennox. El caballo no detuvo su galope mientras cruzaba el amplio prado. El corazón de Sophia latía salvajemente. Esto es demasiado rápido.

—Por favor…

Suplicó. Deseaba bajarse.

—Vamos, Sophia. Abre los ojos.

Gritó la señorita Lennox sobre su hombro. Sophia tenía el rostro prácticamente clavado contra su espalda. La velocidad seguía siendo mucha, pero no tanto como al principio. Sophia frunció el ceño por el viento y respiró hondo. Justo antes de que Sophia tragara saliva seca y abriera la boca, la señorita Lennox giró a la derecha por el prado.

Mientras el caballo corría rápidamente por el prado, Sophia no tuvo más remedio que sostenerse con fuerza. El golpe de la silla le lastimaba las nalgas, pero el miedo era mayor.

Una y otra vez escuchó a la señorita Lennox animándola a disfrutar, a abrir los ojos y extender los brazos. Escuchaba claramente su risa mientras el viento le abofeteaba en la cara. El corazón de Sophia latía tan fuerte que se sentía como si se le saliera del pecho. Antonella Lennox no le daba tiempo.

Entonces el caballo corrió y giró, pero esta vez lo hizo más lento, trotando. Segundos, minutos, tal vez horas pasaron antes de que Sophia se acostumbrara un poco al movimiento. Fue entonces que decidió abrir los ojos.

>>—Observa a tu alrededor. ¿No es hermoso?

Insistió la señorita Lennox. Sophia entonces miró alrededor. El campo de equitación era grande, pero no tan amplio como un bosque abierto. La pradera estaba cubierta de verde césped y la abundancia de árboles en la ribera del terreno era hermosa. A la lejanía se podían apreciar los campos de golf, junto con el edificio del club. Quién iba a pensar que algo tan hermoso y natural podría estar cerca de una ciudad tan contaminada y llena de edificios.

Pronto se detuvieron y Sophia estaba intentando encontrar la manera de saltar de la bestia sin partirse el cuello. Pero la señorita Lennox fue más rápida. Bajó ella primero y se giró para sujetar fuertemente las riendas del caballo. Sophia se sujetaba con fuerza a la silla sin saber qué hacer ahora.

>>—Sujétate de aquí.

La instruyó la mujer. Sophia desesperada, le hizo caso. También se deslizó hacia delante, para quedar en el lugar donde Antonella había estado segundos antes.

—Quiero bajarme.

Gritó.

—Tranquila, lo estás haciendo bien. Yo llevaré las riendas y tú solamente relájate.

Los ojos de Sophia se entrecerraron. ¿Relajarse? ¿Cómo? Su corazón latía con fuerza, como si estuviera a punto de salirse de su boca, y el calor se extendía por todo su cuerpo.

—¡Quiero bajarme!

Repitió. Pero la señorita Lennox no la dejó. Comenzó a tirar de las riendas para que el caballo se moviera lentamente por el campo.

—Un jinete nunca aprende si no sale de su zona de confort.

Comenta la señorita Lennox, avanzando y guiando al caballo.

—Yo no pedí aprender.

—Aprender cosas nuevas es genial.

Contradijo ella sonriendo.

>>—¿Sabes que he aprendido de los caballos? Los caballos nos enseñan sobre el respeto, trabajo duro y lidiar con la decepción.

Ella respiró y miró al cielo.

>>—Me encanta sentir el viento en el rostro, es como poder tocar la libertad.

Miró a Sophia intensamente.

>>—Inténtalo, saborea la libertad.

Terca como era. Sophia negó con la cabeza. Sin embargo, la señorita Lennox la paseó por el prado por varios minutos, haciendo que el odio por esta mujer aumentará. ¿Por qué se burlaba tanto de ella?

Una hora más tarde estaba en una terraza privada, muy hermosa y compartiendo una comida con su torturadora. ¿Por qué la atormentaba tanto?

—Te felicito, todos tus reportes enviados hasta el momento están bien hechos. Eres muy buena para organizar la información.

—Seguramente existen personas más capacitadas que yo para esa labor.

Dijo ella sin levantar la mirada de su plato. Los langostinos estaban deliciosos, pero ella tenía el estómago oprimido.

—Tal vez, pero recuerda que me debes un favor, así que no puedes marcharte hasta que completes el trabajo asignado.

Dijo ella con contundencia mientras bebía calmadamente su copa de vino blanco.

—¿Por qué insiste en tenerme aquí?

Preguntó antes de que Sophia pudiera contenerse.

>>—Y no me diga que es por el grandioso trabajo que realizo, porque ambas sabemos que no es así.

La arrogante mujer sonrió.

—Ya te dije, tengo curiosidad por ese sentido de lealtad y fe que tienes tan arraigado.

Alzó la copa.

>>—Nadie en esta vida puede ser tan bueno o tan mártir como tú quieres aparentar.

Sophia puso los ojos en blanco.

—El amor a la familia no es un fenómeno extraño como usted cree.

—A tu hermano sigue sin interesarle la empresa familiar. Según mis informes, está demasiado concentrado en una hermosa mujer que es directora creativa en una productora…

Sophia se tensó.

>>—Por cierto, dicha mujer está casada; por lo tanto, lo más seguro es que tu hermano se meta en problemas, antes de siquiera despegar su sueño de ser actor.

Ella se rió cínicamente.

>>—Tu hermano es guapo, no puedo negarlo, pero dudo mucho que tenga talento para el cine.

Sophia apretó los cubiertos en sus puños. La fulminó con la mirada; sin embargo, los ojos de la mujer arrogante estaban tan tranquilos.

—No debería de burlarse de los sueños de los demás.

Dijo casi en voz baja.

>>—Usted, después de todo, tuvo un sueño con el cual comenzó su compañía.

Antonella sonrió y alzó la copa de nuevo antes de beber.

—Tienes toda la razón, querida Sophia.

Volvió a beber para después dejar la copa en la mesa. Para nada parecía alterada.

>>—Yo apoyo los sueños. Sin embargo, para alcanzar una meta hay que trabajar y tu hermano se está equivocando de camino. Deja de ser hipócrita, que tú también lo has pensado.

Sophia luchó contra los temblores de su mano.

>>—A diferencia de tu hermano, tú trabajas y te esfuerzas demasiado, pero no tienes un sueño propio.

El sudor llenó las manos de Sophia.

>>—Dime que me equivoco, Sophia. Dime cuál es ese sueño que tanto anhelas.

Sophia se mordió el labio hasta que le dolió. Luego, tratando de no temblar, abrió la boca. Su pulso latía con fuerza en la mano que sostenía.

—Usted sabe en realidad como herir a las personas.

—¿Yo?

—Sí, no finja inocencia. Ahora mismo su mayor placer es atormentarme. ¿Pero qué le he hecho yo para que sea tan cruel?

Intentó levantarse, pero la señorita Lennox la sujetó de la mano. El pulso de Sophia latía cada vez más rápido.

>>—Déjame ir.

—Dime la verdad.

Los ojos de Antonella Lennox brillaron azulados. Después de hacer un ruido fuerte, preguntó, mirándola directamente a ella, quien estaba sin aliento por la sorpresa.

>>—¿Estas dos semanas que has estado aquí han sido una tortura? Tienes un trabajo, se te paga un sueldo y tienes un apartamento a tu entera disposición. ¿Eso es ser cruel?

Los ojos de Antonella brillaron con furia.

>>—Tu padre y tu hermano son las personas que menos te respetan; haces todo el trabajo y no lo reconocen. Créeme, si un socio llegará a la puerta de tu padre y le dijera que invertiría en la empresa a cambio de acostarse contigo, él te entregaría sin dudar.

El rostro de Sophia se puso blanco y luego se sonrojó repetidamente mientras pronunciaba palabras que no pasaban por su cabeza.

—¡Eso es mentira!

La señorita Lennox levantó las cejas.

—¿Estás segura? ¿Cuándo tu padre te ha brindado el reconocimiento y el respeto que te mereces? ¿No te envió a mi baile con la esperanza de que encontrarás un esposo?

Sophia ahora brillaba roja de vergüenza desde la nuca y su pecho expuesto por encima de su

vestido.

—Solo venimos a buscar un inversor.

—¿Es eso realmente todo lo que quería tu padre?

Sophia respiró hondo y habló.

—Mi padre no es un monstruo.

Sophia pensó que su corazón podría dejar de latir demasiado rápido en ese momento. Cerró los ojos con fuerza y abrió la boca para abrir la boca.

>>—Si yo no me he casado y me he quedado a ayudar a mi familia, es por mi decisión.

Por un momento, el silencio pasó entre ellas. La señorita Lennox la miraba con una extraña expresión, ni enojada ni de buen humor. Finalmente se echó a reír. Sophia tragó saliva seca mientras observaba a la mujer reír.

—Déjame comprobar si tienes razón o no.

Ella liberó su brazo.

>>—Un auto te llevará de regreso al apartamento. La diversión terminó por hoy.

Y esa sentencia fue lo que Sophia había querido escuchar durante horas. Así que no dudó en marcharse.

CAPÍTULO 4

Sophia ya había sabido con antelación que Antonella Lennox era una persona de armas tomar y bastante peligrosa, aunque tuvo la esperanza de que su amenaza hubiera sido solamente palabras al azar.

Ahora, contemplando a su hermano a través de la pantalla, se estaba dando cuenta de que definitivamente Antonella Lennox era el diablo.

Albert estaba sentado inexpresivamente frente a la pantalla. Sus ojos estaban llenos de ansiedad y preocupación; parecía que no había dormido en días.

—Albert. ¿Estás bien?

—No. Ya papá te habrá contado la noticia, ¿cierto?

Sophia quería aliviar la carga de su hermano si podía, pero se sentía resentida por no poder hacerlo. Una semana había bastado para que Antonella Lennox volviera a complicar su existencia. Después de su comida desastrosa en el club campestre, Sophia no había sabido nada de Antonella nuevamente. Ella continuó con su trabajo normalmente, hasta esa mañana que su padre le había llamado para darle la noticia de que había encontrado por fin una inversora apropiada para la empresa. A Sophia se le heló la sangre; sintió una sensación agridulce en la boca del estómago. Primero que nada, se alegró con la noticia; eso quería decir que los problemas financieros de su familia se solucionarían. Lo malo fue que tuvo un mal presentimiento y no se equivocó cuando su padre le informó que dicha inversora era la mismísima Antonella Lennox.

Además, lo peor fue que su padre, con un aire de orgullo masculino, le informó que Antonella Lennox había quedado bastante impresionada con Albert y que ella no tuvo ningún reparo en informarle que le gustaría tratar un poco más con él en el futuro. ¿Ahora resultaba que a Antonella le gustaba Albert? Su padre obviamente no le contó toda la conversación, pero era certero decir que Sophia tenía la impresión de que su padre hasta ya estaba planeando la boda de Albert con Antonella. Estaba bastante ilusionado y había dado la orden a Albert de que más le valía tratar bien a Antonella y tratar de impresionarla apropiadamente.

—Papá solamente quiere que sean cortés con la señorita Lennox, Albert.

—Hermana…

Sophia miró a Albert, mirándola con desesperación.

>>—A mí esa mujer no me gusta.

Albert susurró suavemente.

>>—Además, no está entre mis aspiraciones casarme y nuestro padre se empeña en recalcar que, si despreció a la señorita Lennox de alguna manera, la empresa se irá a la quiebra. ¿Pero es mi culpa?

A Sophia le dolió el corazón por las duras palabras.

—Lo siento mucho, Albert.

—No es tu culpa, hermana. Estoy muy molesto, ¿por qué yo?

Albert hizo una mueca y finalmente estalló en ira; se levantó y comenzó a arrojar cosas por toda la oficina. Estaba montando un berrinche bastante infantil, pero no era como que

sorprendiera a Sophia con esos arranques. Su hermano podría tener más de treinta y uno, pero emocionalmente se comportaba como un niño de cinco. Sophia respiró hondo, esperando a que su hermano se calmara.

—Albert, no lo hagas si no quieres. No estás obligado a cortejar a una mujer que no te guste, aunque nuestro padre te lo ordene. Hablaré con él.

Esto era un completo desastre y ella misma no tenía la confianza en que pudiera influir en algo en la decisión de su padre, pero lo intentaría.

>>—Todo estará bien, Albert.

Su hermano se acercó a la pantalla.

—¿Volverás a casa?

Sophia cerró los ojos y los abrió.

—Aún tengo trabajo aquí. Aunque quisiera dejarlo, creo que los ingresos nos servirán un poco si la situación en casa se complica.

Lo cierto era que, si la empresa se iba a pique, sería muy poco lo que podrían recuperar; aunque su padre vendiera las acciones en pedazos, no lograrían mucho. Eso quería decir que todos tendrían que trabajar en lo que pudieran para seguir manteniendo la casa. O de plano tendrían que vender la casa y mudarse a un lugar más pequeño para que el coste de mantenimiento fuera menor. No era un problema que pudiera resolverse fácilmente y su padre tal vez no lo aceptaría. Sin embargo, Sophia consideraba que era mejor abandonar la nave antes de que se hundiera.

—Estoy enamorado de alguien, hermana.

Le confesó a su hermano. Sophia intentó no reaccionar. Albert siempre pensaba más en sí mismo que en los demás. Recordó las palabras de la señorita Lennox sobre la relación inadecuada que tenía su hermano con una mujer casada.

>>—Ella es maravillosa, deseo tanto que la conozcas…

Albert, soñadoramente.

—¿Está casada?

Preguntó sin rodeos. Albert abrió mucho los ojos.

—Está separándose de su esposo.

Sophia cerró los ojos y elevó una súplica a Dios para que le diera paciencia.

—Albert, a ti nada más te gustan los problemas.

—No lo entiendes, ella no es solamente una aventura, estamos enamorados y en cuanto se divorcie, nos casaremos.

—Albert, escúchame. Yo solo…

Sophia estaba desconsolada, pero no pudo evitar luchar para hablar. No quería pretender ser un villano, pero no hay manera.

—No quiero que saques conclusiones sin conocerla, Sophia. Ella es una mujer maravillosa. Me hace feliz. Eso es lo importante, ¿no es así?

—Albert…

—Es mi elección, hermana. No tienen derecho a interferir en mis decisiones.

Sophia se quedó sin palabras. Porque no pudo encontrar nada que decirle a Albert.

>>—Y no le haré caso a nuestro padre; la señorita Lennox puede irse al infierno. Si es necesario voy a huir de casa. No necesito ni a padre, ni a ti. Soy capaz de bastarme a mí mismo.

Los ojos de Sophia se congelaron y sus labios se separaron en silencio.

—Albert…

—¡Quiero libertad! Y sabes muy bien que nuestro padre jamás me lo permitirá. En lo único

que piensa él es en su empresa. Nunca nos ha dado elección de nada.

Fue entonces cuando el miedo tembloroso de Albert se comunicó por completo. Él deseaba ser libre, pero le asustaba enfrentarse a lo desconocido. Hasta ese grado sus padres lo habían sobreprotegido. Albert tenía mucha determinación, pero siendo francos, él no había trabajado en nada que no fuera la empresa.

>>—Hermana, ¿qué debo hacer ahora?

—Lo que tu corazón dicte, hermano.

Contestó Sophia con un suspiro. De nada serviría llevarle la contraria a Albert. A fin de cuentas, era su decisión.

—Hermana…

Albert la miró suplicante.

>>—¿No piensas ayudarme?

Sophia apretó los dientes. Algo dentro de ella le dijo que se revelara, que dejara que Albert se rascara con sus propias uñas y que, por primera vez en la vida, asumiera la consecuencia de sus actos. Pero su arraigado sentido del deber por ser la mayor se impuso.

—Está bien, Albert. Hablaré con papá…

Además de hablar claramente con la señorita Lennox. Si esto fuera un maldito juego de manipulación, exigiría que se detuviera de inmediato. No importaba el costo. Lo importante era que nadie podía lastimar a nadie querido para ella.

▪:✧·✦·✧:▪

Era el amanecer cuando Sophia había puesto todos sus pensamientos en orden. Sophia tomó una decisión. Después de hablar con Albert, Sophia llamó a su padre, pero fue en vano. No hubo forma en que pudiera hacer entender a su padre que una inversión de la señorita Lennox y, mucho menos, una relación sentimental o sexual entre ella y Albert sería la solución a los problemas. Su padre estaba dispuesto a poner toda esa carga en Albert desde el principio.

Sophia se preparó para salir de casa sin dudarlo. Después de hablar con el asistente Sandler para que le concertara una cita personal con la señorita Lennox, se animó a pedir un taxi para ella sola llegar a la empresa de la señorita Lennox.

Era mediodía cuando llegó a la dirección que Sandler le había enviado por mensaje. No le extrañó llegar a un edificio ultramoderno, justo enfrente de Central Park. Había visto el edificio por Internet, pero verlo en persona resultó aún más impresionante. En este edificio había muchas otras compañías; sin embargo, Lennox Companie ocupaba los niveles 28, 29 y 30. siendo el piso treinta donde estaban las oficinas administrativas,

Con manos temblorosas entró al elevador, esquivando y luchando contra hombres y mujeres que solamente iban y venían a toda prisa. Todos ataviados con trajes elegantes y tacones las mujeres. Sophia vestía un simple conjunto de chaqueta y pantalón y zapatillas planas. No estaba acostumbrada a los tacones. ¿Y por qué utilizar algo con lo que no estaba cómoda? Total, no estaba aquí para agradar a nadie.

En la recepción, ya la estaba esperando Sandler, quien le informó que la señorita Lennox estaba en una videoconferencia y la atendería en cuanto fuera posible. Sandler la guió hacia una sala de juntas bastante amplia. Toda una de las paredes era de cristal. El sol brillaba intensamente y Sophia se quedó admirando el panorama. Ahora ya no podía escapar; trató de quitarse la tensión.

—La señorita Lennox la recibirá ahora.

Dijo una voz femenina a su espalda. Sophia ni siquiera se había dado cuenta de que se había

quedado observando el panorama que ofrecía la ciudad tanto tiempo.

La mujer, elegantemente vestida con traje sastre color vino, le señaló la puerta continua de la sala. Con el corazón acelerado, Sophia se dirigió hacia ahí. Nada más abrir las puertas, se encontró con un amplio despacho, decorado en tonos blancos y sofisticados muebles modernos. La señorita Antonella Lennox estaba de pie esperándola, justo a un costado de un enorme sofá color negro; la mesa de madera era de cristal y en ella se encontraba una cafetera y aperitivos.

—Gusto en verla, señorita Brown.

La saludó con una sonrisa burlona.

>>—Por favor, adelante. Toma asiento y ponte cómoda.

Señaló el sofá. La señorita Lennox vestía un conjunto de chaqueta y pantalón color blanco; sus zapatos, por el contrario, eran de un rojo intenso y de tacón alto. Su cabello rubio estaba suelto y ondulado.

—Supongo que ya sabe por qué he venido a buscarla.

Comentó Sophia sin moverse. Ella enarcó una ceja.

—Sí, lo presiento. Pero anda, ven a sentarte y toma una taza de café. No soy tu enemiga, Sophia.

Sintiendo algo apretándose en su pecho, Sophia se acercó a ella.

>>—Siéntate.

Ordenó ella. Y Sophia obedeció. Sin embargo, iba a sentarse en el sofá que estaba justo enfrente del más grande.

—Ven y siéntate a mi lado.

—Estoy bien en este.

—¿Estás rechazando las órdenes? Recuerda que soy tu jefa.

Después de tragar saliva seca, Sophia logró sentarse en el sofá como ella le ordenó.

>>—Entonces, cuéntame, querida Sophia. ¿A qué le debo el honor de esta visita?

Preguntó ella, tomando asiento a su lado y tomando entre sus manos una taza con humeante café.

—Usted sabe a qué he venido.

Sophia quería ir al grano rápidamente antes de quedarse sin valor. Sophia se giró un poco hacia ella y luego enderezó el pecho. De ahora en adelante, ella tenía que hacer todo lo posible para que su familia saliera de este problema.

>>—¿Por qué de buenas a primeras decidió invertir en la empresa de mi padre?

La señorita Lennox la miró directamente y sus ojos se iluminaron.

—Porque bien sabes que últimamente me he dedicado a invertir en diferentes áreas de inversión.

Era cierto. Todos los reportes en los que se había concentrado Sophia en las últimas semanas eran acerca de pequeñas y medianas empresas de diferentes ramos y negocios.

—¿Y eso de que piensa que mi hermano es atractivo?

Sophia luchó por parecer calmada. El hecho de que no fuera un oponente fácil de todos modos ya se esperaba.

—¿Acaso no lo es? Podrá ser un desobligado, pero no es feo en absoluto. Por eso las mujeres caen fácilmente rendidas a sus pies.

Se burló ella con sarcasmo, dejando la taza en la mesilla y recargándose despreocupada en el sofá. Estaba recargada de costado, con una rodilla sobre el acolchado. De esa forma podía mirar a Sophia de frente.

—Antes que nada, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Puedes.

Sophia abrió la boca, sin evitar la mirada de la señorita Lennox, que la miraba intensamente y con diversión. Ella disfrutaba torturarla.

—¿Es por nuestra conversación del otro día que está haciendo esto? Ni a mi hermano ni a la empresa Lennox le importan en absoluto. Solamente lo está haciendo para molestarme, ¿cierto?

—Eso parece más una afirmación que una pregunta, señorita Brown.

La señorita Lennox comentó con una cara perpleja.

—Sí, creo que está haciendo esto para seguir atormentándome.

La señorita Lennox rugió de risa; Sophia no se movió.

>>—No entiendo porque se empecina conmigo. Yo no recuerdo haber hecho nada para que tomara la decisión de enfocar su ira en mí.

La señorita Lennox levantó las cejas y habló sin dudarlo.

—¿No estás siendo demasiado arrogante? ¿Piensas que quiero acosar a tu hermano e invertir en una empresa que está a punto de la quiebra solamente porque me obsesioné contigo?

—Es ilógico, lo sé.

Intentó no avergonzarse.

—¿Sabes que eres sorprendentemente divertida?

Preguntó la señorita Lennox, sorprendiéndola.

—No.

Sophia estaba seria en todo momento, pero aún más seria en este momento.

>>—¿Entonces en verdad le gusta mi hermano? ¿Cree llegar a enamorarte en verdad de él?

La señorita Lennox hizo una cara de desagrado.

—Para empezar, no creo en el amor.

Se rió.

>>—El amor no existe; es una mezcla de sustancias liberadas por el cerebro como la serotonina, adrenalina, oxitocina y vasopresina. El corazón no tiene nada que ver con el enamoramiento.

—Entonces debe haber una sola razón para que usted ahora le diga a mi padre que está interesada en Albert.

—¿Y cuál crees que es esa razón?

La sonrisa en el rostro de la señorita Lennox se había ido por completo. Se miraban ahora como rivales. Sobre el escritorio de la señorita Lennox se escuchó la alerta del teléfono, el cual avisaba que tenía una llamada, pero ella lo ignoró. Sophia sabía que estaba desafiando al león. Pero no hay otra manera que esta.

—Usted solamente quiere torturarme. Usted me odia por alguna razón.

Sus últimas palabras salieron un poco más lentas y duras. Pero su corazón no dejaba de latir apresuradamente. Estaba aterrada.

—¿Esa es tu conclusión?

La señorita Lennox la miró con sus ojos curiosamente brillantes. Sophia, sin darse cuenta, se humedeció los labios con la lengua, y Antonella Lennox levantó una ceja y agregó.

>>—¿Cuántos amantes has tenido a lo largo de tu vida?

Sus bellos rasgos reflejaban una expresión dura, pero el ardor en su mirada era inconfundible. La consternación de Sophia en su rostro fue evidente al escuchar esa pregunta.

—¿Por qué me hace esa pregunta? No pienso contestarle; no permitiré que viole mi privacidad…

Sin dejarla terminar, la señorita Lennox se abalanzó sobre ella y la sujetó por la nuca con

los ojos oscurecidos. Sophia se quedó petrificada cuando la señorita Lennox le mordió los labios dolorosamente. Se dio cuenta de la situación. Sophia se estremeció sin siquiera cerrar los ojos, preguntándose si sería lo mismo si el mundo acabara. Sus labios se abrieron espontáneamente, y en el momento en que la señorita Lennox invadió su boca a voluntad, su corazón se aceleró como si fuera a estallar. Le estaban pasando cosas muy raras en todo el cuerpo. De pronto sentía las piernas débiles. Antonella Lennox abarcó su mentón con la mano, acariciándole la piel con los dedos. Su expectación crepitaba en su interior como un incendio en las hojas secas. Sus pezones se endurecieron contra su pecho, apretados contra ella. Todo su cuerpo estaba tan sensible que parecía que con una caricia podría disolverse en un charco de fuego líquido. Cuando su lengua rozó la suya, notó una fuerte punzada en el pecho, la descarga de la sorpresa y un momento de gozoso despertar, como los pétalos de una flor que se abrieran al calor del sol.

Sus labios eran cálidos, suaves como el terciopelo. Tenía su gusto en la boca. Era un atisbo de café mezclado con canela. La señorita Lennox deslizó las manos hasta su nuca, con los dedos entrelazados en torno a la piel, y se enredaron en su pelo para pegar los labios con más firmeza a los suyos. Fue un beso atrevido, posesivo, como era la personalidad de ella. Sophia había quedado tan sorprendida, que no opuso resistencia. Permitió aquella sensación, queriendo más. La excitación palpitaba en su interior. Con un suave gemido la soltó por fin, dejándola como flotando. Decepcionada, pero sobre todo con ganas de más.

Al darse cuenta de lo que acababa de suceder, le subió el rubor a las mejillas, avergonzada por las libertades que le había permitido tomarse. Su padre y su hermano se sentirían avergonzados. Una mujer acababa de besarla.

—Respira…

Le susurró la señorita Lennox con su rostro pegado a su mejilla. Entonces Sophia respiró hondo. Sin embargo, las palabras no salieron bien. Sus labios rojos y húmedos temblaron suavemente.

>>—Tienes mucha razón en muchas cosas, querida Sophia.

La señorita Lennox agarró su mejilla con una mano y su pulgar frotó el labio que acababa de agarrar. Una voz grave le hizo cosquillas en los oídos.

>>—Estoy obsesionada contigo y ni yo misma sé por qué.

Algo explotó dentro del pecho de Sophia. La empujó con ambas manos.

La señorita Lennox le sonrió.

>>—Un año.

—¿Qué?

Preguntó Sophia sin comprender. La señorita Lennox se levantó y se paró justo enfrente del sillón.

—Intentaré salvar la empresa de tu padre y dejaré tranquilo a tu hermano; a cambio, tú te quedarás en Nueva York todo un año.

—Eso…

Sophia boqueó como un pez.

>>—¿Quedarme? ¿Para qué?

—Para lo que yo quiera.

Comentó ella, dándole la espalda.

>>—De momento continúa trabajando como hasta ahora. Te visitaré después y entonces te contaré con más detalle cuál será en verdad tu propósito en la gran ciudad.

La señorita Lennox apretó un botón en el teléfono fijo de su escritorio y al instante la puerta se abrió; Sandler entró imperturbable como siempre. Sophia reacomodó la ropa, tratando de

calmarse. No quería mostrar su apariencia desorganizada, pero su corazón aún latía como si fuera a explotar y sentía que iba a colapsar en cualquier momento.

>>—Que un auto lleve a la señorita Brown a su apartamento y asegúrate que no falte nada para su absoluta comodidad.

Ordenó y Sandler, como el buen asistente que era, solamente asintió con la cabeza.

Sophia escapó de la oficina como si fuera a huir; ignorando la cortesía absoluta, no se despidió. Corrió prácticamente al ascensor. Pronto Sandler la alcanzó, pero no le preguntó a qué debía su palidez. Sin hablar entre sí, la acompañó hacia el auto y, antes de cerrar la puerta, le informó que estaría en contacto con ella.

Sophia se sentía como si tuviera fiebre, como si todo su cuerpo estuviera en llamas. Sophia cerró los ojos con fuerza, sintiéndose aturdida. El sentimiento de desesperación estaba burbujeante.

<<*No desesperes, Sophia. Necesitas calmarte*.>> Susurró para sí misma, una y otra vez, mientras entraba en el sobrio apartamento que era su prisión las últimas semanas y el cual, sin lugar a dudas, sería su prisión por el siguiente año. ¿Había alguna forma de vencer a la bruja? Desgraciadamente, Sophia conocía la respuesta a eso.

CAPÍTULO 5

Cuando su asistente entró en su oficina para seguramente anunciarle que ya era hora de retirarse, Antonella estaba de pie junto a la ventana. Volvió la cabeza. Después del trabajo, daba lo mismo que llegará a casa; siempre terminaba en su estudio trabajando, ¿así que por qué irse temprano? Su asistente dejó con cuidado una gran cantidad de carpetas en el escritorio y estaba a punto de retirarse, pero Antonella de repente lo detuvo.

—¿Qué novedades tenemos sobre la señorita Brown?

Su asistente ladeó la cabeza y se ajustó las gafas.

—Todos los días envía los reportes solicitados. Esta mañana me informó que casi terminaba con el análisis y el balance sobre la empresa *Andina Ar*. Se le solicitó ese informe para fin de mes, sin embargo, ella lo tendrá listo con una semana de anticipación.

—Comprendo.

Tomó una respiración profunda.

>>—¿Se ha quejado de su nueva residencia?

—Solamente el primer día.

Su asistente estaba nervioso; tragó saliva.

>>—Hizo hincapié en que ella estaba bien en el primer apartamento.

Antonella rió entre dientes.

—No me extraña que la señorita Brown sea la única persona en la faz de la tierra que se quejaría por tener que cambiar un sombrío departamento en una ciudad tan contaminada con una finca junto a la playa.

Sí, sin duda, la señorita Sophia Brown nunca la decepcionaba; era un misterio y bastante entretenida.

—¿Por qué lo hizo?

Preguntó Sandler.

>>—Si me permite preguntar.

Agregó nervioso.

—No es tu trabajo preguntar.

Los labios de su asistente estaban cerrados. Antonella se acercó lentamente a él y lo miró a los ojos. La mano de Antonella tocó su hombro una vez y luego cayó.

>>—Pero sí te preguntas porqué decidí mudar a la señorita Brown a mi casa en los Hamptons. La respuesta es muy sencilla. Ella estaba muy pálida. Un poco de sol y aire fresco le sentará de maravilla.

Como era de esperar, su asistente no rebatió sus palabras. Así eran todos sus empleados. Jamás la cuestionaban. Despidió a su asistente y Antonella regresó a su escritorio y tomó su móvil. Volvió a leer el último mensaje recibido de parte de Sophia. Eso fue el mismo día que ordenó que fuera trasladada a la casa de los Hampton. El mensaje era frío, impersonal. Le agradecería enormemente las consideraciones dirigidas a su persona y sobre todo a su familia.

Y su familia era la razón sin duda del porqué se estaba mostrando tan sumisa. El señor Brown seguramente no tardó en informarle a su preciosa hija sobre los tratos que tenían sobre la

mesa. No era nada definitivo, pero seguramente Sophia no se arriesgaría a que Antonella cambiara de opinión.

Antonella se apoyó contra la ventana y sonrió por lo bajo. Sabía que Sophia estaba molesta y resentida por manipularla de esta forma, pero por el bien de su familia, no diría nada y tampoco iría en contra de los deseos de Antonella.

Girando la cabeza, Antonella miró la revista que estaba sobre el escritorio. Ella estaba en la fotografía de la primera plana; a su lado aparecía la modelo Christine Armenta, la hermana de Ricardo Armenta, su socio comercial número uno. En letras grandes y bien recalcadas, la prensa afirmaba cien por ciento confirmado que Antonella y Christine eran amantes lesbianas…

Rió con amargura. Si la prensa lo afirmaba, es porque debe ser verdad. Además, ese escándalo estaba por todos lados y hasta el momento ella no había salido a desmentir nada y por el lado de Christine estaba seguro que tampoco lo harían. Los hermanos Armenta eran astutos y siempre aprovechaban la ocasión para intentar acorralarla. <<*¿Sophia se habrá enterado del chisme?*>> se preguntó. Seguramente sí lo hizo, y esperaba que con eso, a Sophia le quedará más claro las preferencias sexuales obvias de Antonella. Al parecer todo el mundo lo sabía, a excepción de Sophia, ya que estúpidamente ya eran varias las ocasiones en las que ella le preguntaba por qué razón estaba intentando atormentando tanto.

—Sí que es despistada esa mujer.

Murmuró Antonella acercándose al bar para servirse una copa. Antonella sintió el sabor del alcohol en la raíz de su lengua. Volvió a mirar el periódico. Christine Armenta era preciosa indiscutiblemente, con su cabello tan negro como el color de las alas de un cuerpo y su figura esbelta y de curvas bien marcadas. Era el símbolo sexual que muchos hombres y mujeres anhelarían. Sin embargo, en Antonella no despertaba nada. ¿Se acostaría con ella? Tal vez sí, una ocasión o dos. Eso sería todo. Christine no tenía nada más que ofrecer que placer en la cama. Tal vez si lo intentaba, podrían encontrar alguna que otra actividad en la que fueran compatibles fuera del sexo, pero no era que Antonella deseara conocerla más…

Además, ante los demás, Antonella Lennox y Ricardo Armenta podrían parecer los mejores amigos y socios comerciales; sin embargo, la realidad era muy distinta. Era desconocido para el mundo que en más de una ocasión Ricardo Armenta había estado buscando la manera de quitarle todo su poder. ¿Amigos? Por supuesto que no lo eran. Había aprendido a la mala que no tan fácil se puede confiar en las personas; en el mundo de los negocios no hay amigos y la lealtad está en grave peligro de extinción.

Era esa otra cuestión por la que Sophia Brown la intrigaba y desesperaba en igual medida. ¿Por qué confiaba tanto en sus parientes cuando la habían traicionado y menospreciado una y otra vez? Y aun así, su mayor preocupación eran su padre y su hermano.

Si ahora mismo estaba aceptando el destino que Antonella había impuesto para ella, solamente por esos dos hombres malagradecidos y eso llenaba de ira a Antonella. ¿No se podía ser tan ciega, o sí?

Y era por eso que Antonella la deseaba cerca. Deseaba estudiarla y descifrarla. Deseaba entender la secuencia de los procesos de pensamiento que ocurrían en esa pequeña cabeza.

Cada vez que la mujer, que siempre la evita o baja la mirada, de vez en cuando la miraba de frente y escupía una palabra a favor siempre de su familia, algo intolerable hervía en su estómago. Era desesperante. Esa devoción era injustificada.

Antonella recordó el momento en que la vio por primera vez. Desde entonces y ahora nada había cambiado; ella era un títere de su familia y ella no se daba cuenta o no quería darse cuenta.

Estaba ofendida en nombre de ella. Su padre y su hermano eran unos sinvergüenzas. Esa

mujer solamente vivía para servir a su familia, no tenía ambiciones propias, estaba en los treinta años y ni siquiera mostraba interés por tener amantes o casarse.

Antonella se humedeció los labios secos con la lengua. ¿Qué debería hacer? Es cierto que, en gran medida, alejarla de su familia era para lograr que Sophia rompiera las cadenas que la ataban a su lealtad de sangre y también para fastidiarla un poco. El lazo familiar no era tan fuerte como Sophia Brown se empeñaba en recalcar que lo era. Además, deseaba fastidiarla y también estaba integrada con ella. Recordó la forma en que reaccionó cuando la besó.

>>—Esa sí fue una buena vista.

Recordaba lo sonrojada y avergonzada que estaba con su beso, la forma tan agitada que respiraba. Una agradable emoción envolvió su cuerpo cuando pensó que estaba un paso más cerca del momento que había estado esperando.

Con una sonrisa astuta, Antonella sacó su celular de su bolsillo y marcó la tecla de llamado rápido. Su asistente contestó al tercer tono.

—Señorita, Lennox…

—Quiero reorganizar la agenda de este fin de semana.

Interrumpió a su asistente.

—Por supuesto.

Contestó él en tono dudoso y hasta parecía nervioso. Comprendía, reagendar todo era un problema.

>>—¿Qué eventos desea que agende nuevamente?

—Todo.

Sonrió.

>>—Candela todo, los asuntos que pueda atender por teléfono o por correo electrónico está bien, pero todo aquel que requiera mi presidencia, pásalo para dentro de dos semanas.

—¿Dos semanas? ¿Pero por qué tanto tiempo?

Él se aclaró la garganta al darse cuenta de que estaba entrometiéndose donde no le correspondía.

>>—Lo siento. solamente creo que algunas personas pueden cuestionar por qué tanto tiempo. El señor Armenta había citado a la junta directiva para…

—Dile a Ricardo que cancele o que prosiga si gusta. Yo me ausentaré…

Antonella deseó entonces tener a su asistente de frente para poder haber visto su reacción cuando pronunció las siguientes palabras.

>>—Porque me voy de vacaciones.

CAPÍTULO 6

Los Hamptons era una zona ubicada en el sector este de Long Island en el estado de Nueva York en los Estados Unidos. La zona era famosa por ser un sitio de vacaciones para los estadounidenses más ricos: un sitio campestre para los millonarios, un lugar donde familias ricas de la ciudad de Nueva York pueden pasar el verano y los fines de semana al lado de la playa.

El área de East Hampton es considerada la más costosa y exclusiva, donde viven los más adinerados. Existen zonas para jugar al polo y donde se celebran carreras de caballos, así como clubes de golf.

Esta franja de tierra ha sido durante mucho tiempo un refugio para quienes buscan escapar del tumulto de la ciudad de Nueva York. Desde un pueblo de pescadores hasta un patio de recreo para los ricos, los Hamptons siempre han sido un lugar apartado.

Con 45 kilómetros de hermosas playas costeras, los Hamptons tienen dos de las mejores playas del país, cielos azules infinitos, campos verdes, casas de tejas, molinos de viento, puestos de venta de productos agrícolas al borde de la carretera y esa luz especial que atrajo e inspiró a los artistas. La zona es un destino popular para los ricos y famosos, y muchas figuras notables del mundo de los negocios, el entretenimiento y la política construyeron grandes propiedades a lo largo de la costa.

Este lugar era descrito como un sitio paradisiaco, y Sophia nada más había leído sobre él. Ya que desde que fue encarcelada ahí, se había negado a salir a explorar fuera de la mansión. Bueno, no del todo; no era una enorme mansión de lujo como las que pudo apreciar en su camino hacia aquí, pero la casa veraniega de Antonella Lennox era impresionante. Una residencia de estilo minimalista y sofisticado, con interiores luminosos y encalados. Una propiedad de dos plantas con piso de madera, paredes en tonos blanquecinos. Ambiente relajado de playa con materiales naturales, alfombras y tapetes de fibra natural, con amplios porches, líneas de techo inclinadas, abundante vidrio, exteriores asimétricos.

Una casa fantástica; sin embargo, ella intentaba no emocionarse demasiado. No era su casa, solamente estaba prisionera ahí. Era una rehén de los planes de la maléfica bruja del cuento.

Días habían pasado desde su última conversación y muchas cosas habían cambiado. Como bien le había sentenciado, había abandonado su plan de acosar a Albert, y aún continuaba con el plan de inversión con su padre. Él estaba realmente emocionado. Con el primer adelanto de inversión, su padre había liquidado parte de sus deudas; también estaba ocupado. Además, parecía enérgico después de mucho tiempo.

—Padre, ¿cómo has estado?

—Todos los días están ocupados. Sophia.

—Eso es bueno, padre. Solamente no descuides tu salud.

—Para hacer eso, necesitaría ponerme a dieta.

Su padre rió.

—Recuerda que el doctor no deja de insistir en que mis niveles de colesterol son alarmantes, pero es imposible resistirme a la buena comida.

Sophia sonrió al escuchar el entusiasmo de su padre. *<<Él estaba bien, Albert está bien, es*

lo único que importa>>. Se convenció a sí misma; esa era la frase que se repetía todos los días cuando estaba a punto de enloquecer.

Mientras su padre seguía contándole las nuevas novedades, su mirada fue hacia el periódico sobre su escritorio. Internet, revistas y periódicos eran su único contacto con el mundo. Sin pensarlo, dio un manotazo sobre el periódico donde aparecía la imagen de Antonella Lennox, acompañada de otra mujer. La prensa aseguraba que eran amantes. Si eso era cierto, ¿por qué tenía a Sophia acorralada? ¿Por qué la había besado?

—El doctor tiene razón, papá. Tampoco debes estresarte. Aun en la distancia puedo ayudarte con los balances de la empresa.

—Albert ya está ocupándose de eso. Tú ya tienes bastante con todo el trabajo que te está encargando la señorita Lennox.

Sophia sonrió forzadamente y lo miró. ¿Ocuparse? ¿Albert? Por supuesto que eso no podría ser verdad. Era la misma rutina de siempre. Cuando Albert se ocupaba de las cosas, el trabajo solamente se acumulaba y después ella andaba a las finales tratando de sacar todos los pendientes. Eso nunca le había molestado tanto antes; sin embargo, ahora le resultaba tan injusto. Ella estaba ahí, trabajando como una prisionera y él, en cambio, andaba libre por la vida y sin sufrir las consecuencias de sus actos.

—Espero pronto poder ir a visitarlos.

Comentó con tristeza.

—Yo espero que sí, cariño. Pero recuerda primero terminar bien tu trabajo; no podemos decepcionar a la señorita Lennox.

Sophia levantó la cabeza y parpadeó. Una sensación incómoda cruzó por mi mente. La principal preocupación de su padre era no quedar mal ante la señorita Lennox; eso era bastante obvio.

>>—Esta confianza que ella te ha brindado es algo bueno. ¿No lo es? ¿Sophia?

—Lo es, padre.

Era una blasfemia alabar la bondad de la señorita Lennox. Era una maldita bruja. Pero, obviamente, su padre no le creería aunque le contara toda la verdad. En ese momento, la alerta de correo electrónico saltó en la bandeja de su laptop.

>>—Padre, me acaba de llegar un correo urgente; te llamo después.

—Por supuesto, cielo. Cuídate, nos vemos pronto.

Sophia abrió con el corazón acelerado el correo que tenía como asunto la palabra “Urgente” y la sorpresa que se llevó al darse cuenta de que era un correo personal de la señorita Lennox.

Querida señorita Brown.

Me han informado que has desempeñado perfectamente tus nuevas tareas asignadas. Felicidades. Este fin de semana me reuniré contigo para discutir algunos temas de suma importancia relacionados con negocios diversos. Espero tu cooperación en el asunto.

Saludos cordiales.
Antonella Lennox

Sophia frunció el ceño. Al leer el correo, sentía como si pudiera escuchar su voz. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¿Reunirse? ¿Acaso eso significaba que vendría? Sophia no sabía si estaba preparada para enfrentarse a tal desafío. Sophia cerró los ojos una vez y los abrió.

—Maldita sea.

No estaría preparada para semejante reto, ni ese fin de semana ni el siguiente. No sabía si

podría controlarse al tener a la señorita Lennox enfrente. Estaba furiosa, llena de odio y de frustraciones. Solamente esperaba que Dios le concediera la sabiduría y la paciencia para poder sobrevivir el año acordado.

▪:✧·✦·✧:▪

Un día antes de la llegada de la señorita Lennox, llegó a la casa de playa un invitado peculiar. Su llegada fue anunciada solamente una hora antes de su arribo definitivo. Sandler se había disculpado en demasía por semejante situación, pero la decisión de que ese fin de semana también se hospedará el señor Ángelo Negad, abogado personal de la señorita Lennox, fue una decisión de último momento.

Eso le hizo pensar a Sophia que esos dichos asuntos que Antonella Lennox quería tratar con ella eran ciertos y no un pretexto tonto para presentarse a perturbarla. Además de que no podía sacarse de la cabeza la idea de que estuviera relacionado con los asuntos de su empresa familiar.

El hombre en cuestión resultó ser alto, gallardo, de anchos hombros, cabello negro y facciones duras. La mejor descripción del hombre era la palabra “aterrador”.

—Tú debes ser la famosa Sophia Brown.

Saludó el hombre con una mueca. Sophia, que era mucho más baja que este hombre, alzó la barbilla.

—Un gusto conocerlo, señor Negad.

El hombre apretó más los labios.

—Pensé que serías…

—¿Qué sería… cómo?

Insistió cuando esa pausa se alargó. Sophia estaba un poco avergonzada.

—Olvídalo.

Comentó el hombre, sujetando su maleta de mano y su maletín para dirigirse hacia la casa.

—Usualmente, siempre que vengo aquí, ocupó la habitación de al fondo a la derecha.

Dijo el hombre sin mirarla, le entregó la maleta a la ama de llaves que inmediatamente asintió.

>>—Tranquila, no soy desordenado ni problemático. Además, te apuesto que Antonella estará aquí en no más de dos horas.

—Su asistente comentó que llegaría hasta mañana.

Él se rió.

—Esos planes cambiarán, te lo aseguro.

—Comprendo.

Aunque en realidad no comprendía nada. Sophia sonrió suavemente, juntando las comisuras temblorosas de sus labios. Porque pensó que era mejor simplemente sonreír tranquilamente cuando no había nada que decir.

Ángelo Negad tuvo mucha razón; hora y media después de su llegada apareció Antonella Lennox, en un estado de ánimo que rivalizaría con el aspecto aterrador del señor Negad.

Cuando llegó, lo primero que hizo fue ir a enfrentarse al abogado que estaba tranquilamente tomando sol en una de las tumbonas frente a la alberca. El hombre al llegar se había puesto cómodo; era más que obvio que no era la primera vez en esta casa y tampoco se preocupó por la presencia de Sophia.

Él había entrado en la habitación y vuelto a salir medio desnudo para pasearse por la casa, conseguir una cerveza y después se había salido al patio trasero para nadar y asolearse. Bueno, no era que estuviera desnudo, utilizaba un bañador, pero ¡oh cielos! Sophia no pudo evitar

sonrojarse ante el aspecto físico del hombre. Sus músculos eran marcados y un poco exagerados para la fisiología de cualquier hombre. Sus piernas eran gruesas y ese bañador ajustado no dejaba nada a la imaginación. Sophia se avergonzaba al admitir que se encontró muchas veces espiando por la ventana del despacho, mirando al hombre.

También desde la ventana fue que presenció como Antonella se enfrentaba al hombre; parecía furiosa y él, divertido. Desde la distancia no pudo escuchar lo que conversaban y no era que le importara tampoco. Sophia respiró profundamente; lo único que importaba es que presentía que ese fin de semana sería el infierno y era a lo que tenía que prepararse.

CAPÍTULO 7

Junto a la alberca, hombre y mujer se enfrentaban uno a uno como si fueran enemigos y no amigos y socios de negocio.

—¿Sabes? Ya la vi, creo que comprendo por qué está tan obsesionada.

—¿Es por eso que viniste aquí sin autorización?

—¿Acaso te preocupa que haga un mal trío? Simplemente me dio curiosidad conocer a esa mujer que deseas tanto.

Dijo Ángelo en tono divertido. <<*Maldición*>>, murmuró Antonella para sí. Sí, la deseaba. Antonella ya había aceptado ese hecho hace tiempo. Era la única forma de excusar su conducta, diciéndose a sí misma que cualquier persona, hombre o mujer, con saludables apetitos se sentiría atraído hacia ella. Después de todo, era una mujer hermosa. Tal vez no era una modelo o algo extraordinario, pero Sophia Brown tenía algo difícil de explicar.

>>—Tenía curiosidad. Y quería hacer un experimento.

Antonella miró con furia a su amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Escuché tu discurso el otro día sobre que solamente deseabas que abriera los ojos y se diera cuenta de que los hombres de su familia eran unos patanes. Quieres quebrantar ese sentido de lealtad que tiene. Sin embargo, es más que obvio que haces esto porque la deseas.

—¿Cómo diablos vas a saber tú lo que yo deseo?

Ángelo no se intimidó ante el furioso tono de voz de Antonella. Los dos eran conocidos desde que Antonella lo buscó en busca de asesoramiento jurídico para la sociedad con Armenta. Por supuesto que Ricardo tenía una legión de abogadas muy bien pagados y ligados a la familia Armenta desde varias generaciones atrás. Sin embargo, Antonella no era conocida por ser estúpida, por ese motivo tuvo que buscar su propia seguridad jurídica, administrativa y financiera. Era ahí donde entraba Ángelo Negad como su jurista y Sonia Ortega como su financiera. Menos mal que ella andaba de viaje en Alemania; si no, también estaría de entrometida. Aunque Antonella siempre les dejó claro que no eran amigos, sino una sociedad de trabajo, ese par eran unos entrometidos. Ángelo y Sonia velaban por los intereses de Antonella, y tontamente pensaban que sus intereses amatorios también eran parte de su deber.

—Si no ocultas tus sentimientos, Ricardo y su hermana pronto van a darse cuenta de esta atracción.

—Maldita sea, Ángelo...

—Es bonita, creo que no costará trabajo que me guste; hasta te puedo decir que la deseo en este momento. No tendría dificultades en llevármela a la cama.

Antonella estaba pasmada.

—No puedes tenerla.

Ordenó antes de poder evitarlo.

—Te estás mostrando posesiva, Antonella. ¿Qué no dijiste que era un experimento?

Antonella no contestó a esa declaración de los hechos. Ángelo soltó un largo suspiro.

>>—En muchas ocasiones dijiste que nunca pensabas en enamorarte.

—¿Y quién dijo que estoy enamorada?

—¿Entonces solamente quieres ayudarla?

Preguntó Ángelo.

>>—¿O también la llevarás a tu cama?

—Ese no es asunto tuyo. Y te lo advierto, no quiero que te acerques a ella.

La voz de Antonella se había vuelto dura. Ángelo levantó una ceja ante esa orden feroz. Antonella ya había terminado con la discusión. Dándole la espalda, se apresuró hacia la casa. No podía entender su reacción ante la admisión de Ángelo de que también deseaba a Sophia. Se había sentido furiosa. Demonios, todavía lo estaba. ¿Por qué le importaba si Ángelo deseaba a esa mujer o no? No, no debía importarle y, sin embargo, el solo pensar que alguien la tocara <<*alguien excepto ella, por supuesto*>> hacía que le hirviera la sangre.

▪:✧·✦·✧:▪

Mientras Sophia terminaba de ordenar unos pendientes, alguien llamó a la puerta y le informó que la señorita Lennox deseaba que se reuniera con ella en la habitación principal del segundo piso. Sophia suspiró, miró hacia la ventana; el abogado seguía en el mismo lugar. Cinco minutos antes, la señorita Lennox se había alejado furiosa de ahí. ¿Por qué presentía que si iba a encontrarse en ese momento con la bruja, esa furia iría dirigida a ella?

—En seguida voy.

Le informó a la criada. Sophia se tomó su tiempo, por supuesto. Esta era la primera ocasión en la que subía al segundo piso de la casa. Aunque el ama de llaves le ofreció una habitación amplia en el segundo piso, ella había escogido la habitación de invitados que estaba en el mismo pasillo del despacho. Esa era su zona de movimiento. El despacho, la cocina y su alcoba. Eso era todo. Cuando llamó a la puerta, recibió la inmediata orden de entrar.

La habitación principal era enorme, tres veces el tamaño de la recámara que Sophia estaba utilizando. La cama con dorsal era de tamaño King y daba una vista directa hacia la enorme puerta de cristal con vista al mar. Era espectacular; Sophia pensó que sería sumamente hermoso despertarse y acostarse con semejantes vistas panorámicas.

—Hermoso, ¿no es cierto?

Sophia miró a Antonella; ella estaba apoyada en la puerta abierta del balcón. Estaba descalza; solamente llevaba un pantalón de lino color crema y una blusa de tirantes negra. La chaqueta y los tacones estaban tirados sin ningún cuidado a un costado de la cama.

—Sí, las vistas son hermosas.

Comentó, simplemente por comentar algo.

—¿Y cómo puedes estar segura si ni siquiera te tomas la molestia de apreciarlas?

Comentó la señorita Lennox, girándose a mirarla. Sophia no supo qué contestar.

>>—Siéntate.

Antonella le hizo un gesto hacia el amplio sofá al otro lado de la habitación. Sophia se tambaleó y se sentó. Antonella no le quitó el ojo de encima, haciéndola sentir incómoda.

—Tengo todo listo… para la inspección.

Se apresuró a decir.

—Si su abogado quiere, yo…

—No lo menciones.

Gruñó Antonella, acercándose para tomar asiento al lado de ella. Sophia parpadeó rápidamente y tragó saliva. Estaba ansiosa. Su cuello estaba rígido y su corazón latía rápido.

>>—Creí que un cambio de aires de la ciudad de Nueva York a esta zona te sería más

reconfortante, pero creo que me equivoqué.

—¿Cómo dice?

—Pensé que te gustaría la playa. Ya que toda tu vida viviste cerca de la costa.

—Sí me gusta.

Se apresuró a aclarar.

—Pero aun así, te empecinas en auto encerrarte entre las paredes. ¿En serio no quieres disfrutar un poco de la vida?

Sophia sintió el sudor en sus manos.

—Estoy aquí para trabajar, no de vacaciones.

La señorita Lennox guardó silencio por un momento después de pronunciar sus últimas palabras.

—Eres muy severa contigo misma, Sophia.

Dijo la mujer con calma.

>>—Tal vez te consuele pensar que te tengo aquí a la fuerza y tal vez tengas razón. Pero mira a tu alrededor.

Dijo ella con cansancio. A Sophia le pareció extraño. Ni siquiera parecía tan arrogante como en otras ocasiones.

>>—Estás viviendo en un lugar hermoso. Tienes un trabajo, ganas tu propio sueldo, eres bonita, puedes hacer lo que quieras y lo único que haces es preocuparte por tu familia…

—Yo…

Sophia bajó la cabeza.

—Le gustas a Ángelo.

Sentenció. Sophia abrió mucho los ojos.

>>—Tal vez no es un príncipe y dudo mucho que te proponga matrimonio mañana y te dé hijos porque es un sinvergüenza. Pero si estás dispuesta, él sin dudar te llevaría a su cama esta noche.

Sophia se quedó mirando como un ciervo ciego ante la luz. Las palabras de Antonella fueron dichas fríamente y hasta con cierto tono de coraje. El rostro de Sophia enrojeció.

—¿De qué está hablando ahora?

—Te estoy diciendo la verdad. Esta noche puedes disfrutar del sexo si lo deseas. ¡Dios, Sophia! Pareces monja. ¿No sientes excitación? En otros tiempos se tenía la creencia de que la mujer necesitaba estar casada para disfrutar del sexo.

Rió con sarcasmo.

>>—Aunque ni siquiera estaba cien por ciento seguro que el marido supiera hacer las cosas bien. Hoy en día puedes tener todos los amantes que desees.

Sophia frunció el ceño.

—¿Y si yo no lo deseo?

Antonella se levantó frustrada y se acercó a la mesilla con botellas de cristal que estaban en la esquina.

—¿Y qué deseas, Sophia? Te juro que pones a prueba mi paciencia.

Sophia se mordió el labio mientras ella se servía un trago de algún licor y después se volvió para mirarla.

—¿Por qué le importa tanto lo que deseo?

—¡Porque quiero que despiertes! ¡Mira a tu alrededor! ¡Estás viva, maldita sea! Me desespera que parezcas un zombi andando por la vida. ¿Tu padre y tu hermano han robado tu alma?

Quería alzar la voz y gritar también a esta mujer. Ella no era nadie para entrometerse en su vida.

—¿Por qué se empecina en entrometer a mi hermano y padre en todos mis errores?

La respiración de Sophia se calentó. Antonella se acercó a ella, quedó justo enfrente y se inclinó hacia delante. Sophia tuvo que echarse para atrás.

—Porque ellos te han chupado la sangre como vampiros. Mírate, no haces otra cosa que intentar protegerlos, no tienes una vida donde ellos dos no figuren como el centro de tus intereses.

Los ojos marrones oscuros de Sophia revolotearon salvajemente de indignación.

>>—Eres hermosa, podrías conquistar al hombre que quisieras, o al mínimo llevarte a tantos hombres como quisieras a la cama. Disfrutar del sexo y de los vicios. Vivir la vida un poco. Gózalo. Sin embargo, no haces otra cosa que trabajar y ayudar a tu familia.

Sophia respiró brevemente.

—Por lo que me contaron, usted también trabaja en demasía.

Contestó valientemente. Antonella Lennox era una obsesiva del trabajo, eso todo el mundo lo sabía. ¿Por qué la juzgaba solamente a ella?

—Así es.

Contestó ella.

>>—Sin embargo; a diferencia de ti, esta semana he ido a cabalgar dos veces al club. Voy al gimnasio todas las mañanas y, aunque no he podido tener sexo apropiado con una mujer en toda una quincena, sí me he masturbado varias veces. Intento mantener un equilibrio con la vida a mi manera. ¿Qué puedes decir tú, si ni la alberca que tienes a tu disposición has entrado una sola vez?

La pequeña mandíbula de Sophia se tensó.

—… Para mí, son cosas innecesarias…

—¡Estás en un lugar hermoso! Ni siquiera has ido a recorrer la playa.

¿Por qué diablos le está haciendo esto a ella? Sophia no deseaba una vida extravagante. Trabajando era feliz. Furiosa, empujó a la señorita Lennox y se puso de pie.

—¡Ya basta!

Gritó sin poderse contener.

—Es mi vida, no tiene derecho a entrometerse.

Antonella estaba fuera de control, poseída por una ira ciega que jamás había experimentado. Las charlatanerías de Ángelo acerca de desear a Sophia habían despertado algo primitivo en Antonella. Ángelo no bromeaba, tenía una mirada hambrienta y depredadora que alarmaba sus instintos. Su amigo no deseaba una esposa, nada estable, solamente divertirse y eso era exactamente lo que muchos hombres y mujeres deseaban a estas alturas de sus vidas y por supuesto que era algo que Sophia debería de desear. Pero no podía dejar de enfurecerse con tan solo imaginar que esos deseos de Ángelo con esta mujer se materializaran, aunque se contradecía a sí misma, porque lo que más deseaba era que Sophia viviera y experimentará lo que para una mujer a su edad era lo normal. <<*Te estás mostrando posesiva*>>. Las palabras de Ángelo hicieron eco en su cerebro.

Fue un golpe demoledor que le hizo verlo todo negro. <<*¡Maldita sea! ¡No voy a permitir que él la toque!*>> Aquel grito visceral resonaba en ella, penetrando hasta la última fibra de su ser. Deseaba besarla salvajemente y castigarla por atormentarle así. Y fue exactamente lo que hizo.

Agachó la cabeza; sus labios estaban a milímetros de los de ella. Notó la aceleración del

corazón de Sophia y el temblor que la sacudía. Ella deseaba esto. Aunque no lo dijera, sus ojos no mentían. Entreabrió los labios... Pero. Antonella no la besó en la boca. Bajó la cara hasta su mentón y su cuello para saborear su dulzura. Se enterró en la cálida piel de su cuello, inhalando el perfume floral de su sedoso cabello y la devoró besándola, chupándola, lamiéndola, hasta que ella se estremeció.

Antonella estaba excitada. Pero no se apresuraría. Necesitaba que Sophia también reconociera su deseo. Alzó la cabeza y le levantó el mentón con los dedos, obligándola a abrir sus párpados caídos y a fijar sus ojos en Antonella...

Deslizó el pulgar por el suave y turgente labio inferior de ella. Estaba deseando saborearla de nuevo. Sophia la miraba con ojos brillantes y confundidos. Antonella sintió una oleada de calor primitivo, un torrente de pura satisfacción. *<<Mírala, Ángelo. Podrás desearla, pero ella a ti no.>>* Y con un gemido le dio lo que deseaba, lo que ambas deseaban, y cubrió su boca con sus labios.

Así que ese era el deseo, aquella devoradora necesidad. El calor. La sensación de que si no la besaba en ese instante, se moriría. Nada podía haberla preparado para la batalla de emociones que sacudía su cuerpo... Había estallado en llamas; tenía la piel caliente y sensible al tacto...

Sophia suspiró contra su boca. Era igual que antes, solo que más fuerte, más intenso. ¿Cómo ser besada por otra mujer podría ser tan perfecto? Era como si la hubiera estado esperando toda su vida.

Los labios de Antonella Lennox eran firmes y suaves, suplicantes pero no exigentes. Le abarcaba la barbilla con la mano, acariciándola con tal ternura que el deseo le estrujaba el corazón. No parecía posible que esta mujer con fama de despiadada pudiera ser tan dulce. Pero la ternura y la dulzura no eran suficientes, no para aquellas ansias extrañas que crecían en ella.

Antonella, como sintiendo su necesidad, volvió a besarla, esta vez ayudándose de la boca y de los dedos para separarle los labios. Al primer contacto con su lengua, Sophia contuvo el aliento. Pero la sorpresa fue pronto olvidada en el torbellino de nuevas sensaciones. Antonella exploraba con la lengua cada vez más hondo, con largos y lentos movimientos, provocando en ella un furioso aleteo en el vientre y volviéndola loca de deseo. Era una sensación exquisita aquel contacto oscuro y carnal, la fusión de sus bocas y sus lenguas.

Sophia necesitaba fundirse en esas sensaciones. Le echó los brazos al cuello y estiró el cuerpo para pegarse más. El cuerpo de Antonella era increíble, cálido, ambas de la misma altura y olía tan bien. Sophia no recordaba haberse sentido de esa forma con ninguno de sus novios.

A Sophia se le endurecieron los pezones; ella notaba el martilleo en su interior. Probó a mover la lengua para encontrar la suya y Antonella lanzó un gemido y tensó los brazos en torno a su cintura para pegarla más contra ella, buscando un contacto más íntimo. Sophia se entregó al beso, devolviendo cada caricia con otra propia. El calor entre ellas amenazaba con explotar.

Notaba la piel tensa y sensible, ansiando su contacto. Se frotó inconscientemente contra ella buscando el alivio que solo la fricción podía ofrecer.

Aquello era una locura, pero no podía parar. El beso se tornó más frenético, más hondo, más voraz. Sophia notaba su mano en la cintura, en las caderas, deslizándose hacia su pecho. Estaba temblando. Jamás había imaginado que podría desear con tal intensidad la caricia de alguien. De otra mujer para mejor dato. A Sophia le gustaban los hombres; tan solo minutos antes había estado encantada espiando y contemplando el físico del señor Ángelo.

El roce de su mentón incendió un camino de fuego en su piel. El calor de su aliento y la humedad de su lengua provocaban un hormigueo y escalofríos, pero nada la había preparado para la sensación que la asaltó cuando la lengua se deslizó bajo el escote de la blusa. Exclamó de

sorpresa y luego de placer al notar la cálida humedad deslizándose por su pezón. Antonella le había aflojado la blusa y suavemente le alzó los pechos sobre el escote.

—Dios, eres preciosa.

Exclamó con voz ronca, pasando el pulgar por el pezón endurecido. Por un instante volvió a la realidad. Sophia, avergonzada, notó el calor del rubor extendiéndose por su piel. Pero un instante después lo había olvidado, cuando Antonella abarcó con la boca el botón rosado para rozarlo con los dientes. Sophia se hundió en ella, hendida por rayos de placer que le llegaban hasta el corazón.

Antonella sabía que estaba jugando con fuego. La entusiasta respuesta de Sophia había puesto a prueba su resistencia hasta el límite. Jamás había sentido tal lujuria, y a pesar de todo jamás había estado tan poco centrada en su propio alivio.

Solo quería que fuera perfecto para ella. Tomó sus turgentes pechos con las manos y se los llevó a la boca, pero no sin antes admirar la suave piel de marfil y los delicados pezones rosados. Ansiaba enterrar la cara en el hondo canalillo para inhalar el suave perfume floral. Pero primero tenía que saborearla. Cerró la boca sobre un delicado pezón y succionó larga y deliciosamente. Sophia respondía de tal manera a sus caricias que Antonella no podía contenerse. Succionó con más fuerza, rodeando el pezón con la lengua y tirando suavemente de él entre los dientes. El dulce sabor a miel era más poderoso que la ambrosía.

Antonella la notaba temblar, notaba su pulso acelerado y su respiración agitada. Sentía su apremio y sabía que necesitaba urgentemente alivio. Sabía que si la tocaba la encontraría caliente y deliciosamente húmeda.

Dios, la llevaría al orgasmo. En cuanto aquella idea pasó por su cabeza, ya no pudo apartarla. No podía pensar en otra cosa. Siguió excitando sus pechos con la boca mientras deslizaba la mano por la cadera y las nalgas, resistiéndose a la urgencia de estrecharla con más firmeza contra ella. Bajó por el largo muslo hasta meterse bajo la falda. Al primer contacto con su piel, notó que ella se tensaba asustada, pero sofocó su miedo con suaves murmullos contra su piel, sin dejar de chupar y succionar sus pechos.

—No te asustes.

Volvió a besarla en la boca, acariciándola con la lengua, imitando los movimientos que haría con el dedo, y notó que su cuerpo se relajaba. Entonces deslizó la mano por la delicada curva del muslo, de piel tan suave como el terciopelo.

Antonella tenía en la cabeza un montón de cosas que deseaba hacerle a esta mujer, pero se obligó a serenarse. Centrándose únicamente en la hermosa mujer que estaba a punto de deshacerse en sus manos. Acarició con los dedos la fina piel de la parte interior del muslo. Sophia contuvo el aliento y Antonella interrumpió el beso y alzó la cabeza para poder verla cuando la tocara. Ella tenía los ojos nublados de pasión, pero también vacilantes. Antonella pasó el dedo sobre ella, y Sophia abrió mucho los ojos con expresión de espanto. Pero Antonella la tocó otra vez, suavemente, acercándose sin llegar a rozar su centro, el lugar que ella tan desesperadamente quería que tocara.

Sophia se estremeció de nuevo, cada vez más pesada entre sus brazos; las piernas no la sostenían. Antonella la acarició una y otra vez, hasta que ella arqueó la espalda y comenzó a mover las caderas contra su mano en frustración. Cuando ya no pudo soportarlo más, volvió a tomar su pecho en la boca y succionó, al tiempo que la penetraba con el dedo. El gemido de placer que oyó estuvo a punto de volverla loca. Estaba tan húmeda que Antonella tuvo que reprimir las palpitaciones de su propio deseo.

Siguió succionando y acariciándola, mano y boca moviéndose en un tándem perfecto,

implacable en su necesidad de darle más placer del que ella habría podido soñar.

La fuerza que poseía no se parecía a nada que Sophia hubiera podido imaginar. Notó que las sensaciones de ella crecían y crecían hasta casi hacerla estallar. El temblor entre sus piernas se intensificó hasta convertirse en un frenético palpitar. Movió las caderas contra su mano, buscando más presión.

—Por favor... Oh, Dios...

—Déjate ir. No luches contra ello.

No podría haber querido, no con aquellas mágicas caricias. Y entonces la poseyó la liberación: se sentía tan cerca del cielo como jamás lo había imaginado estando en la tierra. Lanzó un grito y todo su cuerpo se tensó. Por un momento pensó que se le había parado el corazón, y entonces todo estalló y se vio sacudida por los espasmos del clímax.

Cuando todo acabó, se dejó caer contra Antonella, agotada por la fuerza y el placer de sus sensaciones... Y de pronto el corazón le dio un brinco. Acababa de hacerse consciente de lo que había pasado.

Abrió los ojos y vio a Antonella sosteniéndola en sus brazos. La contención tensaba sus hermosos rasgos, visible en el rictus del mentón y en la fiera intensidad de sus ojos. El furioso martilleo de su corazón y la realidad de lo que hacía solo unos instantes, que estaba envuelto en la bruma de la pasión, cayó sobre ella con la fuerza de un rayo. <<*Dios mío, ¿qué he hecho?* >>, se dijo. La invadió la vergüenza al reconocer la intimidad que acababan de compartir. Había permitido que Antonella Lennox la tocara de forma tan lujosa. Le apartó de un empujón y retrocedió tambaleándose, con los ojos ardiendo de humillación. Ella intentó sostenerla, pero ella dio un respingo.

>>68—No tienes que avergonzarte por lo que te ha pasado, Sophia.

Su voz era suave, tranquilizadora, casi comprensiva. Pero ella no quería oírla.

—¿Cómo puedes decir eso?

Gritó, con un nudo de emoción en la garganta. Se miró los pechos, desnudos sobre el escote de la blusa, los pezones tiernos y rosados después de sus besos, y un rubor ardiente le subió a las mejillas. Se dio la vuelta y se cubrió rápidamente, intentando recuperar alguna apariencia de decencia. Pero la desesperación se apoderó de ella al reconocer la verdad.

Cuando se volvió de nuevo, evitó mirarle a los ojos, pero advirtió que todos los vestigios de pasión habían desaparecido de su rostro y su expresión era otra vez implacable. Odiaba su autocontrol. Odiaba que pudiera mostrarse tan entera cuando su propio mundo acababa de estallar en pedazos. ¿Por qué deseaba atormentarla tanto?

—Hablemos de esto, Sophia.

Antonella intentó sujetarle la mano, pero ella la apartó bruscamente. No había nada que pudiera decirle para calmarla.

—No quiero...

Exclamó ella, presa del pánico.

>>—No quiero volver a hablar con usted en la vida.

Antonella le clavó su mirada de acero y se irguió desafiante.

—¿No? ¿Y qué piensas hacer? Trabajar para mí, tenemos un trato, ¿recuerdas?

Ella negó con la cabeza.

—Cómo olvidarlo... Soy su prisionera.

Antonella esta vez la sujetó de los antebrazos sin dejarla zafarse.

—¡Ya basta de hacerte la víctima! Y por una vez en tu vida, admite lo que en verdad deseas.

—¿Piensa que yo deseo esto?

Antonella tensó la mandíbula.

—Sé todo cuanto debo saber. Eres lista, hermosa sin artificios, fuerte. Y te preocupas por la gente a la que quieres. He visto cómo cuidas a tu padre y a tus hermanos.

—Porque los quiero. No imaginarás que podría sentir lo mismo...

—No…

La interrumpió Antonella con aspereza.

>>—No espero eso de ti, pero después de lo que acaba de pasar, no puedes decir que te soy indiferente.

Dios mío, es verdad. ¿Cómo he podido sucumbir tan fácilmente? Le ardían los ojos y la garganta. Se sentía como una idiota. Ambas eran mujeres y ella acababa de…

—Y todo lo que Antonella Lennox quiere lo toma, ¿no es así? Sabe que no quiero estar aquí, y aun así, me está forzando. No soy lesbiana, pero me forzó… Es tan cruel como dicen, y no se detiene ante nada para obtener lo que quiere.

Unas diminutas líneas blancas aparecieron en torno a la boca de Antonella, la única señal de que había traspasado su armadura de acero.

—Ten cuidado, cariño.

Dijo con rudeza.

>>—Ya te he dicho que no soy una persona paciente. Te equivocas acerca de mis motivos, y no he tomado nada que no me haya sido voluntariamente ofrecido. Niégalo si quieres, pero al menos sé honesta contigo misma.

Sophia sabía que tenía razón, pero no deseaba oír.

—¿Cuándo me dejará tranquila?

Preguntó con voz temblorosa, casi al borde de la histeria.

>>—¿Qué tengo que hacer para que deje de atormentarme?

La mirada de Antonella era tan intensa que Sophia tuvo que volverse.

—Ódiame si así te sientes mejor, y si quieres irte. Adelante, no te detendré…

Se interrumpió un momento.

>>—Al parecer no se puede salvar a quien no quiere ser salvado.

Eran solo palabras. Sophia apretó los puños, intentando recobrar el control.

>>—Eres tú propia carcelera, Sophia. Yo tomo mis propias decisiones. Si te molestaras en mirar más allá de tus límites, verías la verdad claramente. Ellos no agradecerán tu sacrificio.

Sophia se giró para enfrentarla.

—¡Es mi vida! Y yo quiero irme a casa.

El silencio se hizo ensordecedor. El rostro de Antonella parecía de piedra, pero por un momento la furia se reflejó en sus ojos. Antonella dio un paso con aire amenazador, pero ella no retrocedió. Sophia alzó el mentón.

—Sabes que una casa no es un hogar, ¿cierto?

Su mirada la penetraba, viendo cosas que ella no quería que viera... Sophia tenía un nudo en el pecho y las lágrimas que intentaba controlar se derramaron por sus mejillas.

—Quiero que me deje en paz.

Farfulló. Solamente vio hielo en los ojos de la mujer.

—Como quieras.

Contestó secamente.

>>—Solamente no deseo que un día despiertes y te arrepientas de no haber vivido por ti misma. Un día, Sophia, caerá sobre ti la brutal realidad de tu mundo, y te garantizo que será demasiado tarde.

CAPÍTULO 8

Sophia no supo que la había despertado, hasta que su aturdido cerebro se dio cuenta de que los golpeteos continuaron. Ladeó la cabeza y trató de enfocar algo a pesar de la escasa luz; entonces comprendió que esos sonidos provenían de la ventana.

Miró el reloj de la mesilla; eran poco más de las cinco de la mañana.

—¡Qué mierda…!

De una patada apartó las sábanas y se aproximó a la ventana de la derecha, la que justamente conectaba con la parte trasera de la casa. Al correr las cortinas, se encontró cara a cara con la señorita Lennox. La cual iba vestida con ropa deportiva, sin maquillaje y su cabello estaba recogido en una coleta alta. ¿Qué pretendía? Sophia aún estaba furiosa por lo ocurrido el día anterior. Tan furiosa que ni siquiera había salido a cenar con los recién llegados y esa mañana ya tenía todo listo para empacar e irse de inmediato y no le importaban las consecuencias.

Conteniendo su ira, Sophia estaba a nada de cerrar de nuevo las cortinas, pero algo en la mirada de la señorita Lennox le hizo suspirar y abrir un poco la ventana.

—¿Desea algo?

Le preguntó secamente. La señorita Lennox la miró impasiblemente.

—Disculparme. Creo que me sobrepasé ayer…

—¿En verdad lo cree?

preguntó Sophia con sarcasmo. Los labios de la señorita Lennox podrían estar disculpándose, pero sus facciones parecían de una persona que había tomado vinagre. Esas disculpas en realidad no eran sinceras.

—¿Sabes andar en bicicleta?

Sophia enarcó una ceja ante la extraña pregunta.

—¿Perdón?

—Bicicleta.

Deletreó la señorita Lennox como si Sophia fuera una retardada.

>>—Esas que son de dos ruedas, las cuales tienes que pedalear e intentar no caer mientras avanzas y…

—Sé lo que es una bicicleta. No soy tan tonta.

Alegó, cruzándose de brazos.

>>—¿Por qué lo pregunta?

—¿Sabes montar o no?

La señorita Lennox parecía estar perdiendo la paciencia; sin embargo, estaba intentando controlarse.

—Por supuesto que sé montar una bicicleta.

—Perfecto.

La señorita Lennox chasqueó los dedos complacida.

>>—Entonces vístete, te espero en cinco minutos en la brecha en la parte trasera. Iremos a desayunar a un buen lugar.

La señorita Lennox ni siquiera esperó una respuesta afirmativa por parte de Sophia; se dio

la media vuelta y se estaba apresurando.

—¿Y si yo no quiero ir?

Pregunta exasperante. Pero la señorita Lennox no le contestó, solamente se detuvo de golpe, esperó un segundo y después reanudó su marcha. ¡Maldita mujer exasperante!

Para demostrar su rebeldía y hacer enfadar a la señorita Lennox, Sophia no se reunió con ella en cinco minutos. Se tardó veinte minutos. Incluso hasta Sophia llegó a pensar que, mientras se vestía lentamente, la señorita Lennox entraría a su habitación para reñirla. O de plano, al salir, creyó que no la encontraría.

Sin embargo, ahí estaba, aguardando junto a dos hermosas bicicletas; una era color violeta y la otra era color rosa. Algo le dijo que la bicicleta rosa con el casco a juego con flores blancas era la bicicleta que utilizaría Sophia. Al verla, la señorita Lennox no parecía furiosa por el retraso; al contrario, parecía aliviada porque Sophia se hubiera presentado.

Sin tener una conversación, la señorita Lennox simplemente le había dicho que la siguiera y no intentara retrasarse tanto. Sophia estaba tentadita a hacer exactamente eso. Sin embargo, mientras recorrían la brecha junto a la playa, con la brisa azotando su cara y el sol asomándose en el horizonte. Sophia sintió que se relajaba. Aire fresco, paz y tranquilidad y hermosa playa; sin duda era el paraíso, y a pesar de tener días hospedada ahí, era la primera vez que se permitía explorar el lugar. Ahora se daba cuenta de que, sin duda, era una tonta por desaprovechar ese hermoso sitio.

Aferrada a su tonto orgullo, tontamente pensaba que estar encerrada era un acto de rebeldía y no era así, simplemente era un tonto berrinche de su parte.

A Sophia no le costó trabajo seguir el paso de la señorita Lennox, la cual siempre se mantuvo adelante, aunque en ocasiones giraba la cabeza para asegurarse de que Sophia siempre la siguiera.

Media hora de recorrer la costa, llegaron a una zona de restaurantes y locales. A pesar de ser sumamente temprano, la zona ya estaba rebosante de actividad. Los restaurantes ya estaban preparando todo para los primeros comensales y en las cafeterías ya había gente sentada en las mesillas disfrutando de una taza de café. Algunos conversando entre ellos, otros leyendo o trabajando.

La señorita Lennox le indicó dónde debían de aparcar las bicicletas y después le preguntó dónde deseaba desayunar. Sophia solamente se encogió de hombros.

—Usted conoce el lugar mejor que yo…

—Da lo mismo. Escoge el que te guste más.

Presionó a la señorita Lennox. Sophia estaba a punto de alegar de nuevo, pero una mirada de ella le hizo entender que más le valía hacer una elección. Suspirando, Sophia señaló un pequeño local, con grandes ventanales y mesas de madera rústica. Era el que estaba más cerca del embarcadero donde podía apreciarse mejor la vista de la costa. Asintiendo, Sophia la instó a que la siguiera.

Sophia ordenó panqueques, yogurt, fruta y un latte. En cambio, la señorita Lennox ordenó un desayuno más sustancioso: huevos, tocino, tostadas y café americano. Durante los primeros minutos no dijeron nada. Sophia se concentró en mirar las vistas, y la señorita Lennox en mandar mensajes por su celular.

—La universidad de SNHU ofrece licenciaturas y maestrías en línea, y cuenta con un modelo educativo que permite estudiar desde casa, según los horarios del estudiante.

Sophia miró intrigada hacia la señorita Lennox. ¿Se refería a la Universidad del Sur de New Hampshire?

>>— Esta universidad ofrece programas en línea en áreas como negocios y empresas, informática. El programa es flexible y las titulaciones universitarias son acreditadas en Estados Unidos.

—¿Estudiar yo a esta edad?

Sophia rodó los ojos.

—Eso no importa.

Continuó ella sin dejar de teclear en su teléfono. Sophia suspiró.

>>—Nunca es demasiado tarde para ser quien tú quieras ser.

Alegó ella, dejando el móvil en la mesa.

>>—No hay límite de tiempo, haz lo que quieras, comienza cuando quieras. La vida no tiene reglas.

Comentó con seguridad y con una sonrisa arrogante. Sophia no pudo contestar nada inmediatamente porque en ese momento apareció el mesero con el desayuno.

Mientras daba un sorbo a su latte, Sophia consideró qué contestar. Además, ¿qué estaba sucediendo? La señorita Antonella estaba actuando como si nada de lo de anoche hubiera sucedido. Sophia tampoco era estúpida; por un lado, ella se sentía acorralada, prisionera, forzada. Sin embargo, era más que claro que hasta ahora la mayor intención de la señorita Lennox era que ella dejara de ser la sombra de su familia; alejarla era rescatarla, ¿no? Pero la pregunta era: ¿por qué? ¿Por qué tenía tanto interés en que Sophia fuera independiente? ¿Qué estudiará? ¿Que se divirtiera? ¿Qué ganaba ella en todo esto?

—¿Tienes algo que decirme?

Preguntó Antonella cuando Sophia se quedó más de lo necesario observándola. Se mordió los labios con fuerza y la miró a los ojos.

—¿Por qué yo? ¿Por qué intenta ayudarme?

Antonella sonrió suavemente.

—No lo sé.

Contestó con una mueca en la cara; el corazón de Sophia latía con fuerza, como si fuera a explotar. Sophia no pudo contener su voz temblorosa.

—Siempre he escuchado comentarios de que usted es el demonio. Pero comienzo a pensar que detrás de toda esa fachada se esconde una persona de buen corazón.

Antonella Sonrió.

—Todavía no te he mostrado el verdadero diablo.

Continuaron con el desayuno y Antonella le contó un poco más de la universidad en línea. Además de que pronto el tema cambió a situaciones laborales, donde ella le estaba proponiendo volver a Nueva York, pero en esta ocasión, deseaba que ahora se incorporara a trabajar en la empresa; se le asignaría una oficina. Era demasiada información para Sophia. Hasta anoche estaba decidida a agarrar sus maletas y volver a casa.

Era casi mediodía cuando por fin pudieron regresar a casa en las bicicletas. Cuando Sophia dejó su bicicleta contra la pared del garaje, se giró hacia la señorita Lennox.

—Le agradezco el desayuno y el paseo.

Dijo sinceramente.

—¿Cuándo tendré tu respuesta?

Preguntó Antonella, acercándose a ella. Nerviosamente, Sophia dio un paso atrás.

—Necesito pensarlo.

Antonella Lennox se acercó todavía más, y eso la puso super nerviosa; en toda la mañana se estuvo comportando amable con ella. Esta cercanía no era apropiada.

—¿Qué hay que pensar?

Antonella ni siquiera le dio la oportunidad de alejarse. Su mano agarró la pequeña mano de ella con fuerza.

>>—Tú misma lo dijiste. Todos piensan que soy un demonio, pero no lo soy. ¿Por qué no me das una oportunidad?

Sophia tenía el presentimiento de que ahora no estaba preguntando por la universidad o por la propuesta nueva de trabajo. Su corazón latía con fuerza y le faltaba el aire. Tenía los labios secos y sentía que estaba a punto de perder los nervios. Más por la forma en que ahora estaba cara a cara con ella.

—Es complicado.

—No lo es.

—Necesito…

Antes de que pudiera seguir protestando, la lengua de la señorita Lennox estaba en su boca, besándola con avidez. Antonella no intentó ser amable. No era una mujer amable. Tomó la barbilla de Sophia en sus manos y la besó, áspera y hambrienta. La besó más profundamente, más duro, más hambrienta, con los dedos apretando la mandíbula de Sophia. Por su parte, Sophia gimió en voz baja, comenzando a retorcerse contra ella. Pronto, Antonella se apartó. Respirando con dificultad, se miraron una a la otra.

—¿Qué sientes?

Antonella preguntó, colocando la mano de Sophia en su pecho. El latido del corazón palpitante fue perceptible contra su mano.

—Mi corazón está latiendo.

—Sí, continúa…

—Corre rápido. Corro tan fuerte que duele.

—¿Se te calienta todo el cuerpo como si le arrojaras fuego al estómago? ¿No puedes controlar tu respiración, la sangre corre a través de ti y sientes que tu corazón está a punto de salirse de ti?

—Sí. Así es.

Sophia asintió con la cabeza sin negar las palabras que representaban directamente sus sentimientos. Porque era un malestar intolerable que nunca había sentido por nadie. Antonella sonrió satisfecha en lugar de enojarse por sus palabras.

—Cuando tomes tu decisión, no olvides este sentimiento.

Antonella dio un paso atrás. Entonces Sophia corrió al dormitorio, cerró la puerta tan fuerte como pudo y echó el cerrojo.

CAPÍTULO 9

Por la tarde no pudo seguir escondiéndose; no tuvo más opción que reunirse con la señorita Antonella y el señor Ángelo para la revisión de los informes de la empresa de su padre.

Sophia quedó sumamente sorprendida por el plan de negocios que presentó la señorita Lennox; algunos pensarían que tal cual solamente tenía planeado invertir capital y listo. Al menos eso era lo que su padre necesitaba y envió a buscar. Sin embargo, la señorita Lennox tenía todo un plan de inversión y renovación. No se estaba tomando a la ligera el negocio. No dejaría el capital que invertiría a libre administración de su padre.

El abogado, por su parte, expuso el contrato y cada una de sus cláusulas. Las condiciones eran claras, la inversión del grupo Lennox estaba siendo protegida. La naviera pasaría a control empresarial del grupo Lennox, dejando a su padre con poco margen para poder actuar a voluntad. Definitivamente eso no le gustaría, pero viendo las cosas claramente, esta era la única manera en que la naviera se salvaría.

—Con este plan a seguir, esperamos un margen de recuperación del 15.7 por ciento para finales del año.

Contestó el abogado profesionalmente.

—Ese es un buen margen, aunque no pareces entusiasmado por ello, Ángelo.

Antonella le dijo cortante al hombre. Sophia no pudo hacer nada más que quedarse quieta a la derecha y fingir que estaba concentrada leyendo todo el contrato.

—Te lo dije y lo mantengo. Este no es un gran negocio.

Sophia se tensó al escuchar esa afirmación.

>>—Por mucho que tu plan de inversión y de expansión sea excelente, no es un negocio que aporte muchos beneficios para nosotros.

Sophia se sentía como una espina en el asiento, pero escapar sería considerado una victoria para el abogado, por lo que no podía irse prematuramente.

— Las navieras son importantes porque son fundamentales para el comercio internacional y la economía global.

Comentó la señorita Lennox. El abogado resopló.

—Todos tus negocios van enfocados al desarrollo web y a la infraestructura.

—Es bueno diversificar, ¿no es cierto, Sophia?

Antonella de repente le pidió una opinión a Sophia. Las miradas de ambos se centraron naturalmente en ella. Sophia sonrió.

—No sé mucho sobre inversiones diversas. Una inversión inteligente puede permitir que su dinero supere la inflación y aumente su valor. El mayor potencial de crecimiento de la inversión se debe principalmente al poder de la capitalización y al equilibrio riesgo-rendimiento.

Un silencio silencioso cayó sobre la habitación. Antonella levantó la copa y le dirigió una mirada para que continuara.

—Ahora comprendes por qué la contraté, es una chica inteligente.

—Tiene un amplio conocimiento.

El abogado mostró un poco de admiración y Sophia sonrió cortésmente.

—No soy una experta. Solamente he leído del tema, porque ayudo a mi padre de vez en cuando.

—¿De vez en cuando? No seas modesta, cariño.

Dijo Antonella, rodando los ojos.

—Conoces el negocio mejor que tu padre. Él ni siquiera pudo entregar completos los informes. Fuiste tú. Lo único que tu padre me supo informar era que ya han comenzado a aumentar los aranceles sobre los productos importados desde Europa. ¿Alguna opinión sobre eso?

Sophia estaba agobiada por esta situación en la que la atención de estos dos titanes estaba centrada en ella.

—El aumento de los aranceles es un gran problema. Con el aumento irracional se socavará la competitividad de los exportadores y se hace más difícil el acceso a los países que no disponen de acuerdos comerciales.

—El problema no es tanto el aumento de los aranceles. El gobierno debería luchar contra el narcotráfico de mercancías. Ese es el problema del porqué muchas navieras se están yendo a la quiebra.

Comentó el abogado.

>>—Por eso te vuelvo a señalar que es un mal negocio.

Sophia abrió la boca para intervenir; no deseaba que el abogado arruinara el negocio de su padre. Si convencía a la señorita Lennox de echarse atrás, estarían condenados.

—Si no recuerdo mal, dijiste lo mismo cuando comencé a invertir en bitcoin.

Alegó la señorita Lennox alzando su copa. El abogado rodó los ojos. Sophia le dirigió una mirada de incomprensión.

—Y aún sostengo que las criptomonedas en realidad no son dinero de verdad aunque Ricardo alega lo contrario. Para mí, las criptomonedas es igual de mal rentadas que invertir en modelos que solamente tienen una vida laboral útil hasta los treinta años.

Sophia se tensó.

>>—No obstante, comprendo por qué Ricardo quiso invertir en la empresa de modelaje de su hermana.

El rostro de Sophia se ensombreció un poco. Ricardo Armenta, socio comercial de Antonella Lennox, era sin lugar a dudas el hermano mayor de Christine Armenta, la modelo que aparecía en todas las revistas junto a Antonella. Al recordar los rostros de la señorita Lennox y su amante llenando las primeras planas, comenzó a sentir náuseas.

—Nos estamos saliendo del tema.

Apresuró Antonella.

>>—Termina de explicarle a Sophia las condiciones finales del contrato.

Fue una suerte que nadie viera cómo le temblaban las manos mientras sujetaba los documentos en sus manos. No muy convencido, Ángelo prosiguió enumerando cada uno de los puntos del contrato. Todos los pros y los contras fueron señalados y cada duda contestada. Incluso continuaron con el tema mientras la cena les era llevada al despacho. Para las diez de la noche terminaron con el asunto y el abogado quedó formalmente que al día siguiente le volvería a entregar el contrato a Sophia con las modificaciones acordadas para su nueva revisión. De esa forma, su padre solamente tendría que firmar y listo. Esperaba que su padre no pusiera trabas a la cláusula donde nombran a Sophia Brown como el contacto comercial directo entre la naviera y el grupo Lennox. Se suponía que ese sería el trabajo de su hermano.

—Bueno, entonces yo también me retiro.

Dijo Sophia levantándose y recogiendo todos los documentos del escritorio.

—¿Acaso ya tienes sueño?

Preguntó Antonella Lennox mientras paseaba alrededor de la mesa de billar que estaba en la esquina de la habitación. Hacía quince minutos que ella se había puesto a jugar billar sola, mientras el abogado terminaba de exponer el contrato ante Sophia.

—No, pero…

—Entonces ven acá. ¿Sabes jugar?

Antonella vestía la misma ropa deportiva que esa mañana. Parecía relajada y despreocupada, incluso mientras el abogado exponía cada uno de los puntos que podrían resultar graves en caso de que la empresa al final quebrara, sin importar qué tan bueno fuera el plan de trabajo. Antonella en realidad no parecía preocupada por ello. Ella, en cambio, había estado muy nerviosa antes de la reunión; hasta se había duchado y arreglado para parecer más profesional.

Sophia reaccionó con el sonido de las pelotas hechas de marfil chocando contra ellas. Inconscientemente se acercó. La bola roja atravesó rápidamente la espaciosa mesa y desapareció en el agujero de la esquina.

>>—Juega conmigo, no es divertido cuando tengo que competir contra mí misma.

La señorita Antonella se inclinó e hizo un nuevo tiro; la bola azul rodó rápidamente por el borde de la mesa donde estaba ella. Antonella se acercó a ella, sacando el estrangulador y frotando el taco. Sophia se tambaleó hacia atrás involuntariamente. Su cercanía la ponía nerviosa.

>>—¿Conoces las reglas del billar?

Preguntó Antonella, poniendo en su lugar la bola azul que había caído en el agujero. Sophia fingió estar tranquila y negó con la cabeza. Sophia quería poner fin a su reunión y volver a su habitación.

—No.

—Es fácil.

Señaló hacia la derecha. Antonella bajó la barbilla ligeramente y tomó una postura, hizo su tiro.

—Acabo de hacer una jugada de 10 puntos.

¡Era mentira! Gritó Sophia mentalmente. Abrió mucho los ojos, casi hizo un sonido con la boca. Los ojos de Antonella brillaron intensamente mientras apuntaba con cuidado la bola, y la bola blanca se movió rápidamente a lo largo de la mesa. Las tres bolas que chocaron en una fila desaparecieron por completo en diferentes agujeros. Antonella volvió a hablar con una cara sin ningún remordimiento.

>>—Son 30 puntos. ¿No es perfecto?

Si el padre de Sophia, que es un maestro del billar, lo hubiera visto, se habría enfadado. Sophia frunció el ceño hacia la señorita Lennox, que no parpadeó mientras jugaba aleatoriamente e ignoraba por completo la regla de que solo una bola a la vez, y que tenían que ponerse en orden. <<*No digas nada, no digas nada*>>. Se dijo mentalmente. Lo que debería hacer era decir buenas noches e irse.

>>—Mis jugadas son perfectas.

Se jactó la señorita Lennox.

>>—Soy perfecta en todo lo que me propongo.

Los labios de Sophia se torcieron con insatisfacción y finalmente se abrieron.

—Señorita Lennox… No es honorable hacerse trampa a sí misma.

Entonces la señorita Lennox sonrió.

—Dijiste que no conocía las reglas.

Antonella volvió a apuntar la pelota, la metió en el agujero de su costado y exhaló. Las bolas de colores entraron en el agujero en la esquina de la mesa donde estaba parada Sophia. Después de meter la última bola negra, Antonella se levantó. Al verla reorganizar las bolas que había reunido debajo de la espaciosa mesa, Sophia se dio cuenta entonces de que no estaba haciendo nada por marcharse. ¿Estaba loca o qué?

>>—¿Te gustaría jugar un juego conmigo?

—Okey.

Suspiró, dejó las carpetas en la silla más cercana y se acercó a la mesa.

>>—¿Cuáles son las condiciones?

Antonella la miró y sonrió.

—¿Condiciones?

Sophia sonrió.

—Según mi hermano, no hay juegos sin una apuesta. Al menos eso me enseñó.

Una risa baja resonó a través de la espaciosa habitación.

—Ah, Sophia. Siempre me sorprendes.

Sophia se mordió el labio mientras miraba a la señorita Lennox sonriendo.

—¿Acaso piensa que soy tan aburrida como para no saber jugar billar o saber apostar?

Sophia levantó la cabeza desafiante.

—Jamás he pensado que eres aburrida.

Antonella se acercó a ella y la miró a los ojos.

>>—¿Cuál es la apuesta? Quieres algo de mí.

Sus ojos se llenaron de una luz interesante. No era una buena situación para Sophia en absoluto, pero pensó que tenía que decir algo.

—Quiero volver a la ciudad, y quiero que se me permita escoger mi propio apartamento; pagaré mis gastos y tendré mi independencia. Trabajaré para usted, pero dejaré de vivir de su caridad y bajo su sombra.

Antonella enarcó una ceja.

—¿Qué pasa si gano?

Sophia hizo una pausa por un momento. Antonella volvió a reír suavemente.

>>—¿Nunca has pensado en la posibilidad de perder? Esto va a ser una locura.

Sophia lo miró seriamente, pensando que Antonella se burlaría de ella, pero en cambio parecía realmente satisfecha con que Sophia la estuviera confrontando.

—¿Qué quiere que haga si usted sí gana?

—Te lo diré después de que termine el juego.

—Como quiera.

Antonella asintió y le dio el turno. Sophia se preparó mentalmente. Necesitaba ganar.

Comenzó el juego con determinación y seguridad en sí misma; por más que la señorita Lennox destilara arrogancia, no se dejaría intimidar. Al menos iban quince minutos de juego y había logrado mantenerse a la altura del reto. Hizo su tiro y la bola blanca golpeó con precisión la bola de color. Después de anotar el tiro, Antonella observó atentamente a Sophia mientras tomaba el siguiente ángulo.

—Cuidado o cometerás una falta.

Ante las palabras susurrantes de Antonella, los ojos de Sophia se abrieron como platos.

—¡No es verdad! Mi postura es la adecuada.

Antonella se encogió de hombros con calma y escondió su sonrisa. Sabía desde hace mucho

tiempo que, aunque Sophia era una persona controlada, de vez en cuando su carácter se imponía. Sophia era prudente y, una vez que había tomado una decisión, era bastante obstinada. Antonella estaba dos puntos por delante del marcador, pero Sophia aún tenía la última oportunidad de atacar. Si anotaba dos bolas seguidas, ella ganaría. Dejarla ganar no era una opción; sería la oportunidad perfecta para que se le escapara de las manos.

—Sophia.

Antonella de repente la llamó por su nombre. Pero Sophia no apartó la mirada de su objetivo.

—No me desconcentre. No haga trampa.

Sophia no la miró; estaba ocupada calculando el ángulo de su cabeza. Después de analizarlo mucho, aplicó resina en polvo para evitar que sus manos resbalaran.

—¿Sabías tú que todos los aprendizajes más importantes de la vida se hacen jugando?

—¿Ahora es filósofa?

Sophia frunció el ceño.

—Es una lección de vida.

Sophia hizo su última puntería, con una leve sonrisa.

—Comprendo.

Comentó sin apartar la vista de su objetivo.

>>—Es igual a la lección que dice. No dejamos de jugar porque envejecemos; envejecemos porque dejamos de jugar.

Sophia se mordió el labio con fuerza y se concentró en golpear la pelota. El ángulo estaba un poco desviado, pero la pelota apenas entró en el agujero. Ahora solo tocaba poner la última bola negra y el juego terminaría.

—Y si comprendes eso, ¿por qué no te relajas y disfrutas de la vida en lugar de tomarla tan a pecho?

Comentó la señorita Lennox. Sophia apretó los labios cuando la bola blanca fue golpeada, pero falló en el tiro. Ni siquiera tocó la bola negra. Sophia lentamente se levantó de la mesa. Su corazón latía incontrolablemente.

—Yo disfruto de la vida a mi manera.

Comentó, segura de sí misma. Sophia observó a Antonella con una expresión inexpresiva; ella frotó el taco en el estrangulador y nunca apartó la vista mientras golpeaba la pelota con fuerza. Su jugada fue decisiva. La bola, que giró alternativamente por todos los lados de la mesa, finalmente golpeó y tocó la bola negra, lanzándola contra el agujero. Antonella se levantó y la miró.

—La vida es como una gran tormenta: puede asustarnos, pero también puede limpiar el camino para algo nuevo. Si algo no avanza, déjalo ir y avanza tú.

Fue un gran discurso, sumado a la victoria de Antonella. Sophia la miró con los ojos desenfocados.

—Usted gana. ¿Qué es lo que desea?

Antonella se acercó lentamente a ella, extendiendo sus manos entrelazadas frente a ella. Acercándose lentamente.

—Lo que deseo… no te lo pienso decir ahora.

¿Cómo podía ser tan cruel esta mujer?

—Dígalo, una apuesta es una apuesta. Y yo no quiero deberle nada.

Antonella sonrió y la miró. Antonella disfrutó viendo a Sophia, cuyos ojos estaban completamente abiertos; se mordía el labio y apretaba los puños.

—Tú fuiste quien sugirió hacer una apuesta. ¿Por qué estás molesta ahora?

—No estoy molesta.

Dijo ella contenidamente.

>>—Solamente diga lo que desea que haga y lo haré.

Explotó, Sophia.

—¿Sabes una cosa? Estoy comenzando a creer que en verdad terminarás odiándome.

Dijo la señorita Antonella con voz contenida.

—No la odio.

El corazón de Sophia golpeaba violentamente dentro de ella.

—¿Estás segura?

Sophia reafirmó con la cabeza; sus acciones podrían decir una cosa, pero sus ojos… Antonella suspiró.

—A partir de hoy dejarás las formalidades y me llamarás por mi nombre.

Sophia alzó bruscamente la mirada y la observó con ojos bien abiertos.

—¿Cómo dice?

—Lo que escuchaste, tendrás que tutearme.

Antonella le sujetó de la barbilla.

>>—Los departamentos en la ciudad son muy costosos; a menos que encuentres una ratonera o compartas gastos con una docena de roomies, no podrás vivir cómodamente. Así que te quedarás en el departamento que inicialmente tenías y se te asignará un alquiler a pagar; seguro eso salvará tu orgullo.

Ella le sujetó la nariz. Sophia apartó su mano.

—No me importaría compartir gastos con otras personas.

Alegó, pero estaba claro que no iba a servir de nada.

—Te quedarás ahí sin alegar. Recuerda que yo gané la apuesta.

—Pero nuestra apuesta era por una sola cosa.

Refunfuñó. Antonella se encogió de hombros y se dio media vuelta.

—Dijiste que sería lo que yo quisiera. Y eso es lo que quiero.

Caminó hacia la mesa de billar.

>>—Me tutearás, te quedarás en el apartamento de Nueva York sin quejas y, a partir de la siguiente semana, te presentarás a trabajar a la oficina. Sandler se pondrá en contacto contigo y te dará todos los detalles.

Sophia apretó las manos en puños.

—Es injusto.

—Es una apuesta, aprende a perder.

Sophia quería gritar, quería… Golpear y maldecir a esta mujer tan obstinada. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Guardó silencio.

—Como usted… como tú quieras.

Dijo con amargura. La señorita Lennox sonrió.

—Estamos de acuerdo entonces.

—Sí.

Prácticamente gruñó.

>>—¿Puedo retirarme ahora?

La señorita Antonella alzó una ceja.

—Aún es temprano. ¿Quieres otra partida? Doble o nada.

Le guiñó el ojo. Sophia no caería en la trampa.

—Estoy cansada. Preferiría retirarme.

Antonella ladeó la cabeza.

—¿Es cierto eso o quieres evitarme?

—Estoy cansada, ha sido un día largo.

Insistió contenidamente. Antonella suspiró dramáticamente.

—De acuerdo. Puedes retirarte; ya juraremos en otra ocasión.

Sophia asintió aliviada.

>>—Buenas noches… Sophia.

Ella rápidamente dio la vuelta y se alejó, ignorando por completo la alegría y el sarcasmo en la voz de esa mujer.

CAPÍTULO 10

La tranquilidad de la hermosa casa a un lado de la costa se vio trastornada por la presencia de Antonella Lennox y su abogado; sin embargo, se convirtió en un tifón cuando tres personas más aparecieron al día siguiente. Ricardo Armenta, su hermana Christine Armenta y la novia de este, Simoneta Aragón.

Al parecer, las tres personas llegaron a la conclusión de que, dado el hecho de que Antonella Lennox estaba de vacaciones por primera vez en su vida, también era buen momento para ellos tomar un descanso.

Sophia quiso marcharse de inmediato, cosa que su carcelera no le permitió. Era una invitada igual que los otros y era tratada en consecuencia. Aunque ella se sentía sumamente incómoda.

Christine y Simoneta eran modelos, ambas altas, hermosas y elegantes. Cosa que hacía sentir a Sophia muchísimo inferior. Sin embargo, el carácter de ambas era amable, educado y contenido. Era bastante claro que ellas tampoco se sentían cómodas con la presencia de Sophia; sin embargo, como era "amiga" e invitada en la casa de Antonella, les tocaba soportar a Sophia y tratarla con respeto.

—El plan de Ricardo de venir a invadir las pequeñas vacaciones de Antonella, después de todo, no fue tan mala idea.

Comentó Christine con una voz tan pequeña como un susurro.

—Yo pensé que se iba a enojar mucho.

Agregó Simoneta, desde su tumbona. Ambas en trajes de baño superdiminutos estaban tomando el sol, mientras que Sophia estaba sentada en la mesilla de playa de un costado. Ella no quiso humillarse aún más al intentar tomar el sol en traje de baño cuando ellas tuvieron la cortesía de invitarla. Así que accedió a reunirse con ella; sin embargo, Sophia utilizaba una blusa de tirantes y un short corto. Y sabiamente optó por tomar su limonada en la mesa, fingiendo leer un libro. De esa forma estaría ahí, pero no a lado de ellas, ni se ridiculizaría a sí misma tratando de competir con ella.

—Por supuesto que se enojó; pero no le dimos más opción que recibirnos.

Rió Christine, mirando a través de sus gafas de sol hasta la otra punta de la alberca, donde hacía quince minutos Antonella estaba teniendo una acalorada conversación con Ricardo. El abogado Ángelo estaba en alguna parte de la casa, trabajando.

Sophia estudió de cerca a Christine Armenta, aunque en toda la prensa afirmaban que ellas eran amantes; para Sophia no lo parecían. Solamente habría que ver la forma tan fría en la que se saludaron al llegar. Al menos esa fue su impresión.

—Es más que obvio que no deseaba ser interrumpida en este *descanso.*

La última palabra fue dicha con total sarcasmo, además de que estaba esa mirada que Christine le dirigió.

—La señorita Lennox no sabe de descansos. A mi consideración, no hay otra cosa que no le guste más que trabajar.

Comentó, intentando desviar la atención de ella. Las mujeres parpadearon rápidamente.

—Tienes razón. También lamentamos interrumpir tu estancia, Sophia. En nuestra defensa

puedo decir que Ricardo nunca mencionó que tú estabas aquí. Pensamos que solamente estaba Ángelo.

Se disculpó Simoneta. Sophia negó con la cabeza.

—Yo también estoy aquí por trabajo.

Afirmó.

—Por supuesto.

Susurró Christine. La comisura de los labios de Christine tembló un poco y sonrió con amargura.

—No te preocupes, somos bastante maduras como para darnos cuenta cuando somos no deseados en algún sitio.

—Yo…

Cuando Sophia estaba a punto de decir algo, Christine se puso de pie.

—Creo que nadaré un poco.

Afirmó mientras se deshacía del pareo y se acomodaba el cabello. La mirada de Antonella entonces se fijó en la dirección de ellas.

—¿Quieres venir, Simoneta?

—Ahora no.

Contestó la amiga recargándose por completo en la tumbona y cerrando los ojos. Christine entonces se acomodó el escote del bañador, apretando provocativamente sus abundantes pechos. Sophia se estaba volviendo cada vez más intolerante con esta situación. La pretensión de Christine era clara. Estaba intentando despertar el interés de Antonella Lennox en ella. Rodó los ojos. Decidiendo no participar en dicha situación, se puso de pie y se dirigió por un costado de la alberca; si seguía ese camino, iría directamente hacia la playa. Todo esto era ridículo; ya bastante tenía con sus propios problemas como para inmiscuirse en una situación incómoda. El corazón de Sophia se aceleró violentamente y su boca estaba seca en una situación que nunca había experimentado en su vida.

Sin mirar a nadie, caminó por el sendero hasta traspasar la valla y poder llegar a la playa. La arena era blanca y tan suave. Dejó las sandalias junto a la cerca y siguió su camino hasta el borde del mar.

Mirando a la distancia, se sumergió en sus pensamientos. Después de lo ocurrido anoche, no había tenido tiempo de analizar lo que sucedería a partir de ese momento. Una apuesta era una apuesta y, aunque hasta el momento se había salvado de tutear a la señorita Lennox, estaba segura de que tarde o temprano ella le recordaría su promesa.

Además, estaba el hecho de que pronto volvería a la ciudad y se incorporaría a trabajar en una oficina; esa parte en verdad no le disgustaba. Jamás había tenido la oportunidad de un trabajo así y estaba algo ansiosa por demostrar de lo que era capaz. Por supuesto que estaba asustada con la idea, pero prácticamente ya estaba trabajando para Antonella Lennox desde hacía semanas; ahora solamente se tenía que acostumbrar a estar en un edificio con más gente y un horario.

—El clima es bastante agradable, ¿no te parece?

Sophia saltó ante la pregunta prácticamente susurrada en su oído. Saltó hacia un lado, haciendo que la señorita Lennox riera.

—¡Diablos! ¿De dónde salió, señorita…?

Exigió saber. Antonella enarcó una ceja.

>>—No me mire así, sus amigos no están a más de un par de metros, debemos guardar las apariencias, soy su empleada.

—No son mis amigos y no me importa lo que piensen. Un trato es un trato.

Antonella miró a las tres personas que miraban en la dirección de ellas con expresiones similares. En particular, Christine los miraba con ojos que no podían ocultar sus emociones.

>>—¿Acaso te agradan?

—No es importante lo que opine.

No hubo perturbación en la voz de Sophia mientras caminaba un poco más cerca de las olas. Los labios de Antonella estaban extrañamente torcidos mientras hábilmente se acercaba a ella.

—Supongo que escuchaste el rumor sobre Christine Armenta y yo…

—No lo escuche… lo leí.

Comentó despreocupadamente. Antonella suspiró. Si bien no le gustaban los dramas, la calma de Sophia era sumamente insatisfactoria. Tal vez era porque le gustaría ver a Sophia perder los estribos al menos una vez. Antonella admitió que sus gustos eran terriblemente retorcidos.

—No creas en todo lo que lees. Christine no es mi tipo.

Sophia entrecerró los ojos al océano que reflejaba la luz del sol.

—Eso no me concierne.

—¿Pero no te da curiosidad saber quién es mi tipo?

Sophia se volvió y miró a Antonella.

—Incluso si ese fuera el caso, no creo que sea propio preguntar. Nosotras tampoco somos amigas.

—¿Por qué? Tú me agradas, ¿no crees que puedo ser una buena amiga?

—¿Yo le agrado?

Suspiró resignada al observar la forma tan fría en la que Antonella la miró.

—Sí. ¿No soy obvia?

Ella se encogió de hombros. Y no le contestó.

Antonella negó con la cabeza.

—Ven, vamos a dar un paseo.

Se giró hacia el este.

>>—Si no recuerdo mal, a medio kilómetro hay un local donde podemos tomar algo. Aprovechemos un poco el día libre que me costó conseguir.

Además de eso, a Sophia le pareció escuchar que ella al final dijo "*Ellos no arruinarán mi día*", pero bien pudo ser su imaginación, ya que en mayor parte el sonido de su voz estaba silenciado por el viento.

Sophia miró de nuevo hacia la casa; los tres pares de ojos aún la miraban, estaba algo retirado, pero no le costó para nada distinguir el disgusto en el rostro de los hermanos Armenta. ¿Qué estaba sucediendo en realidad?

>>—¡Sophia! Date prisa. Te invitaré una cerveza.

Gritó la señorita Lennox unos metros más adelante. Sophia corrió por sus sandalias y entonces se apresuró a seguirla.

>>—¿Sabías qué mi médico me recomendó caminar mínimo tres minutos al día?

Antonella rió mientras estiraba los brazos al aire.

>>—Ni siquiera tengo tiempo de dormir. ¿Cómo quiere que camine?

Antonella entonces la miró como esperando que ella dijera algo. Sophia carraspeó.

—¿Médico? ¿Acaso está… estás enferma?

Estaban dando un paseo por la playa; sin embargo, ¿por qué Sophia se sentía como un pollito al que llevan al matadero?

—Hace unas semanas me desmayé.

Comentó Antonella. Sophia abrió mucho los ojos.

—¿Se desmayó?

—Sí.

Suspiró bastante fuerte.

>>—Según mi médico, dijo que fue a causa del agotamiento. Al parecer, mi cuerpo llegó al límite y decidió reiniciarse por sí mismo.

Sophia parpadeó varias veces. Vaya, eso sí que era sorprendente. Aun siendo una persona invencible como Antonella lo había de parecer, estaba claro que eso no eximía que era una simple mortal. Un silencio como la víspera de una tormenta flotó entre ellas mientras continuaban caminando…

>>—Tú también vives cerca de la costa; pensé que este lugar te gustaría más que la ciudad.

Comentó Antonella. Sophia se apartó el rostro de la cara.

—Me gusta el mar.

Comentó, tragando saliva.

—Y esta casa es realmente hermosa. Creo que fue un berrinche de mi parte no agradecerte tal generosidad. Me disculpó por eso.

Antonella la miró con ojos ligeramente fruncidos e inclinó ligeramente la cabeza. Su cabello rubio estaba teñido a la luz del sol.

>>—¿Qué sucede? Deja de mirarme así. Ya sé que no he hecho otra cosa que quejarme. Pero sé reconocer mis errores.

No tenía más remedio que ser honesta. La señorita Antonella rió y negó con la cabeza.

—Tú sí que sabes sorprenderme.

—¿La sorprendí porque sé reconocer mis errores?

—Algo así. Eres realmente un misterio.

Siguieron caminando por la costa, pasando por el lado de las hermosas casas alineadas.

>>—Cuando era niña también me gustaba mucho el océano.

Comentó Antonella sin mirarla.

>>—Lo extrañé mucho cuando tuve que mudarme. Por eso no dude en comprar una casa aquí. Aunque no tengo mucho tiempo para visitarla.

Antonella tenía un rostro inexpresivo.

—Abandonar el hogar debe ser aterrador.

Dijo nerviosamente.

>>—Si te soy sincera, creo que fue muy valiente de tu parte perseguir tus propias metas desde muy joven.

Antonella se detuvo y miró hacia el mar.

—Extrañaba el mar, pero no tanto a mis familiares.

Murmuró, con rostro pensativo, y miró a la lejanía.

>>—Supongo que a pesar de todo, tú sí extrañas a tu padre y hermano.

Sophia miró sus pies.

—Lo hago.

Volvió a reacomodar su cabello cuando Antonella la miró.

>>—Pero… Pero al mismo tiempo, me está agradando esto de experimentar fuera de mi hogar.

Se rió nerviosamente.

>>—Nunca había viajado fuera de mi estado.

—Si eso es cierto, ¿por qué sigues empecinada en querer volver? Puedes vivir el resto de tu vida en Nueva York si lo deseas.

La tensión volvió a subir y Sophia tragó saliva mientras pensaba en la respuesta.

—Es que soy terca como mula.

Se encogió de hombros.

>>—Puedes preguntarle a mi padre si no me crees.

Ante su astuta respuesta, Antonella soltó una carcajada. Sorprendiendo a Sophia.

—No dudo de tu palabra.

Comentó riendo y volviendo a caminar. Le dijo que la cervecería estaba un poco más adelante. Y era cierto, solamente recorrieron unos pocos metros más y llegaron a una rústica casa de madera; al parecer antes fue una casa habitación, pero fue remodelada para ser un bar al pie de la playa. Sophia se preguntó si a los vecinos cercanos no les molestaría el ruido. Aunque, siendo francos, no era como si el lugar fuera ruidoso, aunque sí estaba concurrido.

Encontraron una mesa cercana al porche y Antonella ordenó dos cervezas de barril, aunque Sophia se desgastó en afirmarle que no bebía alcohol.

—Una no te matará.

—¿Siempre tiene que salirse con la suya?

—En la mayoría de los casos, así es.

Las bebidas llegaron, y Sophia estaba renuente a beberla.

—Anda, un trago y si no te gusta, ordena otra cosa.

Sophia consideró sus opciones.

—La beberé, a cambio de que tú… de que contestes una pregunta.

Antonella enarcó una ceja.

—Aparte de apostadora compulsiva, ¿Eres buena regateando?

Sophia enderezó la espalda.

—Beber esto es un gran sacrificio para mí y usted solamente tiene que contestarme una duda. No le veo mayor problema.

Ella dio un trago a su bebida.

—De acuerdo. Contestaré tu pregunta.

Ella señaló con la mirada la bebida.

>>—Ahora, bébelo.

Y Sophia así lo hizo. Tosió ante el primer trago; esa cosa era espantosa. ¿A quién le gustaba semejante cosa? Antonella rió ante su reacción. Ahora que la tenía de frente y veía su risa, Sophia se daba cuenta de que de esa forma parecía realmente una chica de su edad sin su rígido porte serio.

—Ahora tienes que contestar.

Afirmó mientras se limpiaba la boca. Antonella se puso seria al instante. Parecía una mujer con múltiples personalidades.

—Adelante, haz tu pregunta.

Sophia se mordió el labio y se acomodó más derecha sobre el banquillo de madera.

—¿Por qué yo?

Preguntó. Antonella encaró.

—¿Por qué tú qué?

—¿Por qué está tan empeñada en que yo salga fuera de mi zona de confort? ¿Qué interés tiene? ¿Qué gana usted con ayudarme?

Antonella la miró largamente; la tensión se cortaba con un cuchillo y Sophia sentía el

corazón desbordante mientras aguardaba.

—Pensé que solamente tenía que contestar una pregunta.

Sophia dejó caer los hombros.

—¡Es lo mismo! Quiero saber por qué está empeñada en…

—Solamente soy entrometida.

Cortó la alegación de Sophia.

—¿Qué cosa?

Su mandíbula prácticamente cayó abierta sin dar crédito a lo que escuchaba. Antonella se encogió de hombros y se acomodó el cabello fuera de los hombros.

—Eso, me gusta entrometerme y fastidiar. Y tú drama familiar se me hace bastante divertido.

Sophia entrecerró los ojos.

—Está bromeando, ¿cierto?

—En absoluto. Hablo muy en serio.

Sophia enfureció y estaba a punto de estallar en contra de la mujer arrogante, cuando de repente el teléfono de ella las interrumpió. Antonella no dudó en contestar para salvarse de los cuestionamientos de Sophia. Derrotara, volvió a tomar un trago de cerveza, dándose cuenta de que en este segundo sorbo, no supo tan mal como al principio. Así que siguió bebiendo mientras, frente a ella, la señora Antonella Lennox gobernaba su imperio.

CAPÍTULO 11

Antonella observó a Sophia a través de la ventana; ella parecía bastante tranquila mientras paseaba alrededor de la alberca: <<*Al menos no se volvió a encerrar en el despacho o en su habitación*>>. Después de su paseo de ese día, tuvieron que volver porque Antonella tenía que atender un asunto urgente sobre un desarrollador web que estaba plagiando uno de sus proyectos. Con este ya eran tres proyectos que otra compañía estaba robando y la rata que infiltraba el proyecto, aún no podían capturarla. Con el tiempo lo lograrían; de momento se conformaba con destrozar el plan de inversión de esas desarrolladoras que no tenían personal creativo que inventara algo original y que se dedicaban a plagiar trabajos ajenos. Desde el primer incidente, lo primero que realizaba el grupo Lennox era registrar las patentes antes que nada.

—*¿Qué tanto hablará con su padre?*

Pensó Antonella. Ella adivinaba que Sophia estaba hablando con su padre; hasta donde sabía, los únicos contactos que esta mujer tenía en su teléfono eran su padre y su hermano. Sin amigos, ni amantes. Eso sin duda era aburrido. Sophia Brown era un ser solitario y apartado del mundo sin aspiraciones a corto plazo por querer encajar en esta sociedad.

Desde hacía casi una hora, Sophia había estado dando vueltas por todo el borde de la alberca con el teléfono en la oreja. Por la tensión en su cuerpo y la forma en la que apretaba las facciones de su rostro, adivinaba que la conversación con su progenitor no estaba siendo del todo placentera.

—¿Me estás escuchando?

Antonella no miró a Ricardo.

—En realidad, no. Recuerda que estoy de descanso, no quiero seguir hablando de trabajo.

—Ridiculeces. Tú no tomas vacaciones.

Alegó su socio; sin embargo, ella no apartó la mirada mientras observaba cómo Christine caminaba directamente hacia Sophia. Desde hacía rato, Christine, Simoneta y Ángelo estaban conversando al otro extremo del jardín, justamente en la cantina al aire libre, mientras preparaban algunas bebidas.

>>—Cancelaste la junta directiva, sin embargo te advertí que había algunas cosas que discutir en persona.

Su mirada estaba fija en Sophia, mientras Christine le ofrecía un cóctel. Ella lo aceptó. <<*¿No que no bebías, Sophia?*>> estaba considerando tachar a Sophia Brown de mentirosa; sin embargo, al Christine retirarse, Sophia acercó la bebida a sus labios, apenas y tocando el líquido de la copa, la olió, frunció la nariz con desagrado y alejó la copa. Era bastante educada como para no rechazar el ofrecimiento de Christine, pero demasiado reprimida como para arriesgarse a tomar algo nuevo. Así de miedosa era. Antonella sentía curiosidad por el mundo que veía a través de sus ojos.

Las personas con las que tuvo relaciones en el pasado eran demasiado numerosas para contarlas. Originalmente era una mujer que tenía un gran talento para captar la esencia de los

demás y utilizarlos para sus propios fines. Fue gracias a eso que fundó su empresa. Era buena para encontrar las fortalezas y debilidades de sus adversarios, que por lo general era el pecado de la avaricia lo que los movía. No obstante, Sophia Brown era un espécimen raro. Nunca había conocido a una persona en la cual el honor, el sentido del deber y la lealtad estuvieran tan arraigados en su ADN. Tal vez no eran esas tres virtudes, sino que el amor familiar sí existía en realidad.

De cualquier forma, Sophia la intrigaba demasiado, tanto que estaba invirtiendo en una empresa inútil con tal de tenerla bajo su merced. <<*Si descubro lo que está pensando esta mujer, ¿se apagará esta curiosidad y fascinación por ella?*>> <<*¿Estaré satisfecha si la llevo a mi cama?*>> Los pensamientos se ramificaron lentamente en la cabeza de Antonella mientras la miraba en silencio. Las cejas afiladas de Antonella se juntaron entre su frente, contemplando qué tipo de deseo era este. Una risa estalló en sus labios cuando finalmente encontró la respuesta.

>>—Antonella ¿Acaso enloqueciste? ¿De qué te ríes?

<<*Sí, definitivamente la quiero en mi cama*>>. Pero era más que eso. Antonella deseaba descifrarla, corromperla y liberarla de ella misma. Antonella seguía mirando a Sophia, que seguía de pie, sin mirar hacia donde estaba, con los ojos entrecerrados y hablando por teléfono. Una mujer que está inmersa en su propio mundo sin siquiera importarle la hermosa modelo que la fulminaba con la mirada. O el hombre moreno que la miraba con interés o la empresaria que intentaba planear su siguiente movimiento.

>>—Te juro que pones a prueba mi paciencia. Dime qué tiene de interés esa mujer tan sosa, fea y aburrida.

La voz desagradable de Ricardo interrumpió sus pensamientos. ¿Fea? Tal vez no era una belleza espectacular, pero Sophia Brown no era fea. Se arreglaba muy simplemente, eso era todo. Antonella dirigió su mirada a su socio.

—Ricardo, de verdad. Si no quieres que nosotros terminemos mal, te aconsejo que tomes a tu hermana, a la zorra que te estás tirando, y se larguen de mi casa esta misma noche; ya no quiero seguir fingiendo cortesía.

—¿Perdón?

—Lo que escuchaste, no son bienvenidos y me he portado lo suficientemente amable como para tolerarlos todo el día.

Cuando Antonella terminó de hablar con frialdad, se giró de nuevo hacia la ventana, justamente al tiempo que un grito desgarrador cortó el aire. Al mismo tiempo contempló el alto chapoteo de la alberca cuando Sophia cayó de golpe en el agua. En el momento en que Antonella comprendió la situación, abrió las ventanas corredizas y corrió hacia la alberca.

El agua fría envolvió el cuerpo de Sophia y se la tragó. Le pareció escuchar que alguien a lo lejos gritaba su nombre. Sophia sabía nadar, pero extrañamente sus extremidades no le respondían. Estaba mareada, y su vista estaba algo opaca. ¿Por el agua? ¿Por el mareo previo que la hizo perder el equilibrio?

Alcanzó su mano en la superficie del agua, donde brillaba la luz, pero nada lo tocó, por más que se esforzaba por mover los brazos. La alberca estaba profunda, el ruido desapareció y un escalofrío golpeó su cabeza. El oscuro miedo a la muerte la envolvió por completo. *«¿Me voy a morir así?»*

En el momento en que sintió la muerte, los recuerdos de su existencia hasta ahora comenzaron a pasar por la mente de Sophia. ¿Qué había logrado ella en esta vida? ¿Qué tenía esta vida para ella? De repente tuvo la impresión de que en su vida había más problemas que dichas y disfrutes. Sería tan fácil darse por vencida de una vez. Ella no quería pelear más. Quería

parar ahora.

De repente, su cuerpo fue agarrado con fuerza y un brazo rodeó su torso. Finalmente fue arrastrada con fuerza por encima de la superficie del agua y luego arrojada sobre el borde. Sophia comenzó a toser con fuerza.

—¡Maldita sea, Sophia! ¿En serio no sabes nadar?

Esa voz la conocía. Y las otras voces que preguntaban cómo estaba, que daban órdenes de traer toallas, de llamar a un médico, también las conocía. Sin embargo, la voz que le ordena respirar y no dormirse era la que predominaba.

Antonella Lennox la sostenía del rostro y golpeaba deliberadamente sus mejillas para que ella reaccionara. Cuando pudo enfocar la vista, se encontró cara a cara con el rostro de Antonella. Los ojos azules de ella, como un lago congelado bajo la luz del sol de invierno, la miraban preocupada y, al mismo tiempo, Antonella estaba regañándola por ser tan estúpida y no fijarse por dónde iba y caer en la alberca.

Sophia volvió a cerrar los ojos. Quería gritar de resentimiento; solamente a esa mujer se le ocurría maltratarla justo cuando ella estuvo al borde de ahogarse, pero de sus cuerdas vocales solo salía el sonido constante de una tos que se llenaba de agua.

Pronto sirvientes llegaron para auxiliar; Antonella la envolvió en una toalla y alguien más la alzó en brazos. A Sophia nada le importaba; simplemente cerró los ojos y dejó que la inconsciencia y el cansancio, la vencieran.

Mientras estaba en la habilitación y una sirvienta la ayudó a cambiarse, Sophia observó a Ángelo marcharse; él fue quien la llevó a la habitación. También observó a Antonella Lennox mientras daba órdenes a los criados. Sophia, por su parte, entonces se dio cuenta de que su celular estaba ahora en lo profundo de la alberca. Acababa de sufrir un trauma; sin embargo, se alegraba de que, mínimo, el aparato se hubiera perdido para siempre.

Antonella lo había dicho: Sophia había sido tan estúpida para caer en la alberca por no prestar atención. Y su padre, previo a eso, también había usado esa palabra. En palabras de su progenitor, él no confiaba en una niña estúpida siendo capaz de manejar un contrato empresarial de una empresa multimillonaria. <<*Estúpida, estúpida, estúpida*>>. Sophia se dejó caer de costado sobre la cama, enterró el rostro en la almohada, conteniendo las ganas de llorar. Tenían razón. Era una chica estúpida en todos los sentidos.

▪:✧·✦·✧:▪

Cuando Sophia despertó varias horas después, la primera cara que vio, afortunadamente, no fue la de Antonella, sino la de una joven sirvienta. Ella amablemente le preguntó cómo se sentía y le informó que el médico que previamente había ido a revisarla, ordenó que debía descansar. Había estado un médico revisándola y ella ni enterada.

Sophia luchó por levantarse sobre la cama y se apoyó contra la cama. La sirvienta, rápidamente, se apresuró a colocar una almohada en su espalda.

—¿Quiere un poco de agua, sorita?

—¿Cómo?... ¿Cómo te llamas?

La voz de Sophia fue tan chillona que hasta ella dudó que esa fuera su voz.

—Nadia, señorita.

Sophia asintió.

—Por favor, solamente llámame Sophia.

La chica abrió mucho los ojos y comenzó a negar con la cabeza, pero Sophia insistió. Llevaba varios días hospedada en esta casa, pero tampoco había entablado ninguna relación con

los empleados. Y ni siquiera eran sus empleados, aunque ellos la trataron como si fuera la patrona. Ella también le ofreció algo de cenar, pero ella se negó. Miró el reloj de la mesilla; era casi medianoche.

—Nadia. ¿Los demás ya se retiraron a dormir?

—No tengo idea, señorita. Se me asignó la tarea de vigilarla y no he salido de la habitación. Tengo que avisarle a la señorita Lennox que ya despertó.

—No lo hagas.

—Pero…

—No pasa nada, por favor, vete a descansar, Nadia.

—Pero, la señorita Lennox…

—No hace falta que la despiertes. Ya es tarde y todos necesitamos dormir un poco.

—Lo más seguro es que la señorita Lennox esté en su despacho trabajando…

—Razón de más para no molestarla. Por favor, ve a dormir.

Ante su insistencia, Nadia, no tuvo más remedio que retirarse. Sophia previamente supo que no haría caso a su recomendación e iría a informar a la señorita Lennox. Mentalmente se preparó para que la mujer dragón entrara en cualquier momento y comenzara a gritarle nuevamente por ser tan estúpida por haberse caído. No obstante, pasaron los minutos y nada. Sophia entonces consideró que efectivamente Nadia le había hecho caso; sin embargo, no sabía asegurar si eso le gustaba o le desilusionaba.

▪:✧·✦·✧:▪

Christine trató de aparentar calma frente a Antonella, quien la miraba con las piernas cruzadas.

—Ahora tengo la oportunidad de hablar contigo.

—No tienes la oportunidad. Deliberadamente entraste a mi despacho sin permiso.

Dijo Antonella con voz aguda.

>>—Pero seré magnánima, te daré una oportunidad, así que dime. ¿Qué es eso tan urgente que quieres tratar conmigo?

La expresión de Antonella era la misma de siempre. De completo fastidio. Christine respiró hondo.

—La sociedad entre tú y mi hermano parece simplemente ir mejorando cada día. Como lo deseaste al inicio, el grupo Lennox & Armenta es un gigante empresarial.

—¿En serio quieres hablar del éxito de mi empresa? Pensé que tendrías algo más interesante que decir.

—¿Por qué eres tan impaciente…!

Christine murmuró un poco, y Antonella la miró fijamente.

—Porque tengo otras cosas que hacer, Christine. Sabes que no me gusta perder mi tiempo con tonterías.

—¿Trabajo que hacer? ¿O ir a pararte a la cabecera de la cama de esa mujer esperando que despierte?

Como Antonella no se inmutó, Christine parpadeó un poco más rápido, ocultando su disgusto. Mientras bajaba la voz, su expresión era seria.

>>—Tu interés en ella va más allá que simples negocios con su familia ¿cierto?

—Mi vida privada no te incumbe, Christine.

Antonella se levantó dispuesta.

—Antonella, por favor. Reacciona, esta mujer no te conviene en absoluto.

Christine colocó su mano suavemente sobre su brazo cuando Antonella pasó a su lado. Antonella miró su mano y dejó escapar un suspiro bajo.

—Realmente no creerás que una relación entre tú y yo puede funcionar ¿verdad?

—Somos muy compatibles, Antonella. No lo niegues.

Las cejas suaves y arqueadas de Christine se movieron ligeramente.

—Christine, ¿de qué estás hablando...?

Los labios de Christine temblaron.

>>—¿Compatibles? No seas estúpida. Somos compatibles en la fiesta, en la bebida y tal lo logremos en la cama, pero eso no hace una relación.

Antonella sonrió mientras la observaba, fingiendo estar tranquila. Contrariamente al hermoso rostro de Christine, mostraba realmente desengaño y traición.

>>—Será mejor que lo dejes pasar. Si esto es un nuevo plan de tu hermano para seguir involucrando nuestros nombre al igual que los negocios, es mejor que pares ahora mismo.

Christine se mordió el labio, sintiéndose miserable. Dado que Antonella, que era como una víbora, se dio cuenta hace tiempo de que Ricardo Armenta estaba intentando involucrarse y tomar mayor participación de los negocios, encasquetándole a la hermana como esposa, lograría aumentar su porcentaje también de esa manera.

—Esto no tiene nada que ver con Ricardo.

—¿Segura?

—No sé por qué estás haciendo esto de repente, pero no puedes tratarme así cuando claramente sabes que me gustas de verdad.

Antonella sonrió y agitó su mano.

—¿Te gustó? Pero hace no más de tres meses me contaste que estabas enamorada de un alemán. ¿Qué sucedió con eso?

Christine lo miró y suspiró.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas?

Los ojos de Antonella brillaron con agudeza.

—Por supuesto que creo que eres bisexual. Sin embargo, dudo mucho que yo pueda ser de tu agrado.

—¡Maldita sea! ¿Tan difícil es creer que me enamore de ti?

Antonella finalmente se echó a reír mientras miraba a Christine, que estaba bañada en lágrimas. Captando apenas su fría y seca sonrisa, inclinó la cabeza hacia Christine, quien se puso pálida y la miró.

—Antonella… .

—Para este drama, Christine. Sé que amas a tu hermano y harías cualquier cosa por él. Pero te aconsejo no involucrarte más. Él no me dominará de esta manera.

El rostro de Christine alternaba entre desprecio e ira miserable.

—Nadie te conoce mejor que yo. Me necesitas a tu lado. ¿No leíste la prensa? Seríamos una pareja ideal. Todo hombre o mujer te envidiaría por tenerme a tu lado.

—¿Y desde cuándo me importa lo que digan los demás? No necesito a una amante colgada de mi brazo para que las acciones de mi empresa valgan más.

Christine dio un paso atrás involuntariamente ante su impulso y tartamudeó.

—Antonella. Por favor. Deja de ser irracional.

Christine agarró su blusa y se aferró a ella. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Ella era muy buena actriz. ¿Con qué la había amenazado Ricardo para que ella montara todo este show?

Antonella colocó una mano en la mejilla de Christine y susurró cruelmente.

—Entiéndelo, no eres mi tipo.

—¿No lo soy? ¿Y esa mujer vieja y sosa si lo es?

Christine se mordió el labio y Antonella chasqueó la lengua suavemente.

—Cuidado, no querrás hacerme enfadar más.

Si hubiera querido a Christine, la habría llevado a su cama antes. Sin embargo, muchos podrían pensar que Antonella caminaba en el limbo de los excesos. Ella misma ponía sus propios límites. Antonella miró cruelmente a Christine, quien susurró que la suplicaba. Fue entonces cuando Christine pudo ver vívidamente la rabia hirviendo en ella.

—Yo soy perfecta para ti, ¿no lo ves?

Los labios de Christine temblaron en silencio, mientras destapaba más su escote. ¿Qué pensaba? ¿Qué Antonella era como una loba hambrienta que saltaría al ver un pedazo de carne?

—Me gusta más una mujer con pechos naturales.

Dijo con desprecio. Cualquiera pensaría que era como la lotería follarte a una modelo de talla internacional. Pero a consideración de Antonella, eran solamente piel y huesos. Frente a Antonella, el rostro de Christine, se puso blanco y asustada.

—Antonella, por favor, vayamos a la cama. Por favor… Te demostraré lo placentero que puede ser…

Antonella miró a Christine; ahora su miedo era más evidente.

—¿Con que te está chantajeando tu hermano?

Christine Armenta solamente era una herramienta de Ricardo, que no dudaría en vender al mejor postor de ser necesario. ¿Qué sucede con las mujeres que se dejan manipular por sus parientes? Ricardo y Antonella han estado trabajando bien juntos durante los últimos años. Sin embargo, últimamente, Antonella había dejado de ligar sus compras, adquisiciones, fusiones y patentes al grupo Armenta. Representando así el cien por ciento para ella de todo ese beneficio, al igual que toda esa responsabilidad. Ellos solamente eran socios iniciales; en el registro principal de Grupo Lennox, no tenía por qué seguirlo involucrando en otros proyectos. Sin embargo, Ricardo deseaba aparecer en todo. Y encasquetarle a su hermana de esposa era una buena jugada.

—Antonella… Antonella… yo… ¡Yo te amo...!

En lugar de simpatía, la cara de Antonella cuando vio a Christine sollozar era de molestia. Lo que más odiaba era el llanto. Justo cuando Antonella estaba a punto de empujarla y marcharse, escuchó movimiento en la puerta. Las cejas de Antonella se curvaron bruscamente cuando observó cómo Sophia intentaba ocultarse a un costado de la pared. La puerta del estudio estaba abierta. ¿Qué hacía esa mujer terca aquí? Se suponía que debía estar en la cama y descansar.

Por su parte, el rostro de Sophia estaba rígido. Se pegó más contra la pared, esperando que nadie la hubiera visto. Sabía en su cabeza que no sería extraño encontrar a Antonella Lennox en compañía de su…

Cuando Sophia dejó escapar un pequeño suspiro, de la puerta emergió Antonella para enfrentarla. Parecía furiosa.

—¿Qué haces levantada?

La mujer que claramente no conocía la palabra vergüenza le preguntó con el ceño fruncido. Sophia se mordió el labio lo suficientemente fuerte como para sangrar; luego logró alzar la voz.

—Estoy aquí para disculparme por causar una conmoción y agradecerte por haberme salvado.

—Eso pudiste hacerlo en la mañana. ¿Estás loca, mujer? Mira lo pálida que estás. Pudiste

desmayarte en el pasillo.

Sophia negó con la cabeza. Sin saber qué hacer. Sophia rezó a su difunta madre, esperando con todas sus fuerzas que su voz no temblara. <"*Por favor, madre. Dame coraje para no caer*>.

—También tengo algo que decirte.

—¿Qué cosa?

Después de tragar saliva, Sophia apenas logró sacar una voz que no salió bien.

— Quiero ir a Florida unos días.

—¿Por qué?

Sophia apretó los labios.

—Porque quiero hablar con mi padre apropiadamente y convencerlo de que aceptar el negocio contigo es la única opción…

—Yo soy quien tiene que librar ese tema con tu padre. No necesitas intervenir o preocuparte.

Antonella cortó sus palabras con un solo cuchillo, como si ni siquiera valiera la pena que ella la ayudará.

—Por favor, también quiero ir a recoger algunas cosas…

—Haz una lista, enviaré a alguien por el resto de tus pertenencias.

—¿Por qué no me deja ir? Le prometo que volveré, soy una persona de palabra y tenemos un trato.

Sophia frunció el ceño y Antonella continuó.

—Exactamente, tenemos un acuerdo, y mañana volveremos a la ciudad y comenzarás a trabajar conmigo.

El corazón de Sophia latía con fuerza, pensando que estaban congelados juntos mientras caían al agua helada.

>>—Ahora regresa a tu habitación. Estoy un poco ocupada en este momento.

Sin poderlo evitar, Sophia bajó la mirada a su blusa que en otro momento sería blanca e inmaculada; sin embargo, ahora parecía arrugada y con claras muestras de maquillaje femenino.

—¿Para qué se empecina en mantenerme prisionera si la tiene a ella?

Acusó. Sophia no podía seguir soportando más la humillación. Antonella levantó lentamente las cejas.

—¿Estás celosa en este momento?

Preguntó con diversión, dando un paso más hacia Sophia. Ella retrocedió dos pasos.

—Opino igual que ella. Ustedes hacen una buena pareja. Deberías aceptar su declaración.

—… Podría ser.

No había cortesía en el semblante de Antonella. Sophia luchó por superar la sensación de caer.

>>—Sin embargo, yo decidido con quién me acuesto y a quién deseo. Ahora regresa a la cama, Sophia.

Sin decir nada, Sophia comenzó a caminar por el pasillo con las piernas temblorosas. Su habitación no estaba lejos de ese despacho. Maldita la hora en la que decidió ir a buscar a Antonella. No había sido su intención escuchar la conversación; sin embargo, no pudo evitarlo. Como tampoco pudo evitar sentir algo de simpatía con Christine. No era justo que esa mujer despreciara tanto sus sentimientos. Si eso hacía con una mujer como Christine Armenta. No quería ni imaginar el trato basura que les daría a todas las demás.

Llegó a la cama y se tumbó de golpe. Sus ojos se nublaron y su respiración quedó atrapada en el aire. La sangre goteaba de su boca, que mordió con fuerza para evitar llorar. No solo tenía

las manos y los pies fríos, sino que todo su cuerpo temblaba; estaba tan cansada y decepcionada…

CAPÍTULO 12

Nueva York una semana después…

Sophia, que estaba de pie mirando desde las alturas la mejor vista que la ciudad tenía para ofrecer. El aire era húmedo y sumamente contaminado, sin embargo, era mejor pasar media hora ahí, que encerrada entre hermosas paredes de cristal.

Dejó escapar un suspiro húmedo. Las lágrimas que había estado conteniendo comenzaron a fluir y cayeron sobre el piso polvoriento del techo. Solamente esperaba que no le quisieran echar la culpa por ensuciar el precioso techo del edificio.

<<*Cálmate, Sophia. Estás bien. Estás bien*>>. Sophia se secó la cara mojada con el dorso de la mano. De nada servía llorar; solamente esperaba que el fin de semana llegará pronto. Quería encerrarse bajo la manta y no salir en todo el fin de semana. Dentro de casa… No, ni siquiera era su casa. Era solamente una habitación prestada; sin embargo, ese departamento, esa recámara, y esa cama eran su refugio seguro contra el mundo.

Que tonta había sido. En un inició pensó que ingresar a trabajar sería emocionante, experimentaría por primera vez un ambiente laboral adecuado, tendría compañeros, viviría la experiencia del trabajo laboral << *Que estúpida fui*>> Sophia dejó escapar un suspiro tembloroso. La empresa Lennox era de lo mejor, por algo era una compañía multinacional con varias inversiones, sin embargo, el ambiente laboral no era nada amigable. Para comenzar, Sophia era la nueva y para colmo no tardó en correrse el rumor que ella era "*La consentida de la dueña*" que esa era la razón por la que le habían asignado una oficina en lugar de un cubículo y la razón por la que estaba trabajando directamente con la directiva y administración y no comenzó de pasante como cualquier empleado. Todos la miraban mal, no le hablaban a menos que fuera necesario y últimamente estaban perdiéndose cosas de su oficina y borrándose archivos. Y quejarse no servía de nada, la encargada de recursos humanos apenas y la había mirado cuando le comentó el problema. Tal vez la única forma que le hicieran caso sería ir con Antonella Lennox. Pero el orgullo de Sophia se lo impedía. <<*Antes muerta*>>

Desde que regresaron a la ciudad, no la había visto. Ni siquiera regresaron juntas; para cuando Antonella se levantó, solamente ella y Ángelo estaban en la casa de la playa. Y juntos habían regresado a mediodía. Fue ahí donde su relación con el abogado mejoró y fue él mismo quien le sugirió hablar con Antonella el día anterior cuando le contó el problema.

—Sophia…

<<*Y hablando del rey de Roma*>>. Ya iban tres veces con esta ocasión que se encontraban en el techo del edificio a la hora del almuerzo; de hecho, fue Ángelo quien le mostró este lugar.

>>—¿Ya almorzaste?

Sophia se limpió las lágrimas y asintió con la cabeza.

>>—¿Estás bien?

Ángelo llegó a su lado.

>>—Hoy hace mucho viento. Deberías entrar.

—Estoy bien.

Los ojos de Sophia brillaron con lágrimas. La voz de Ángelo bajó.

—¿Qué te hicieron hoy?...

—Nada que valga la pena recordar. Solamente quería respirar un poco de aire fresco.

Ángelo no preguntó más detalles. Era como Sophia había esperado. Él siempre era bastante prudente. En cambio, le ofreció una taza de café.

—No he bebido, así que no te preocupes.

—No puedo aceptarlo, es tu café.

Él se encogió de hombros.

—No tengo problema en beber el café de la máquina de la sala de juntas. Es a ti a quien no te gusta.

Sophia sonrió.

—Está bastante cargado para mí.

Él sonrió.

—Todos aquí necesitan bastante cafeína para aguantar el ritmo de Antonella Lennox. Beber ese veneno es parte del contrato.

Sophia sonrió sonrojada mientras aceptaba la taza de café. Ahora que se había tomado el tiempo de conocer a Ángelo, podía definirlo como un hombre poco hablador, no aburrido; más bien estaba más cerca del lado inteligente.

—El café está muy bueno. Gracias.

Sophia miró a Ángel y sonrió suavemente.

—Ahora que estás más tranquila. ¿Me contarás por qué estabas tan perturbada?

Los ojos de Sophia se oscurecieron ligeramente.

—Me está costando adaptarme, ya lo sabes.

Sophia sonrió levemente y Ángelo asintió.

—Créeme, es normal. Incluso te puedo decir que yo tampoco me he adaptado. Mi mejor consejo es, simplemente, venir, hacer tu trabajo, no meterte en la vida de nadie y después ir a casa.

Ángelo habló con calma.

—Eso es más fácil de decir que de hacerlo. Todo es a causa de mi inexperiencia.

—Créeme, el ambiente competitivo y envidioso es igual en cualquier empresa. Ojalá pudiera prometer que mejorará, pero no quiero mentir.

Sophia sujetó la taza entre ambas manos.

—Al menos eres sincero. Apreció eso gracias.

▪:✧·✦·✧:▪

Por la tarde, Sophia estaba apurada intentando terminar la mayor parte del trabajo antes de ir a casa. Ahora no sería tan tonta como para no estar respaldando la información, lo malo era que tuvo que estar comenzando de nuevo y se negaba a marcharse sin terminar. Se mordió el labio dolorosamente, tratando de recuperar el sentido. Estaba enojada y resentida; sin embargo, no había hecho nada para intentar descubrir a los culpables.

—¿Acaso piensas quedarte a dormir aquí?

Sophia de repente levantó la cabeza con una cara pálida, para encontrarse con la señorita Lennox parada en el marco de la puerta.

—¿Qué hace aquí?

Ella enarcó la ceja ante su pregunta.

—Hasta donde tengo entendido, esta es mi empresa y puedo ir a donde me plazca.

Sophia exhaló bruscamente, había sido un día complicado y lidiar con la señorita Lennox era lo último que deseaba.

>>—¿No piensas cenar? Es viernes por la noche, deberías de andar de fiesta y explorando la ciudad, no haciendo horas extras.

—Quiero terminar unos pendientes antes de ir a casa.

—Agradezco tu compromiso con mi compañía, sin embargo; si no te cuidas apropiadamente, morirás de estrés y de inanición en menos de un mes.

Dijo la señorita Lennox con voz seca. Sophia la miró con los ojos entrecerrados.

—Es loable que la señorita Lennox se preocupe por todos sus empleados.

—No lo hago. ¿No es bastante obvio? En este momento solamente me preocupo por ti, señorita Brown.

Sophia apretó ambos puños. Algo en su pecho latía y latía.

—No quiero tratos preferenciales, ya bastante complicada es mi situación aquí.

—¿Acaso alguien está molestándote?

El silencio de Sophia se hizo más largo. Antonella habló lentamente en voz baja.

>>—Si alguien está molestándote, tienes que decirme. Solucionare el problema en un instante…

Tanta seguridad y arrogancia en esta mujer, era molesta. Sophia dudó un momento antes de abrir la boca.

—Soy más que capaz de resolver mis propios asuntos.

Antonella la miró y sacudió la cabeza humildemente.

—Esto me gano por querer actuar protectoramente contigo. Después de todo, yo te traje aquí y tengo el deber moral de protegerte.

Comentó mirando a Sophia, quien se quedó sin palabras y rápidamente bajó la mirada.

—No requiero protección.

Sophia se puso de pie con el rostro pálido, mirando las venas azules en el dorso de la mano de la señorita Lennox

—Sophia, no necesitas mostrarte fuerte conmigo. Debes de dejar de intentar solucionar todo por tu cuenta. Soy consciente de que en el pasado tu padre y hermano nunca intentaron defenderte, pero yo sí puedo hacerlo.

Los ojos azules de la señorita Lennox la miraron fijamente. La frente de Sophia se arrugó.

—Señorita…

Ella enarcó la ceja.

—¿Ya olvidaste nuestro trato?

—Estamos en el trabajo, no pensará que voy a tutearla.

—A mí no me molesta. No le debo nada a nadie y les pagó lo suficiente como para que no se entrometan en mis asuntos privados.

Sophia apartó la mirada de la señorita Lennox, que hablaba como si hubiera leído sus propios pensamientos.

>>—Todos bajo mi mando están obligados a respetar mis decisiones y si yo decido darte la presidencia puedo hacerlo.

Sophia la miró fijamente.

—Deje de colocarme en situaciones difíciles.

—Eres protegida de la dueña, ¿por qué te avergüenzas? Otro no dudaría en alardear y hacer uso de ese poder.

Antonella se acercó a ella lentamente, colocó ambas manos en el escritorio y se inclinó hacia ella.

>>—Disfruta del poder. Yo me encargaré de los lobos.

Antonella levantó lentamente la barbilla mientras ella bajaba la cabeza con el rostro pálido.

—Es verdad… Tiene mucho poder.

Dijo lentamente alzando la mirada.

>>—No obstante, jamás le he pedido nada y no necesito que me salve. Prefiero ser devorada por los lobos, que deberle algo más a usted.

El rostro de Antonella se endureció como una pieza fría. Sophia presentía que estaba firmando una sentencia de muerte, pero se negó a retroceder.

CAPÍTULO 13

Para el sábado las fracciones duras del rostro de Antonella aún la atormentaban. Y no tanto eran las facciones. Sophia no podía terminar de describirlo… sus ojos. Sophia no podía sacarse de la cabeza que esos ojos azules no la miraron con coraje u odio. Sino con indignación.

Tal vez estaba loca y fue solamente su imaginación. Sin embargo, Sophia no podía sacárselo de la cabeza. Durante el fin de semana no tuvo ningún contacto con ella.

Sin embargo, para el lunes, aunque aún continuaba sin encontrarse con ella, sí logró percibir el ambiente laboral de la oficina de forma diferente. Obviamente, la seguían mirando por encima del hombro y con desprecio; no obstante, ahora que acudía algún departamento por alguna información, inmediatamente la atendían o contestaban de forma más rápida sus correos, y el departamento de recursos humanos le informó que la queja que había interpuesto sobre la manipulación indebida de su equipo de cómputo estaba siendo atendida y que, en cuanto tuvieran las imágenes de las cámaras de seguridad, actuarían en consecuencia.

Entonces, Sophia supo que, aunque se lo había pedido a la señorita Lennox, ella no le hizo caso e intervino en su situación. Al principio sintió furia; claramente le había dejado en claro que no la necesitaba en absoluto.

Para el martes su coraje había remitido un poco; los culpables del saboteo de su equipo fueron debidamente amonestados, incluso hasta los iban a despedir, pero Sophia habló en favor de ellos, pidió que no los despidieran. Aun así, fueron acreedores a una suspensión de un mes sin goce de sueldo. Ahora sus compañeros de trabajo ya no la menospreciaban; la odiaban y temían en igual medida. Una conversación con Ángelo le hizo poner las cosas en perspectiva. No tenía por qué avergonzarse del puesto que tenía; aunque fueran extrañas las circunstancias o su relación con Antonella, ella había demostrado con creces que estaba preparada para el cargo y estaba demostrándolo, haciendo su trabajo. Además, permitir que la maltrataran de esa forma era indignante; debían respetarla. Y respecto a aceptar la ayuda de Antonella, no tenía nada de malo; cada persona tenía capacidades diferentes y, si su mejor arma era su buena relación con la dueña, no debería de avergonzarse por ello. Eso la dejaba con el aumento de su culpa; tal vez no debió de despreciar la ayuda de la señorita Lennox.

Así que para el miércoles no pudo soportarlo más y toda la rabia y la impotencia desaparecieron, dejándole solamente una gran e incómoda culpa.

No pensándolo demasiado por miedo a perder el valor, envió un mensaje al asistente de Antonella solicitándole una cita con su jefa. Sin embargo, el señor Sandler le contestó que de momento la señorita Antonella no tenía tiempo disponible. Sintió una gran decepción y solicitó que la tuviera en cuenta en el primer tiempo libre en su agenda.

Más tarde ese día recibió un mensaje de Sandler informándole que no era posible conseguirle espacio; sin embargo, le dio un consejo. A última hora de la tarde podría tener oportunidad para conversar con la señorita Lennox; ya era costumbre que incluso hasta muy tarde se quedara a trabajar.

Y así lo hizo, esperó hasta casi las ocho de noche que ya no había nadie en el edificio. Al llegar al piso administrativo lo encontró vacío; no obstante, Sandler le había advertido al guardia de seguridad para que la dejaran pasar.

Con manos temblorosas, Sophia llamó a la puerta, pero no recibió la orden de que pasara. Igualmente entró en la oficina de Antonella.

—¿Qué haces aquí?

Antonella Lennox preguntó desde el pequeño sillón de la sala. No parecía sorprendida de verla. Sophia levantó la cabeza y la miró. Antonella, que siempre le pareció perfecta en toda circunstancia, hoy estaba un poco… desorganizada. ¿Estaría cansada?

—Pareces un poco cansada.

—¿Te parece?

Antonella la miró desde su posición; mientras tanto, Sophia, tomando valor, se acercó al sofá más amplio. Se sintió extraña al ver su cabello suelto, algo despeinado, y estaba descalza. Llevaba solamente una blusa de tirantes y una falda gris. No muy lejos podía ver una blusa de seda negra tirada sobre la alfombra y los zapatos estaban a un costado. Antonella esa noche en peculiar exudaba un aire peligroso.

>>—¿En qué estás pensando tan profundamente?

—¿Qué puede ser tan grave para que la preocupe tanto?

Comentó al ver cómo la señorita Lennox se llevaba a los labios un vaso de cristal con un líquido ámbar. Si no se equivocaba, era whisky.

—No tienes ni idea, señorita Brown.

Sophia ladeó la cabeza.

—La lavanda ayuda a dormir. ¿Por qué no se va a casa y se prepara un té? Mi madre solía decir que todo se ve mucho mejor después de un delicioso té y una buena noche de sueño.

—Hoy tengo ganas de beber alcohol, no té.

—Beber en exceso es veneno.

Antonella le sonrió a Sophia.

—A veces se usa una pequeña cantidad de veneno como cura.

—Señorita…

Sophia abrió la boca con cuidado. A los ojos de Antonella, parecía alguien que había perdido la cabeza antes. Según su experiencia, esa actitud significaba que tenía algo que decir.

>>—Antonella…

Corrigió.

>>—Tengo algo que decirte…

—Hoy no, Sophia. No soy buena compañía. Vete a casa.

Sophia luego captó su mirada con una expresión desconcertada.

—Solo quiero decir una cosa.

—Hazlo mañana.

—Lo siento porque no creo que pueda hacerlo mañana.

Al escuchar su voz temblorosa, Antonella bebió de un solo trago el resto de su bebida, para después dejar el vaso sobre la mesilla. Sophia pensó en su silencio como algo positivo y abrió la boca con valentía.

—Muchas gracias por ayudarme…

Antonella no pareció estar muy impresionada por lo que dijo.

>>—Y quiero disculparme por lo del otro día. No era mi intención ser grosera. Y a pesar de mi comportamiento, soy consciente de que aun así me ayudaste… Solo quería agradecerte.

Antonella se rió levemente. Era una sonrisa brillante que mostraba los dientes parejos.

—Comparado con mis problemas actuales, tu situación en realidad no era un problema. Solamente se necesita poner en su lugar a los empleados de vez en cuando.

Suspiró.

>>—Ahora si eso es todo. Te aconsejo que te retires.

Ahora que lo había dicho, un simple gracias le parecía tan poco, comparado con la paz que estaba trabajando ahora. Nadie se metía con ellas y las murmuraciones se habían detenido.

—Cometí el error de confiar en su amistad y valoré más mi orgullo en lugar de pedir ayuda. Me disculpo sinceramente.

—¿Amistad?

Antonella la miró y le preguntó irritada. Sophia negó con la cabeza en silencio.

—Cierto, no somos amigas, no quiero parecer arrogante, sin embargo, ha demostrado ser alguien en quien puedo confiar.

—Te equivocas, Sophia, soy la persona en la que menos debes de confiar.

Antonella le dijo fríamente, pero a Sophia no le importó y continuó.

—Aunque digas palabras duras, ahora sé que tienes la virtud de ser fiel a tus promesas.

Antonella miró a Sophia sin decir una palabra, que estaba diciendo algo importante mientras ocultaba su voz temblorosa. La ansiedad y la vivacidad en los ojos de Sophia permanecían, pero algo era diferente. Había confianza cautelosa; sin embargo, Antonella no se confiaría.

>>—Te prometo que me seguiré esforzando y daré lo mejor de mí en el trabajo, de esa forma no te avergonzaré y demostraré que estoy aquí para trabajar, no por ser tu amiga… conocida.

—¿Estás diciendo que hasta el momento no te habías esforzado lo suficiente? No tienes que demostrarle nada a nadie, Sophia.

La expresión de Antonella cambió extrañamente, quien estaba sonriendo. Finalmente se levantó. Los labios de la mujer temblaron levemente mientras se acercaba a su escritorio para servirse otro trago.

>>—¿Sabes una cosa, Sophia? Hace tiempo llegué a varias conclusiones que me han ayudado con mi paz mental.

Antonella la miró por un momento. Sophia la escuchó lamerse los labios secos con la lengua.

>>— ¿Si hablan mal de mí? No me importa. ¿Si me juzgan sin conocerme? No es problema mío.

Antonella se giró hacia ella.

>>—¿Si alguien me critica? No tiene nada que ver conmigo. ¿Si me traicionan? Ellos pierden.

Alzó el vaso de su bebida hacia Sophia en un brindis improvisado.

>>—¿Y si me dicen que no puedo? Me vale un carajo y les demuestro que no es buena idea subestimarme.

Bebió un sorbo.

>>—Por lo tanto, deja de preocuparte por quedar bien conmigo. Me quedó claro el mensaje el otro día.

Antonella caminó hacia la puerta.

>>—Igual si quieres renunciar y regresar con tu familia, puedes hacerlo. Desgraciadamente no se puede salvar a quien no quiere ser salvado.

Abrió la puerta y le señaló con una mano la salida.

>>—Y por el contrato, no hay problema. Todo se mantendrá. Te llevas bien con Ángelo ¿No es así? Le daré la libertad para actuar. Pueden manejarlo como mejor les parezca. Creo que le gustará ir a visitarte a Florida.

Sophia jamás había sentido tanta vergüenza en su vida. Quiso ser amable y Antonella la trató con semejante frialdad…

Se apresuró a levantarse y a salir de la oficina; una vez que puso ambos pies fuera, Antonella cerró la puerta detrás de ella. Sophia puso una mano sobre su pecho. Su corazón latía tan rápido que pensó que podría haber colapsado por la respiración excesiva.

Irse, ella era libre de irse y volver a casa. Era libre al fin. Sophia caminó hacia el elevador, confundida y desorganizada. ¡Podía volver a casa al fin! Sin embargo, su estómago no estaba retorciéndose de emoción. ¿Aún quería volver a casa? No era consciente desde cuándo; su mente fue cambiando poco a poco. Tal vez fue después de que su padre la llamara estúpida y después de casi ahogarse. Sumada a las llamadas constantes de su hermano rogando que vuelva, ya que no puede hacer las cosas con libertad como lo hacía antes. ¡Maldita Antonella Lennox! Había destrozado todo su perfecto y organizado mundo.

De pie frente al elevador, las mejillas de Sophia se calentaron aún más. Intentó dejar de pensar, pero no pudo. El problema era que nada de lo que sentía en ese momento tenía sentido.

Hasta hace apenas una semana, su juicio sobre Antonella Lennox era claro. Una persona fría y cruel. Una mujer arrogante y egoísta. De hecho, no era posible dar una definición completamente diferente de ella incluso ahora.

Debido a su característica personalidad arrogante, Antonella era una persona con una tremenda habilidad para ganarse el antagonismo de las personas mientras ayudaba. Era una persona que valoraba más la resolución de problemas que actuar teniendo en cuenta los sentimientos de los demás.

Desde el primer encuentro hasta ahora, Antonella no ha cambiado. Siempre haciendo su voluntad, y siempre intentando sacarla de quicio y forzándola a salir de su zona de confort. Pero, ¿por qué ya no la odiaba tanto como antes?

Los ojos de Sophia revolotearon al recordar por qué la odiaba. La forzó a estar aquí, humilló y pisoteó sus creencias y sus anhelos. La besó y la tocó en contra de su voluntad… Sophia, trató de negarse a sí misma que ese acto tan vergonzoso le había gustado; ella no era lesbiana, no le gustaban las mujeres.

Sophia se cubrió la cara caliente con las manos. Quería evitarlo, pero, por otro lado, pensó que no sería capaz de decir nada más que ahora. No obstante, estaba llegando a la conclusión de que, antes de marcharse, había una cosa que quería decirle a Antonella.

Se dio la vuelta y regresó hacia la oficina. Con una mano temblorosa tocó el mango. Su corazón estaba a punto de estallar. Cerrando los ojos con fuerza y abrió la puerta; Sophia se congeló cuando agarró la manija. Antonella aún estaba parada frente a la puerta, como si supiera que ella iba a regresar. Las dos miradas chocaron en el aire.

—Señorita Lennox…

Antonella no le dio la oportunidad de poner una excusa o tiempo para explicar. Con una mano, Antonella sujetó su rostro y tiró de ella para acercarla y besarla. Lo siguiente que Sophia supo, fue que tenía la lengua de Antonella en la boca. Los ojos de Sophia se abrieron con sorpresa y confusión, pero extrañamente no sintió miedo. Cerró los ojos a causa de las sensaciones que la abrumaron. Sorprendentemente, Antonella besaba bastante bien. Antonella Makris besaba de la misma forma en que actuaba, arrogantemente exigente. Estaba controlándola; no cabía duda de que deseaba someterla por completo.

Antonella eliminó el espacio entre ellas. La aprisionó contra la puerta abierta, tomó su rostro entre las manos y la besó de una forma que no dejaba lugar a dudas de que la deseaba. Sophia no sabía cómo reaccionar. Pero no hizo falta. Antonella estaba haciéndose cargo de todo. Una de las manos de Antonella se enredó ferozmente en su cabello, mientras que con la otra desabotonó su blusa y rápidamente metió su mano por debajo de su sujetador. Sophia gimió contra su boca. Antonella dejó sus labios y con desesperación bajo su cuello. Besando, lamiendo, chupando y mordisqueando todo el camino hasta que llegó a sus pechos.

Sin quitarle la ropa. Solo apartó el sujetador hasta que liberó sus pechos. Sophia se estremeció y gimió al sentir los labios de la mujer cerrarse contra uno de sus pezones, mientras que con la otra mano retorcía el otro pezón.

Varios segundos después, la mano de Antonella descendió un poco más hasta llegar al borde de su falda. Sophia presionó ambas manos contra la madera de la puerta mientras observaba a Antonella arrodillarse ante ella, mientras alzaba su falda, al mismo tiempo que deslizaba ambas manos por sus piernas. Desesperada, Sophia miró para todos lados. Estaban dentro de la oficina con la puerta abierta; el edificio podría estar vacío, a excepción del guardia de seguridad. ¿Y si el hombre decidiera pasar en ese momento por ahí? Además, ¿por qué estaba permitiendo que esto sucediera? Sophia no sabía siquiera describir cómo se sentía. La escena era tan extraña ante sus ojos.

Regresó su mirada hacia Antonella cuando ella besó la cara interna de sus muslos, provocando un escalofrío a Sophia. Un nuevo estremecimiento la atacó cuando la lengua de Antonella subió por su muslo. Cuanto más se acercaba a su entrepierna. Más ganas tenía Sophia de salir corriendo. Pero Antonella no le daría la oportunidad. Dando la misma atención a su otra pierna. Antonella la obligó a alzar su pierna derecha para colocarla sobre su hombro. Sophia cerró los ojos al sentir hacia dónde se dirigía la cabeza y boca de Antonella. Gimió bastante alto cuando sintió la boca de ella contra su pubis a través de sus bragas y las medias.

—¡Oh Dios!

<<*Esto no está sucediendo, no está sucediendo*>>. No había manera de que Sophia estuviera permitiendo que una mujer le realizara sexo oral. Como todo el ambiente estaba sumamente silencioso, salvo por la respiración agitada de Sophia, el sonido que hicieron sus medias al ser rasgadas se escuchó bastante obsceno.

Apretó sus labios al sentir la lengua de Antonella en su feminidad. Ella había apartado sus bragas a un lado y separado sus labios vaginales con los dedos. La lengua hábil de Antonella la inundaba y era bastante hábil. Se aferró al borde de la puerta con la mano izquierda para no caer; las manos de Antonella en su cadera y pierna la mantenían prisionera mientras la devoraba por completo.

Sophia estaba perdida en otra realidad. Dejó de luchar contra el placer que la recorría. Era inevitable no sentir nada. El éxtasis que la recorría desde la punta de los pies a la cabeza, estaba haciendo mella en ella. Antonella chupó su clítoris con fuerza para después retroceder y lamer su coño. Hizo eso varias veces. Hasta que Sophia no pudo resistirlo más. Su cabeza golpeó contra la madera pesadamente mientras se corría. Fue un orgasmo devastador.

Sophia no tenía fuerzas para nada, estaba a nada de derrumbarse; le habían succionado el alma. Apenas y fue consciente de que Antonella la sujetaba y la ayudaba a llegar al sofá. Sophia se alegraba de estar en posición vertical porque apenas y sentía las piernas. El sofá era bastante cómodo. Se removió un poco cuando sintió a Antonella cernirse sobre ella. Abrió los ojos para encontrarse con el cabello rubio de Antonella desparramandose por los costados sobre ella antes de que Antonella se apoderará de sus labios. Pudo saborear el amargo sabor de sus propios jugos

en la boca de Antonella. Debería de haberle parecido asqueroso. No lo fue. Las manos de Antonella volvieron a sus pechos mientras la besaba duramente. Sophia tomó una aspiración.

—Desearía que estuviéramos en mi casa.

Le susurró Antonella al oído antes de morder el lóbulo de su oreja. Sophia jadeó.

>>—No sabes la cantidad de cosas que podría hacerte en mi cama.

Antonella sonrió.

>>—Y pronto te tendré prisionera ahí, sin embargo de momento me conformaré con esto.

Estaba en la punta de los labios de Sophia protestar. ¿Quién le dijo que ella aceptaría más de esto? Sophia tenía la garganta seca, así que las palabras no salieron. Antonella la miró fijamente. Como tratando de averiguar qué estaba pensando. Pero pronto, comenzó a besarla de nuevo. La besaba y acariciaba, pero no exigía que Sophia hiciera nada por darle placer. En cambio, Sophia estaba excitándose de nuevo. Sophia deseaba correrse de nuevo. Su coño estaba palpitando. Antonella cambió de ángulo y la hizo alzar un poco una de sus piernas. Sophia se lamió los labios nerviosamente, esperando lo que sucedería a continuación. Antonella no parecía tener mucha prisa en obligarla a darle placer. Parecía que ni siquiera quisiera que Sophia la tocara o le devolviera el favor con la boca. Entonces, sintió todo el cuerpo de Antonella sobre el suyo, sujetó fuertemente sus caderas y las alzó un poco para que sus pelvis se rozaran. Antonella la obligó a alzar la cabeza mientras enterraba su cara en su cuello. Lamió y besó su garganta mientras la sentía moverse encima de Sophia. Ella se frotaba contra Sofía; la hizo levantar un poco la pierna hasta que Sofía pudo sentir el coño caliente de Antonella contra su muslo.

Sophia se sonrojó a extremos cuando comprendió que los movimientos de Antonella contra ella significaban que estaba masturbándose. Por un instante sus ojos se encontraron; la mirada de Antonella era intensa. Estaba sonrojada. Jadeante. Sudorosa. Su cabello estaba revuelto y su mirada era pura excitación. No pudo protestar porque Antonella se apoderó de sus labios, su mano agarró el pelo de Sophia con fuerza, y la besó violentamente sin dejar de moverse. La lengua de Antonella entró en su boca sin ninguna restricción. Antonella siguió restregándose contra su pierna, mientras no dejaba de besarla y tocarla. Era tan frustrante para Sophia, ella deseaba… su vagina estaba… Todo se sentía demasiado abrumador. Ante sus ojos, de repente, Antonella gimió contra su boca y se apartó para enterrar su rostro contra su cuello. Sophia la sintió temblar, y sobre todo fue consciente de la humedad y el calor que recorrió su muslo. Inconscientemente, Sophia movió su cadera como buscando algo… ¿Alivio? Sentía su clítoris palpitar. Necesitaba…

CAPÍTULO 14

Sophia abrió lentamente los ojos, trató de ubicar donde estaba y qué hora era. Al observar la hermosa habitación y la vista que se apreciaba desde la cama hacia la ciudad. Los recuerdos de la noche comenzaron a atormentar sus sentidos. Esta era la segunda vez que despertaba.

Después del encuentro en la oficina, Sophia pensó en huir en cuanto pudo recuperarse. No obstante, Antonella no la dejó irse sola. Y algo dentro de ella, hizo que terminara siguiendo a Antonella.

Ni siquiera fueron muy lejos del edificio, o tomaron un auto. Sin soltarla de la mano, Antonella la llevó al hotel que estaba en la esquina.

Durante lo que parecieron horas, Antonella la poseyó de tantas formas distintas. El cuerpo de Sophia tenía marcas que lo demostraba; su cuerpo estaba dolorido y, de lo cansada que estaba, apenas y podía abrir los ojos. Lo único que deseaba era acurrucarse bajo la sábana, no moverse y dormir hasta el siguiente año.

Ella cerró cuidadosamente sus piernas. <<*Sí, estaré dolorida por un tiempo*>>, se dijo en silencio. Sentía su sexo un poco hinchado y sensible.

Enterró la cara en la almohada y comenzó a recordar todo lo sucedido. En cuanto cruzaron la puerta de la habitación del hotel. Antonella estuvo sobre Sophia. La señorita Lennox no perdió el tiempo en apoderarse de su boca. Tampoco le costó trabajo llevarla hasta la cama y colocarse a horcajadas sobre ella. La besó, tocó y devoró con intensidad al mismo tiempo que la desnudaba en el proceso. Para cuando Sophia quiso ser consciente de lo que estaba sucediendo. Antonella Lennox ya había recorrido con su boca y manos su cuerpo desnudo de principio a fin. No dejó ningún centímetro de piel sin explorar. Fue bastante intenso…

Para Sophia fue toda una experiencia dado que apenas y había tenido un par de relaciones. Además de que, a pesar de su edad, ella no era bastante versada en temas de seducción… ¡Tuvo sexo con otra mujer! Sintió su cara arder.

Ella no era de piedra. Podría ser que no tuviera inclinaciones hacia las mujeres. Pero su cuerpo estaba respondiendo ante el estímulo de las caricias de la señorita Lennox. Era extraño admirar el cuerpo delicado de una mujer en comparación con los cuerpos masculinos que había tocado en sus anteriores encuentros sexuales. No era lo mismo unos músculos, brazos y unos pectorales firmes. Una figura refinada y unos pechos firmes. Fue tan confuso.

Sophia se sonrojó al ver a Antonella desnuda. Sophia tenía que admitir que la señorita Lennox estaba bien constituida: cintura pequeña, caderas anchas, tenía unas piernas espectaculares y no tenía ni un centímetro de vello en sus partes íntimas. Era más que obvio que la señorita Lennox se cuidaba mucho.

Sophia no hubiera sabido qué hacer si la misma Antonella no hubiera llevado sus manos a uno de sus pechos. Obligándola así a que la tocara. No fue desagradable. Pero era extraño. Antonella era intensa. Y su lengua… Mientras él la besaba. La parte más íntima de Sophia se estremeció y dentro de su cuerpo nació un calor que se extendió hasta convertirse en anhelo. Después de haberse corrido un par de veces, Sophia no recordaba mucho; tal vez se durmió o se desmayó.

La primera vez que despertó fue Antonella quien la hizo reaccionar. Desconocía cuánto tiempo durmió, pero seguramente fue mucho tiempo, puesto que al tomar conciencia se encontró con algunas novedades…

—Será mejor que estés preparada, Sophia.

Le había susurrado Antonella cerca de su oído.

A Antonella le brillaron los ojos mientras continuaba retorciéndole los pezones. A Sophia le temblaron las piernas. Tenía un hormigueo en el estómago que le subía por la garganta. En vez de besarla, que era lo que ella había estado esperando, Antonella giró la cabeza y posó los labios en su cuello. Fue como estar atrapada en medio de una tormenta de rayos. Sophia gimió y arqueó la espalda, echando la cabeza hacia atrás para que pudiese besarla bajo la oreja.

>>—Eres toda una tentación. ¿Lo sabías?

Susurró ella contra su cuello. Antonella tenía la voz tan ronca que Sophia sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Sophia sintió una de las manos de Antonella en la cara interna de sus muslos. Se estremeció con la anticipación de lo que ocurriría después.

Sophia suspiró y cerró los ojos. Cuando sintió el primer toque de los dedos de Antonella en sus labios vaginales, levantó las manos para sujetarse a los hombros de Antonella. Temblores de placer se extendieron por todo su cuerpo como las gotas de lluvia una tarde de verano. Sophia jadeó cuando sintió un dedo de Antonella tocar su clítoris. Pero Antonella deliberadamente alejó su mano. Su sexo se estremecía. Cerró las piernas y arqueó la espalda en busca de más caricias. Entonces Antonella agachó la cabeza hasta que le rozó los pechos con su aliento. Sophia gimió nerviosa y le costó reconocer los sonidos que escapaban de su garganta. La ardiente lengua de Antonella se deslizó sensualmente por su pezón y humedeció el extremo del mismo. Lamió un pezón y le depositó un beso en la punta antes de repetir el proceso en el otro.

Con cada succión de sus labios, el cuerpo de ella se iba tensando más de deseo.

>>— Voy a follarte.

Dijo ella, provocando un estremecimiento en todo su cuerpo. Al principio Sophia no comprendió lo que ella le decía. Se quedó completamente quieta, mientras Antonella buscaba algo en una bolsa de papel que había dejado en la esquina de la cama. Sus ojos se abrieron como platos al contemplar la caja que Antonella extrajo de su bolsa. Sophia no pudo hacer otra cosa que observarla mientras sacaba un vividor negro del envoltorio. ¿Dónde había comprado eso? ¿Cuándo? Era la mejor pregunta.

>>—El servició de entrega a domicilio funciona las veinticuatro horas en esta ciudad, señorita Brown.

Se rió mientras destapaba la caja.

>>—No hay cosa alguna que no puedas conseguir en Nueva York

La cosa era un tubo de plástico deforme, con una de las puntas curvas hacia arriba. Ambos extremos eran gruesos y delgados en el centro. Por más que lo intentaba, no podía averiguar cómo era que funcionaba esa cosa. Casi le dieron ganas de correr mientras la señorita Lennox limpiaba y preparaba el aparato.

La observó colocar un poco de lubricante en ambas puntas. Después, sin apartar la mirada de Sophia. Antonella se colocó de rodillas sobre la cama. Abrió las piernas y separó sus labios vaginales con los dedos. <<*Dulce madre de las tontas solteronas inexpertas*>>, Antonella Lennox lucía como una mujer de portada de una revista porno. Pero sin rayar en lo vulgar. ¿Esto es real? Se preguntó mientras ahora observaba la punta del consolador color lavanda alzarse frente a la pubis de la señorita Lennox y apuntar amenazadoramente hacia Sophia. Era como ver la polla de un hombre. Pero esta era de plástico y de un color bastante peculiar. <"*Corre, Sophia.*

Corre.

Antonella ladeó la cabeza para ver sus ojos y la intensidad que Sophia descubrió en los suyos la dejó sin habla. Antonella se acercó de nuevo a Sophia. Una de sus manos se la deslizó por encima del estómago hasta llegar a un pecho. Se lo cogió y se inclinó para darle un beso en la punta, excitándoselo. Después se incorporó de nuevo y se movió hasta que los labios de ambas estuvieron a apenas un milímetro de distancia. Le acarició una mejilla con el dorso de un dedo y le recorrió el pómulo hasta la mandíbula.

>>—Voy a follarte como cualquier hombre lo haría. Créeme, te encantará…

Sophia abrió la boca para negar esa afirmación, pero no fue capaz, ya que Antonella hundió uno de sus dedos en su coño. Sophia soltó el aliento antes de volver a cerrar los labios. Entonces la señorita Lennox la besó. Antonella movió los labios con infinita ternura encima de los de ella mientras con las manos seguía acariciándole el resto del cuerpo. Luego se tumbó encima de su cuerpo. Deslizó un muslo entre los de ella y se los separó un poco. Sus besos la habían hecho perder el sentido y Sophia no se dio cuenta de lo impresionante que el cuerpo desnudo de Antonella estaba encima del suyo. El cuerpo de ella era suave en comparación con el de un hombre. Además de que el olor y el calor de su cuerpo eran completamente diferentes a todo lo que ella había vivido antes. Antonella sintió la punta del consolador contra su sexo. Antonella detuvo su avance y dejó que ella se adaptase. Ella abrió los ojos y buscó los suyos, tensa y sin poder evitar el miedo que la asaltó.

>>—Relájate, Sophia.

Le susurró Antonella, pegado a la comisura de sus labios.

>>—Todo será más fácil si te relajas. Te juro que te daré placer.

Sophia ya no tenía escapatoria. La señorita Lennox sujetó sus manos y las colocó por encima de su cabeza. La miró a los ojos y, sin apartar la mirada de la una a la otra, comenzó a penetrarla un poco más. El consolador se presionó contra su sexo. Sophia gimió al notar que la punta se deslizaba hacia el interior de su cuerpo. Separó las piernas para darle más espacio, pero se sintió tan llena que no sabía qué hacer. Era una extraña mezcla de incertidumbre y anhelo. Confusión e ira.

Por una parte, quería que Antonella parara, pero por otra quería que continuara. Se mordió el labio inferior. Ojalá pudiera desaparecer. Antonella cerró los ojos y un temblor le recorrió los hombros. Sophia la sintió estremecerse y después tensarse como si estuviera librando una batalla contra sus instintos más primarios. Antonella tenía los labios tan apretados que todo su rostro reflejaba el control que estaba ejerciendo sobre sí misma. En el preciso instante en que sus bocas volvieron a tocarse, Antonella movió con ímpetu las caderas y la penetró del todo.

Sophia no estaba preparada para aquella punzada de dolor y placer que sintió. El vibrador de plástico se sentía completamente diferente a un pene real. Antonella se apartó despacio y Sophia abrió los ojos al sentirse bombardeada por un millar de sensaciones distintas. Sintió incomodidad al principio, pero al mismo tiempo la quemaba un fuego que no era en absoluto doloroso. Antonella volvió a empujar hacia delante muy despacio. Hasta pareciera que estaba preocupada por no lastimarla. Antonella se echó hacia atrás y después de nuevo hacia delante, pero en esta ocasión el movimiento se produjo con mucha más facilidad. El cuerpo de Sophia se estaba adaptando a la invasión. Antonella le deslizó las manos bajo las nalgas y le separó las piernas al mismo tiempo que la acercaba más a ella. Empujó con las caderas y se hundió más profundamente.

Empezó a moverse sin reprimirse. Le pasó los dientes por la mandíbula y a continuación por el cuello. Su aliento le quemó la piel que iba de la oreja al hombro. Antonella se mostró

insaciable.

Sophia echó la cabeza hacia atrás y se rindió al poder que desprendía la señorita Lennox. Se sometió a ella libremente. Antonella consiguió despertar su deseo, algo que Sophia jamás se había planteado. Cerró los ojos y se olvidó de todo. Aunque el aroma dulce y femenino de Antonella le hacía difícil el imaginar que era un hombre quien la follaba. Antonella empezó a moverse más rápido y con más ímpetu entre sus piernas. Deslizó una mano entre las dos y le acarició el clítoris mientras seguía moviéndose dentro de ella.

Antonella no tuvo piedad: la tocó, saboreó y folló de todas las formas que su imaginación le permitió. Experimentó una ligera vergüenza por haberse encendido tan fácilmente bajo el toque de Antonella. Nunca imaginó que tendría la posibilidad de estar con ella de esa forma. Sophia no necesitó nada más para perder la conciencia… Hasta ahora desconocía cuánto tiempo durmió.

Sophia miró al costado de la habitación; no había señales de Antonella. A lo mejor, ahora que la había follado, ella se había marchado. ¿No era lo que hacían los amantes después de un encuentro clandestino? Tal vez sería buena idea que ella se marchara también, pero ella no tenía la fuerza necesaria para levantarse. Se puso de costado y movió su cuerpo dolorido. ¡Santo Dios! Había sido demasiado intenso para procesarlo todo en un instante. Cerró los ojos. Y tal vez se quedó dormida de nuevo porque la siguiente vez que despertó fue a causa de que alguien tiró de su cuerpo para moverla.

Sophia levantó la cabeza un poco y parpadeó para despejar sus ojos; se encontraba boca abajo sobre la cama. El sudor húmedo cubría su cuerpo. Miró alrededor de la habitación; seguía en el mismo lugar. Mientras estaba intentando apartar las telarañas de su aturdido cerebro, de forma repentina, su trasero fue levantado y sus rodillas fueron empujadas hacia adelante.

—Espera…

Sophia giró la cabeza para intentar detenerla, jadeó por la sorpresa y luchó por tomar aliento y protestar, pero su protesta murió cuando observó que Antonella estaba detrás de ella, utilizando un pene… ¡Este sí parecía real! En color y textura.

—¿Te gusta?

Preguntó Antonella, mientras acariciaba el vibrador de arriba abajo. El pene estaba sujeto a sus caderas por unas correas de piel. Y la imagen era bastante… irreal; era fácil imaginar que ese pene era uno verdadero y era parte del cuerpo de Antonella.

—Yo…

Sophia se relamió los labios resecos. Jadeó cuando Antonella empujó lentamente su cintura hacia atrás y lentamente comenzaba a penetrarla con el consolador hasta lo más recóndito; su vagina estaba lubricada a causa de sus juegos anteriores, no hacía falta más preparación, incluso hasta podía ver el brillo de sus propios jugos correr entre sus muslos.

Sophia respiró entrecortadamente; su corazón latía con tanta fuerza como si fuera a explotar por la excesiva carga de emociones y la vergüenza. Era pecaminoso, lascivo y demasiado vergonzoso; sin embargo, no tenía las palabras para decirle a Antonella que no deseaba esto.

Antonella lentamente movió la cadera para salir hasta la mitad de ella y repitió lentamente su empuje de nuevo. Sus pechos rebotaban arriba y abajo con cada empuje. No conforme todavía, Antonella bajó su mano y separó suavemente sus labios vaginales y, con un dedo, comenzó a atormentar su clítoris. Ante esa sensación tan fuerte, Sophia convulsionó por las sensaciones en su cuerpo. Sophia no pudo soportar tanta estimulación y cerró los ojos con fuerza. Antonella mordió su hombro con un poco de fuerza.

>>—Dios… parece que nunca tendré suficiente de ti.

Su voz ronca hizo eco en la cuna de su cuello.

>>—¿Lo sientes, Sophia? ¿Sientes cómo encajamos bien juntas?

Sophia la sujetó fuertemente de la cintura y la mano que había estado atormentándola entre las piernas viajó hasta sus pechos. Tiró suavemente de sus pezones hinchados. Su cuerpo estaba tan sensible que al menor roce le provocaba inmediatamente temblores.

>>—¿Sabes cuántas ganas había tenido de follarte desde el primer día?

Antonella suspiró con satisfacción cerca de su oído. Luego comenzó a penetrarla más violentamente. Sophia estaba en su límite; sus paredes vaginales se apretaban cada vez más con cada penetración. Antonella la abrazó por la cintura y la hizo alzarse hasta que su espalda estuvo contra su pecho y comenzó a penetrarla más fuerte. El cuerpo de Sophia tomó vida propia y comenzó a balancearse de arriba abajo. Sophia llevó sus manos hacia atrás para sujetar el cuello de Antonella, preparándose para el clímax que se avecinaba.

Antonella la sujetó con fuerza por las caderas y la penetró con más fuerza, más profundo, haciendo que Sophia se retorciera violentamente y comenzara a gritar desesperadamente. Sus fluidos se desbordaron entre sus muslos cuando su orgasmo explotó de forma violenta.

Mientras ella luchaba por respirar, Antonella la sostuvo y la ayudó a recostarse y a girarse. Sophia quedó recostada sobre la sábana y Antonella sobre ella la miró en silencio por un largo segundo. Sophia estaba aturdida y no atinó a decir palabra alguna cuando Antonella se inclinó sobre ella.

>>—Aún no es suficiente.

Susurró con voz penetrante; Sophia no comprendió lo que quería decir hasta que sintió cómo con una de sus manos envolvía uno de sus senos, y al mismo tiempo bajó la cabeza para envolver sus labios contra uno de sus pezones erguidos. Sophia dejó escapar un grito agudo y enterró sus dedos en su cabello; no supo decir a ciencia cierta si fue para apartarla o para apretarla más contra sus pechos. Esto era irreal e inimaginable: una mujer, estaba con su cara enterrada entre sus senos y mamaba de ellos como si no hubiera un mañana. Su mente le decía que la detuviera ahora, que ya no podía más; sin embargo, el cuerpo no dejaba de temblar a causa de la intensa sensación de placer.

Antonella continuó saboreando su piel sensible e introdujo sus manos entre sus muslos apretados. Sophia arqueó la espalda cuando sintió sus dedos empujar dentro de su canal húmedo. Antonella comenzó a frotar su parte sensible con insistencia, sin siquiera darle tiempo a que protestará, la sujetó por los hombros. No obstante, Antonella no detuvo su asalto a pesar de su poca resistencia.

—Para…

Protestó e intentó escapar de las manos de Antonella mientras se empujaba con los pies hacia arriba, pero su lucha fue en vano. Antonella torció sus dedos y encontró ese punto sensible en su interior; una intensa sensación de placer estalló entre sus piernas, causando que sus extremidades temblarán. Sophia comenzó a gritar; su vista se nubló. Podía sentir su vagina cerrarse en torno a los dedos de Antonella, succionándolos con avidez.

>>— Por…por favor. Detente.

Ni siquiera sabía qué era lo que estaba pidiendo. Sophia sentía que si paraba, moriría y si continuaba, también moriría. No podía más, pero su cuerpo anhelaba cada caricia. Antonella dejó sus pechos, bajó por su cuerpo y la sujetó por los muslos, la elevó un poco e inclinó la cabeza hacia su feminidad que aún temblaba de excitación.

—¡Noo! Para… Ya no puedo…

Sophia negó con la cabeza, pero eso no detuvo a Antonella; su boca se cerró sobre su sexo con avidez y hambre. Sophia bajó la mirada y observó los ojos azules de Antonella, los cuales la

observaban atentamente. Jadeó, cuando ella comenzó a succionar suavemente su clítoris mientras sus dedos no dejaban de estimular su excitación.

Sophia entonces comprendió que el placer también podía convertirse en una terrible tortura. El tiempo pasaba y Sophia ya no sabía si sentía vergüenza o temor. Todo lo que pudo hacer fue entregarse a ese mar de sensaciones y sentimientos mientras Antonella Lennox saciaba su lujuria con su cuerpo.

El tiempo pasó y, sin saber cuántas veces ya había alcanzado el clímax, Sophia sostenía un agarre duro sobre las sábanas mientras no dejaba de retorcerse de placer. Antonella estaba penetrándola de nuevo. La presionaba fuertemente contra la cama y la penetraba profundamente con el vibrador atado a su cintura.

>>—Más… lento… por favor.

Suplicó mirando a Antonella a la cara; la luz tenue de la habitación iluminaba sus rasgos finos, sus ojos brillaban y su rostro estaba perlado a causa del sudor. Estaba sonrojada y acalorada. A pesar de que su rostro estaba rígido como si estuviera reprimiendo el deseo de estallar. Esta intensidad debería asustarla y debería sin duda estar considerando correr lo más lejos posible de ella en cuanto fuera liberada de ese tormento; sin embargo, Sophia envolvió los brazos alrededor de su nuca, atrayendo sus labios.

Ante tal acción, Antonella perdió por completo su autocontrol y comenzó a mover más rápido sus caderas. Ella realmente parecía haber aguantado hasta su límite. Sophia aceptó cada embiste, cada caricia, cada beso. Antonella no le permitió moverse ni un centímetro, como si le exigiera aceptar absolutamente todo de ella. Incapaz de contener su excitación, Sophia enterró las uñas en su espalda y se mordió los labios cada vez que ella la penetraba; su interior se apretaba en torno al consolador.

Antonella devoró sus labios con voracidad y empujó su lengua en su boca; en consecuencia, Sophia chupó su lengua y envolvió sus piernas alrededor de su cintura, apretándose más contra ella. Ella la estaba poseyendo con frenesí y sin remordimiento, tal como Sophia se lo había exigido; en ese momento Sophia no podía pensar en nada, dejando que su cuerpo cayera otra vez con el clímax.

CAPÍTULO 15

Sophia se despertó al oír un ruido, se estiró en la cama y de repente fue consciente de lo ocurrido la noche anterior. No se atrevía a mirar, pero lo hizo: estaba sola en la cama. ¿Se habría marchado? Se preguntó, pero escuchó de nuevo un ruido, prestó más atención y se dio cuenta de que era el sonido de la ducha. Entrecerró un ojo para poder mirar el reloj en la mesilla. Todavía ni siquiera eran las seis de la mañana. ¡Y era sábado! Por el amor de Dios, ni siquiera habían dormido casi nada en la noche. Sophia se dejó caer pesadamente sobre la almohada. No tenía fuerzas para nada.

Poco después escuchó pasos, abrió un solo ojo y observó a Antonella vestida con un sencillo vestido negro; su cabello estaba suelto y traía un termo de café en la mano. ¿De dónde había sacado la ropa? Cuando su mirada se cruzó con la de Antonella, apretó las sábanas sobre ella con mortificación. ¿Ahora qué? ¿Cómo se debía actuar en una situación así?

—¿Cómo te sientes?

Le preguntó Antonella, acercándose al lado de su cama.

>>—Sophia, ¿Eres tan poco madura que no me miraras a la cara?

Sophia entonces alzó la mirada hacia ella. Antonella dejó el termo de café sobre la mesilla, pasó la mano por su mejilla y le apartó el cabello de la cara.

>>—Puedes dormir un poco más. No te preocupes por el trabajo…

Al mencionar el trabajo, Sophia iba a levantarse rápidamente; sin embargo, Antonella la sujetó por los hombros y la obligó a recostarse.

>>—No trabajaras hoy. Ya te dije que no te preocupes, duerme. Cuando despiertes, llama a recepción y subirán tu desayuno. En aquellas bolsas hay ropa para ti.

Antonella delineó el labio de Sophia.

>>— Cuando estés lista, llámame, enviaré un auto a recogerte. No hay prisa, puedes disfrutar la habitación tanto como quieras y pedir lo que sea al servicio de habitaciones.

Dijo con ternura. ¿Ternura? ¿Tal vez estaba solo alucinando a causa del cansancio? Ahora se suponía que Sophia debería de decir algo, ¿cierto? ¿Pero qué? Parecía haber perdido la capacidad de hablar.

>>—Descansa.

Antonella se inclinó y la besó fugazmente en la sien. Después se levantó y se fue. Sophia oyó cerrar la puerta de su apartamento. No tenía nada de fuerzas, así que sucumbió al cansancio.

Horas más tarde, Sophia abrió los ojos despacio, sintió que todo le daba vueltas e hizo una mueca al intentar moverse. ¿Qué hora era? Se preguntó mientras se tapaba los ojos con un brazo. Sophia se quedó adormilada; no supo si había pasado una hora o diez, pero cuando abrió de nuevo los ojos, se sintió mucho mejor.

Se colocó boca arriba y comenzó a analizar su situación. ¿Qué iba a suceder ahora? En la mañana, el ambiente entre ambas no resultó tan incómodo como hubiera imaginado, pero lo cierto era que ella ni una sola palabra había dicho. Apartó las sábanas y vio que aún estaba

desnuda. Al levantarse de la cama, se dio cuenta de que un termo de café estaba sobre la mesita. Recordó que Antonella lo puso ahí. ¿En verdad era para ella? Tomándolo entre sus manos, abrió la tapa. El olor a café americano inundó la estancia. Con aspirar el aroma, causó que su cuerpo regresará a la vida. Tomar un sorbo le supo a gloria. Su estómago también rugió de hambre; se mordió el labio y miró el teléfono que estaba en la mesilla. Sin pensarlo dos veces, llamó a la recepción. Ella era terca y orgullosa, y tal vez no tenía la menor idea de qué sucedería ahora o cómo la trataría Antonella Lennox a partir de ahora. Sin embargo, no podía pensar con claridad con el estómago vacío. Un buen desayuno era lo mínimo que podía aceptar después de lo de anoche.

Pidió el desayuno en recepción y enrojeció hasta la médula cuando la recepcionista la llamó "Señora Lennox"; seguramente ella pensó que había estado hablando con Antonella Lennox.

Intentando entrar en pánico, se envolvió en la sabana y corrió al baño. Saltó a la ducha inmediatamente. El agua caliente hizo magia con sus doloridos músculos. Mientras se limpiaba, se dio cuenta de múltiples marcas y raspones en su cuerpo. Enrojeció aún más.

Tuvo que salir del baño envuelta en una esponjosa bata del hotel cuando llamaron a la puerta. Era el servicio de habitaciones. Fue un simple desayuno consistente en huevos, jamón, tocino, fruta y jugo de naranja; sin embargo, a Sophia le supo a gloria.

Una hora después, vestida con un hermoso vestido rosa que le quedaba perfecto y los zapatos blancos con un tacón de ocho centímetros de su talla, Sophia salió del hotel. Utilizando esta ropa bonita, no se sentía como una prostituta abandonando la zona del crimen después de fornicar por horas con su benefactor.

En recepción entregó las llaves y la recepcionista amablemente hizo la labor de pedirle un taxi. Ella se iba a oponer; un taxi en esta ciudad salía carísimo, pero tampoco hubiera sido apropiado decirle a la mujer que iría en autobús, ya que su bolso y cartera se quedaron en la empresa.

Justo en el momento en que el taxi se alejó del hotel, su teléfono móvil sonó. Era una suerte que al momento de haber ido a buscar a Antonella anoche, llevara el móvil en el bolsillo del suéter y no en la bolsa.

—Diga…

—Te dije que me avisaras en cuanto estuvieras lista. Iba a enviar por ti.

Dijo la voz de la señorita Lennox con furia.

>>—¿Por qué siempre eres tan terca y no haces lo que te ordeno?

Sophia se mordió el labio.

—¿Cómo te enteraste?

Antonella suspiró.

—Porque al momento de cancelar la habitación, facturaron el cargo a mi tarjeta.

<<*Por supuesto, ¿qué tonta?*>> Cerró los ojos con mortificación.

—Lo siento, no quería molestar.

—Tonterías. ¿Dónde estás ahora?

Sophia abrió los ojos.

—Tome un taxi a mi departamento.

Nuevamente, Antonella resopló.

—Pásame al taxista.

—¿Cómo?

—¡Que me pases al taxista!

—Pero…

—Sophia, anda, haz lo que te digo que una vez que no estoy de ánimos para pelear contigo hoy. Dale el móvil al taxista.

Con inseguridad y vergüenza, Sophia hizo lo que le pidió. Al parecer no era la primera vez que le sucedía esto al buen hombre moreno, porque con una sonrisa comprensiva contestó la llamada. Lo único que escuchó al hombre decir, fue "*sí*", "*quince minutos*", "*afirmativo*" y "*sin problema*"; después el hombre le regresó el móvil. Pero ya no pudo hablar con Antonella, puesto que ella había terminado la llamada. Sus ojos se encontraron con el hombre a través del retrovisor.

—¿Qué le dijo?

—Su novia cambió la dirección a donde tengo que llevarla, señorita.

El hombre sonrió.

—¡¿Mi novia?!

Gritó sorprendida. ¿Le dijo que era su novia?

—Pero si no está de acuerdo, podemos continuar con la ruta original.

Sophia se sintió insegura y sobre todo avergonzada; el hombre la miraba casi hasta divertido.

>>—¿Qué hago, señorita?

Sophia tomó una respiración profunda.

—Está bien, vamos a la dirección que le dio… ella.

El hombre, asintiendo, se pegó al lado derecho de la avenida, preparándose para dar la vuelta.

Sophia iba a negarse a ir. Pero Sophia consideró ser empática. Después de todo, Antonella tenía muchísimo trabajo. Para su sorpresa,

Para su sorpresa, Antonella estaba esperando en la puerta del edificio al que llegaron; estaba hablando por teléfono. Vestía un pantalón holgado, deportivas y una blusa de vestir; todo tipo de look le quedaba fantástico, parecía una mujer de negocios relajada.

Sin soltar el móvil, se acercó a la ventanilla del taxista, le dio unos billetes y después abrió la puerta de Sophia. Era un poco incómodo cómo actuar en ese momento. ¿Abrazarla? ¿Besarla? Antonella resolvió eso. Sujetándola de la mano, la llevó consigo de regreso al edificio. Ni siquiera la miró mientras subían al ascensor, o llegaban al piso número doce y entraban en un hermoso apartamento. Este edificio era grande, pero no eran apartamentos super estéticos como en las revistas de modas; parecía una vivienda promedio, elegante, pero sin llegar a la exageración como un pent-house de lujo.

Antonella la guió hacia el sofá del hermoso salón donde la hizo sentarse.

—Necesito que ese servidor quede arreglado hoy mismo…

Dijo Antonella, conteniendo su furia; Sophia sabía que esa mirada de fastidio no era para ella, sino para el pobre desafortunado que estaba al otro lado de la línea. Sophia hizo ademán de levantarse; tal vez era mejor marcharse. Pero Antonella no la dejó enderezarse.

>>—No me importa lo que tengas que hacer, se supone que invertimos millones al año en ese sistema de enfriamiento. Si no lo resuelves hoy, mañana espera en tu puerta la demanda por incumplimiento.

Y de esa forma abrupta terminó la llamada.

Sophia se apresuró a decir…

—Debería marcharme, estás ocupada.

—Si no te quisiera aquí, no habría sobornado al taxista con una gran propina para que te trajera.

—¿Qué? Sobornaste…

Sophia se quedó con las palabras en los labios ante la penetrante mirada azulada de Antonella. Se tensó cuando ella le acarició la cabeza, apartándole el pelo de la cara.

—Tienes ojeras debajo de los ojos, Sophia. No dormiste lo suficiente. ¿Quieres tumbarte aquí o en mi habitación? Ya casi termino con esto, después comeremos juntas. ¿Te parecerá?

Sophia pensaba que se había golpeado la cabeza o que anoche había muerto. No había forma en el infierno de que Antonella estuviera siendo tan amable. Además estaban evitando el tema de lo sucedido anoche.

—El sofá está bien.

Vio la duda en el rostro de Antonella. La segura mujer de negocios estaba igual de confundida en su forma de actuar como Sophia. Tras pasar su dedo índice por los labios de Sophia. Se alejó un poco.

—Te traeré una manta.

A Sophia le dio un vuelco el corazón. Por un momento se sintió como una invasora en la casa. Todo esto le estaba haciendo estallar la cabeza. Recortó su cabeza en el antebrazo del sofá; era en verdad bastante cómodo. Cerró los ojos un segundo, intentando calmar su respiración para poder pensar con claridad, y se quedó profundamente dormida.

Al abrir los ojos, se encontró con que Antonella la estaba contemplando a un metro de distancia. Parecía pensativa. Su mirada era penetrante.

—No fue mi intención dormirme. ¿Qué hora es?

Se disculpó.

—Bastante tarde para almorzar y demasiado temprano para cenar.

Contestó seriamente. Sophia se sonrojó.

—¿Se solucionó el problema que tenías?

Preguntó para cambiar de tema.

—¿Sobre el incendio del servidor?

Antonella le ofreció la mano. Ella aceptó y preguntó mientras se ponía de pie.

—¿Incendio?

—Se sobrecalentó el servidor de la empresa, cosa que no debe pasar. Los ingenieros están averiguando si fue una falla o alguna o un ciberataque.

—Eso suena grave.

>>— Es algo que se debe solucionar. Ahora comamos algo.

La guío hasta el comedor, donde la mesa ya estaba puesta. Sophia en la mesa de caoba, la vajilla de porcelana, las copas de cristal, la cubetera de plata y lo que parecía ser una botella de vino. Otro mundo al que Sophia no estaba acostumbrada.

—Increíble.

Susurró.

>>—¿También sabes cocinar?

—Para nada. Cecilia se encarga de dejarme comida preparada para recalentar.

Dijo Antonella, acercándose a la mesa. Antonella ocupó su lugar en la mesa y Sophia a la derecha. Compartir una comida con ella en estas circunstancias parecía ¿raro? Antonella sirvió vino en ambas copas.

—Me disculpo por haberme ido en la mañana tan abruptamente.

Sophia bajó los ojos.

—Yo soy la que debería disculparse por no asistir a trabajar.

Sophia bebió un sorbo, algo estresada.

—Yo fui quien te dijo que te tomaras el día.

Antonella hizo una mueca.

>>—Fui demasiado exigente anoche. ¿Tu cuerpo está mejor?

Sophia sintió que las manos le temblaban. ¿Cómo era posible que ella hablara de este tema tan tranquilamente? Era bastante vergonzoso.

—Estoy bien.

Sophia tartamudeó. Se hizo tonta picoteando el plato mientras agregaba.

—No te creo eso. ¿Hace cuánto que no tenías sexo?

A Sophia se le cayó el tenedor ruidosamente sobre el plato. Eso la sorprendió. La miró con los ojos como platos.

—No quiero hablar de esto.

Sophia tragó saliva. La pasta y las almejas se veían realmente deliciosas, pero en ese momento sentía el estómago hecho un nudo. Le extrañó que Antonella tocará el tema de una forma tan tranquila. Sophia reconocía que no hubiera tenido el valor para preguntar abiertamente.

—¿Por qué no? Compartimos sexo. Es completamente normal y casi hasta necesario tocar el tema.

Sophia se echó a reír con amargura.

—Es algo vergonzoso. Yo no tengo experiencia, como lo habrás notado, y no quiero hablar de ello.

—Soy consciente de que nunca habías tenido sexo con otra mujer. Pero era más que obvio que no eras virgen. ¿Cuántos amantes tuviste antes?

—No demasiados.

Replicó ella, con los ojos brillantes. Molesta dio otro sorbo al vino.

>>—Como dices, es bastante ¡Obvio! Que no soy experimentada. Prácticamente soy considerada una solterona

Antonella ladeó la cabeza. Mojó un dedo en el vino y empezó a frotar el borde de la copa, lenta y sensualmente.

— ¿Solterona? ¿Las personas aún utilizan esa palabra? Es tan arcaico. No hay una ley que diga que es obligatorio para una mujer casarse a cierta edad.

Sophia se ruborizó.

—¿Te burlas de mí?

— No. De hecho, ni siquiera es obligatorio casarse, ya que muchos no creemos en el matrimonio. ¿Qué más da estar soltera a los sesenta? Lo importante es estar conforme con uno mismo y vivir la vida de la mejor manera.

Afirmó Antonella sin apartar la mirada.

>>—¿Tú quieres el sueño de tener una familia? ¿Esposo? ¿Hijos?

—Sí. Por supuesto que siempre he soñado con casarme y tener una familia propia, pero al parecer no soy el prospecto de mujer que muchos hombres ambicionarían.

Los ojos de Antonella se ensombrecieron.

—¿Y quién dijo que tienes que casarte con un hombre? Ya existe el matrimonio entre el mismo género.

Sophia desvió la mirada.

—Mejor cambiemos de tema.

Era una cobarde. Esta vez, Antonella se echó hacia atrás en la silla, sonrió con impertinencia, mirándola por encima de la copa de vino. Se secó los labios con la servilleta y se acercó hasta que sus caras casi se rozaron.

—¿Acaso me pedirás que olvide lo que sucedió entre nosotras también?

Sin dejar de sonreír, volvió a acomodarse en la silla y siguió comiendo.

>>—¿Crees que lo que hicimos anoche solamente fue por un impulso?

—¿No lo fue?

Sentía sus ojos clavados en su cara, en su boca, en sus hombros temblorosos. Nada escapaba a sus penetrantes ojos. Era como si pudiera leerle el alma. Antonella la deseaba, pero no estaba haciendo nada al respecto.

—Sophia…

Dijo ella finalmente, deslizando la mano por debajo de la mesa. Le agarró la muñeca y, al hacerlo, le rozó el muslo. Su voz era un suave murmullo. Sophia notó su calor deslizarse por la pierna hasta los dedos de los pies.

—¿Sí?

Ella trató de apartar la mano, pero Antonella la sujetó con más fuerza.

—Mírame.

Sophia levantó los ojos hacia los suyos. No eran tan amenazadores como el tono de su voz podía hacer creer, pero sí la miraban con mucha intensidad.

>>—¿Me creerías si te dijera que en verdad me gustas? ¿No es bastante obvio que me siento atraída por ti?

—¿Por qué yo?

Preguntó con voz temblorosa.

>>—La señorita Armenta está enamorada de ti. Ella es una hermosa modelo, comparada con ella, yo soy…

Antonella apretó los labios.

—Yo te deseo y tal vez por eso actúe tan irracionalmente cuando no quisiste aceptar mi ayuda. No sé explicar muy bien lo que siento, porque no puedo decir que te amo o que estoy enamorándome. Te llevé a la cama porque te deseo, tan simple como eso.

Sophia se revolvió inquieta en la silla.

>>—Y respecto a Christine, ella nada tiene que ver conmigo, su amor por mí, créeme, no tiene nada que ver con un sentimiento sino con las convicciones de su hermano.

Sophia enarcó una ceja.

—Su hermano es su socio…

—Sí, y Ricardo piensa que podrá entrar en todos los aspectos de mi vida si también me follo a su hermana.

Sophia casi se atraganta con su propia lengua; no estaba acostumbrada a que una persona utilizara ese tipo de palabras.

>>—En cambio, si deseó follar contigo.

—¿Qué está proponiendo? ¿Acaso quiere que seamos…?

—¿Amantes? Sí. Eso es lo que quiero.

—Eso no funcionará. Yo no sé nada sobre una relación entre mujeres… Anoche fue…

Negó con la cabeza.

>>—La verdad es que no sé qué me sucedió anoche. A mí siempre me han gustado los hombres.

Dijo Sophia firmemente. Antonella maldijo en voz baja.

—¿Por qué siempre me llevas la contraria? Todo esto es nuevo para mí, como para ti, créeme. Tus prejuicios están justificados hasta cierto punto, pero tampoco hace falta que me provoques deliberadamente.

Murmuró ella, retirándose el pelo con suavidad por encima del hombro.

—Disfrutar del sexo, nada tiene que ver con el género. ¿Me vas a decir que no lo disfrutaste? ¿Cuántas veces te corriste?

Palabras crudas y reales. Sin saber cómo responder, Sophia se apartó hacia atrás. El momento tenso fue roto cuando el teléfono de Antonella comenzó a sonar. Mentalmente lo agradeció. Antonella se levantó y, llevándose algunos platos, desapareció en la cocina. Sophia se acabó el vino de dos rápidos sorbos. ¿Por qué era tan complicado charlar entre ellas? Era cierto que Sophia era una solterona de treinta años, pero para nada se sentía hablando de temas sobre el sexo. Ni siquiera tenía amigas con las cuales conversar al respecto.

Cuando Antonella regresó, enarcó una ceja al ver que Sophia se estaba sirviendo vino nuevamente. Antonella, sin dejar de hablar por teléfono, le retiró la copa y la botella. Unos minutos después, le llevó una taza de café. Sophia arrugó la nariz y entrecerró los ojos a Antonella. ¿Ahora también controlaría cuando bebía, al igual que controlaba al personal a su cargo? No pudo decirle nada inmediatamente, ya que Antonella volvió a desaparecer.

Pudieron pasar segundos, minutos, tal vez horas, en las que Antonella estuvo hablando por teléfono. Sophia claramente podía escucharla. Sintió pena por ella. Un gran imperio requería un pago muy grande. ¿Cuántos disgustos haría Antonella al día? Tal vez sean demasiados para contarlos. Sophia miró con atención a su alrededor. El departamento de Antonella era precioso y minimalista; sin embargo, se sentía tan frío.

Cuando regresó Antonella, Sophia ya se había terminado la taza de café.

—No quiero que me vuelvas a llamar con tonterías, ingeniero. Te lo advierto, solamente tienes dos horas para poner en marcha ese respaldo del que hablas o tendrás que atenderte a las consecuencias.

Antonella finalizó la llamada y muy bruscamente lanzó su móvil sobre la mesa. Antonella la observó en silencio durante lo que le pareció una eternidad.

—Ven conmigo, quiero mostrarte algo.

Dijo de repente, tendiéndole la mano y haciendo que se levantara de la mesa. Sophia se dejó guiar hacia la puerta. Del closet de la derecha, Antonella sacó una pequeña mochila de deporte. Sin soltarla de la mano, salieron del departamento y caminaron al elevador. Se sorprendió cuando Antonella presionó el botón del último piso en lugar del de la primera planta.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás.

En segundos las puertas de metal se abrieron y llegaron al techo del edificio, que era una enorme terraza. Una sección era techada, con paredes de cristal; estaba llena de máquinas para hacer ejercicio, incluso había personas en ese momento. Otra parte del lugar tenía una enorme alberca, que también estaba techada. Antonella la guió hacia las puertas de cristal y salieron al área abierta de la terraza. La hizo caminar hacia una jardinera.

—Te gusta.

—Sí, es muy bonito. Y es bastante práctico que todo esto esté aquí. Así los inquilinos no tienen que salir del edificio.

—Así es, esa es una de las razones por la que al final decidí comprar el apartamento.

—¿Cuántos departamentos posees en la ciudad?

Preguntó Sophia.

—Invertir en bienes raíces es una estrategia inteligente. Tengo varios departamentos y casas, que son arrendados. Salvo tres lugares que conservo para mí.

Comentó Antonella mientras se sentaba en la jardinera y abría la bolsa de deporte. Con los

ojos abiertos, Sophia observó cómo sacaba un par de patines con ruedas de color morado con blanco de la bolsa.

—La casa de la playa es una.

Sophia se cruzó de brazos, hablando con seguridad. Antonella sonrió mientras se quitaba las deportivas y comenzaba a ponerse los patines.

—Así es, al igual que este departamento y donde vives tú.

Sophia apretó los labios.

—Está perdiendo ganancias con ese lugar si ni siquiera me permites pagar la renta.

—Desde hace más de un año ese lugar no tiene inquilino.

Contestó con una sonrisa.

>>—Fue el primer departamento que compré. Viví ahí hasta que encontré este lugar. Y llámame sentimental o tonta, pero no deseaba rentarlo. Lo conservaré como la prueba de mi victoria, ya que muchos me acusaron en el pasado de que nunca lograría nada en la vida.

La cara de Sophia se puso roja.

—Seguramente tus familiares ahora se arrepienten de cómo te trataron.

Antonella se encogió de hombros.

—Eso ya no me interesa.

Comentó con una mueca. Sin embargo, Sophia pudo ver ese brillo de tristeza en sus ojos. Antonella se puso de pie.

—Debió ser difícil para ti enfrentarte a nuevos retos, sola.

—A lo largo de mi vida he pasado por infinidad de cosas, que yo sola sé cómo fueron y cuánto me llegaron a doler.

Antonella miró al cielo.

>>—Pero a pesar de eso yo sigo con lo mío, cuando comencé a luchar por mis sueños fue cuando comprendí que la única razón por la que no hacemos las cosas que deseamos en la vida es por el miedo.

Antonella miró a Sophia.

>>—¿Lo has pensado, Sophia? Si el miedo no fuera parte de la ecuación en tu vida, ¿Qué estarías dispuesta a hacer?

—Yo…

Se sonrojó al reconocer que esas palabras le estaban calando de manera personal. Antonella rompió el momento tensó cuando comenzó a reír.

>>—¿Sabes patinar Sophia?

Sophia abrió los ojos como platos y negó con la cabeza.

—No. Claro que no.

Los ojos de Antonella brillaron un poco.

—Me encanta patinar, y aunque el espacio aquí es limitado, es la mejor forma para desestresarme.

Antonella patinó un poco lejos de ella, dio un giro y después elegantemente se detuvo colocándose casi en punta en los patines.

>>—En invierno, ir a patinar a la pista de hielo en Rockefeller es uno de mis momentos preferidos del año.

Los labios de Sophia estaban húmedos y rojos, respirando profundamente.

—Eso debe ser hermoso.

—Lo es.

Sonrió.

>>—Si para invierno sigues aquí. Iremos juntas.

Antonella dijo mientras miraba a Sophia, quien no pudo contestar ya que Antonella se alejó y siguió patinando un par de metros. Sus pasos eran seguros y sus movimientos fluidos y elegantes. Sophia no pudo apartar la mirada de ella mientras daba vueltas, brazadas, y extendía sus largas piernas para moverse por la plataforma. Mientras patinaba, Antonella daba la impresión de que era la persona más libre del mundo.

Los minutos pasaron y nubes oscuras se acumularon en el cielo. Las gotas de lluvia estaban a punto de caer sobre sus mejillas enrojecidas y un trueno rugió con fuerza. Antonella levantó lentamente la cabeza y miró hacia el cielo. Después de un tiempo, la cantidad de gotas de agua aumentó y luego la lluvia comenzó a caer con un sonido.

Antonella se acercó a ella.

—¡Necesitamos regresar!

Antonella se quitó rápidamente los patines y sujetó la bolsa con sus deportivas; después corrieron juntas a la seguridad del área techada.

>>—Maldito clima, siempre es impredecible.

Antonella cerró los ojos y respiró profundamente mientras intentaba llamar al ascensor. Sophia sonrió; al parecer había cosas que la señorita Lennox no podía controlar.

—¿Qué sucederá ahora?

Preguntó mientras entraban juntas al ascensor.

—Pues será recomendable que tomemos una ducha. Nos podemos resfriar. Tengo ropa que puedo prestarte.

—No me refiero a eso.

Se relamió los labios. Pronto llegaron al piso de Antonella y se dirigieron a la puerta. Sophia no quiso retroceder; necesitaba preocuparse.

>>—Sino a nosotras, a partir de ahora. El trabajo, el contrato que tenemos… ¿Qué sucederá? ¿Qué esperas que yo haga?

Sophia la miró a los ojos. Una tormenta estalló en sus ojos azules. Entonces, Antonella la besó y ella no la rechazó. Sophia abrazó el cuello de Antonella y lentamente cerró los ojos.

Continuaron besándose en el pasillo, escuchó como la bolsa de deporte y los patines caían al piso con un fuerte ruido y después sintió a Antonella abrazarla fuertemente por la cintura para de esa forma poder profundizar el beso.

Cuando pudieron separarse, Sophia enterró la cara en su hombro y susurró en voz baja.

>>—No contestaste mi pregunta.

—Es porque aún no tengo una respuesta concreta.

Contestó Antonella pasando su mano tranquilizadora por su espalda.

>>—Lo único que sé, es que deseó que te quedes esta noche a dormir conmigo.

Sophia se tensó…

>>—Solamente dormiremos, cenaremos juntas y podemos conversar sobre cosas que no sabemos la una de la otra. No te exigiré más, a noche me sobrepase y debes estar dolorida.

Sophia respiró profundamente.

>>—Quédate por favor. Ya mañana decidiremos qué hacer.

—¿Por qué eres tan tenaz, Antonella?

—Es mi personalidad.

Antonella susurró con voz clara en su oído mientras ella se encogía de hombros. No tenía nada que decir. Sophia trató de alejarse de ella en silencio, pero volvió a fallar.

—De acuerdo, me quedaré.

CAPÍTULO 16

Sophia se despertó sobresaltada y descubrió que estaba en la cama de Antonella. Miró a su alrededor y vio que ella no estaba, miró el reloj de la mesilla: eran las siete de la mañana. Tendría que alistarse para ir a trabajar, sin embargo, no tenía su ropa ahí; debería de utilizar la ropa del día anterior. Sin duda estaba en mejores condiciones que la ropa sucia de hace dos días.

Se dejó caer sobre la almohada e intentó no pensar en lo mucho que se había humillado la noche anterior. Por sus venas debía de correr la sangre de alguna antepasada ramera. Al menos eso explicaría por qué se excitaba tanto con las caricias de Antonella. Se suponía que no pasaría nada esa noche, iban a dormir…

Sin embargo, en algún momento de la madrugada, entre la neblina del sueño, sintió los labios de Antonella en su boca. Sus besos eran perversos, y ella jamás habría imaginado que el roce de los labios pudiera resultar tan excitante. Antonella hizo que su cuerpo ardiera de deseo. La tensión había crecido hasta niveles inimaginables en su interior, y sabía que Antonella era la causante. Mientras su cuerpo florecía bajo sus manos, Antonella bajó los tirantes del pijama que le había prestado para dormir y empezó a cubrir de besos su piel en dirección a sus pechos. Deslizó la mano por debajo y le estimuló un pezón con el pulgar antes de llevárselo a la boca. Todo su cuerpo se estremecía con cada caricia, y cuando Antonella apretó suavemente con los dientes, gritó sorprendida y excitada.

Las sonrisas de satisfacción de Antonella cuando hacía aquellas cosas eran perversas. Hacía que se convirtiera en una criatura que no reconocía. Deseaba permitirle hacer mucho más… Antonella no dejó de torturarla. Y ninguno dijo palabra alguna. Sophia no podría haber dicho nada en aquel momento, pues lo único que podía hacer era sentir los latidos de su corazón desbocado y el calor de su piel. Cuando Antonella comenzó a deslizar la mano por su pierna, ella se quedó sin respiración.

No se había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados hasta que los abrió y la encontró mirándola. Sophia levantó la mano y le acarició la cara. Sus ojos ardían de deseo por ella, y esperó durante lo que le pareció una eternidad hasta notar sus dedos en la parte superior de sus muslos. Le hizo caricias circulares hasta que finalmente Sophia separó las piernas. Suspiró al notar que se adentraba más en las profundidades de aquel lugar privado. El diablo habitaba en la tierra y su nombre era Antonella Lennox.

Con una caricia, todas las advertencias de su cabeza se derritieron y fueron sustituidas por la necesidad de sentir más. Y Antonella le dio más. Siguió moviendo la mano al mismo tiempo que la boca, hasta que la tensión que se había ido acumulando en su interior fue tan fuerte que tuvo que explotar. Su cuerpo se arqueó y se tensó, y ella siguió acariciándola sin cesar, hasta que toda aquella tensión se derramó y la dejó vacía y saciada al mismo tiempo.

Volviendo al presente, Sophia se preguntó qué le había ocurrido en la cama de Antonella. Se defendería achacándolo a su cercanía y al aislamiento. Pero la verdadera razón para su pérdida de control era su corazón. Ella no era de piedra, y en su pasado, nadie se había interesado

en ella de esta forma.

Había estado tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Antonella la estaba observando desde el marco de la puerta del baño. Ya estaba vestida con un hermoso conjunto de pantalón y chaqueta color rojo. Su cabello estaba sujeto en una cola de caballo y su maquillaje era ligero.

—¿Cómo amaneciste?

Sophia se sentó de golpe y apretó las sábanas contra su cuerpo, aunque en realidad no estaba desnuda. No se desnudaron anoche cuando…

—Bien… ¿Y tú?

—Sorprendentemente dormí muy bien.

Antonella entró en la habitación y colocó una bolsa color roja sobre la cama.

>>—¿Quieres ir a trabajar o necesitas otro día para…?

—¡Voy a ir a trabajar!

Miró alrededor buscando la silla donde colocó su ropa la noche anterior.

>>—Desconozco que tan lejos está el departamento, no puedo ir a cambiarme y volver. Usaré la ropa de ayer…

—Usa esto. Es nuevo.

Dijo Antonella señalando la bolsa roja.

>>—Es un hermoso vestido que me regalaron el verano pasado, pero definitivamente no es mi color. De zapatos puedes usar cualquiera de mi closet, calzamos igual.

Dudosa, Sophia espió en la bolsa; al sacar la prenda, se encontró con un hermoso vestido color rosa bajito. Era de tirantes gruesos y escote cuadrado, traía una chaqueta que era a juego y tenía hermosa pedrería en el cuello y las solapas de las mangas y los bolsillos. Parecía bastante costoso y al ver la etiqueta no se equivocó; soltó la prenda dentro de la bolsa.

—No puedo aceptar eso.

—Lo harás. Te verás hermosa con ese vestido.

Antonella sacó la prenda y la colocó en su regazo.

>>—Toma una ducha, mientras prepararé café.

Y con esas palabras tomó la bolsa vacía y salió de la habitación. Media hora después, ya duchada y vestida, salió para encontrarse con Antonella. Ella se puso nerviosa cuando Antonella la escaneó desde los pies a la cabeza. Ella había decidido usar sus propios zapatos; no eran elegantes ni nada, pero quedaban bien con el vestido.

—Definitivamente te queda ese color.

Comentó ella, llevándose la taza de café a los labios. Sophia se aclaró la garganta.

—Tú también estás muy guapa.

Se quedó sin palabras al intentar pensar en qué decirle esa mañana, cuando los recuerdos de su pasión estaban tan despiertos en su mente. De modo que esperó a que ella hablara primero.

—No tienes porqué sentirte nerviosa, nadie te molestará por haber faltado el día anterior. En recursos humanos se reportó que estabas enferma.

Dijo mientras le servía una taza de café.

>>—Sobre lo nuestro nadie más lo sabe y prefiero que siga de esa forma.

—Por supuesto, yo tampoco quiero que nadie se entere.

Aunque aún no podían definir exactamente qué era lo que tenían. Sophia sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

—Bien, entonces debemos ponernos en marcha.

▪:✧·✦·✧:▪

Estaba siendo relativamente un día normal de trabajo. Nadie la miró mal o le preguntó por su falta del día anterior. Ángelo fue el único que se detuvo brevemente en su escritorio a saludarla, pero eso fue todo. Por supuesto que, en cambio, había captado varias miradas de mujeres curiosas por su atuendo. Seguramente estaban maquinando el cómo fue que ella consiguió un conjunto tan costoso.

Con Antonella no había tenido comunicación una vez que ella estaba en la esquina del edificio. Fue a petición de Sophia, pero Antonella tampoco se opuso.

Casi para el final de la jornada, Sophia se vio en la necesidad de ir al departamento de archivo a solicitar las copias de un expediente fiscal de una de las empresas que estaba auditando. Iría a solicitar el expediente, pasaría a la oficina de recursos humanos a firmar su inexistencia del día anterior y posteriormente iría a la máquina de bebidas por un té helado. Era un sencillo plan, en la mente de Sophia. Justo estaba saliendo de recursos humanos cuando se encontró cara a cara con Christine Armenta. Venía acompañada de otro hombre que no conocía, el cual se mostró confundido cuando Christine se detuvo cara a cara frente a Sophia. Christine Armenta la miró de los pies a la cabeza y puso cara de asco, como si hubiese pisado con el zapato mierda. Una parte de ella comprendía que la rabia de Christine no era difícil de sumar dos más dos en lo que se refería a su relación con Antonella Lennox; si tuvo a Sophia en su casa de la playa y ahora aparecía de la nada vistiendo un conjunto de más de cinco mil dólares, sin embargo, la otra mujer debía saber que ella no tenía control sobre su estancia allí.

—Señorita Armenta, ¿cómo se encuentra usted?

Preguntó Sophia. El grito ahogado de la señorita Armenta llamó la atención de todos los que estaban en el pasillo.

—¡No me dirijas la palabra, ramera!

Respondió gritando y lo que resultó sorprendente fue la bofetada que él propinó a Sophia, aunque con la mano cerrada le pareció más un puñetazo.

>>—Puede que tú te habrás de piernas para Antonella y te encargues momentáneamente de su lujuria maldita zorra, pero no creas que eres digna de hablarme.

Sophia retrocedió con el golpe y se llevó la mano a la mejilla. Escuchó a las dos mujeres de recursos humanos a su espalda jadear sorprendidas.

>>—¡Será mejor que te des cuenta de inmediato el lugar que ocupas, perra!

Gritó Christine. El hombre que había estado acompañándola intentó alejarla, pero tercamente Christine se acercó a ella.

>>—Y no te preocupes, ramera.

Susurró Christine para que solo Sophia pudiera oírla.

>>—Tus días en su cama están contados.

El veneno de su voz le produjo un escalofrío de terror. El hombre finalmente pudo alejar a Christine. A su espalda, ambas mujeres cuchicheaban entre ellas. Sophia se sentía débil, enferma y sumamente humillada. Lo único que deseaba era sucumbir ante el peso de sus rodillas y hacerse un ovillo sobre el piso frío de mármol. Cuando llegaron más curiosos que seguramente escucharon las amenazas de Christine, Sophia reaccionó. Evadiendo las miradas de lástima y curiosidad. Sophia se abrió camino entre la muchedumbre y echó a correr. Necesitaba encontrar un lugar seguro en el cual proteger los últimos rastros de dignidad que le quedaban.

¿Se habría imaginado el odio y el peligro en las palabras de Christine? Le parecía que no. Se refugió en la seguridad de su oficina y cerró la puerta. El rumor de que ella era la prostituta de Antonella Lennox no tardaría en esparcirse por la empresa y muchos llegarían por fin a la conclusión del porqué había recibido mejor trato que cualquiera.

Se acercó a su escritorio y buscó una toallita húmeda de manos; era lo único que tenía a mano para intentar refrescar la zona donde Christine Armenta la había abofeteado. Aunque en ese momento su orgullo dolía mucho más que cualquier golpe.

▪:✧·✦·✧:▪

Antonella tenía un enorme dolor de cabeza cuando terminó la llamada con los coreanos. Esa reunión tardó más de lo necesario. No podía esperar la hora en que el día terminara para poder ir a casa… Bueno, a casa tal vez no. Podría invitar a Sophia a cenar; tenían cosas aún de las cuales hablar. La puerta se abrió de golpe, entonces entró Ángelo con cara de pocos amigos.

—Antonella.

Dijo Ángelo acercándose: *<<No, por favor, no más dramas por hoy>>*. Por culpa del problema del servidor, todo su trabajo estaba atrasado.

>>—Necesito comentarte algo

Su ceño fruncido indicaba que algo iba mal.

—¿Qué sucede?

—Christine ha estado aquí.

Antonella asintió.

—Sí, creo que Ricardo mencionó algo de una campaña de publicidad, pero es algo de lo cual él debe ocuparse; yo no tengo ni ganas, ni tiempo de lidiar con su hermana.

Suspiró.

>>—Además no tengo la menor idea que tiene que ver una aplicación de videojuegos con modelos hermosas, no tiene sentido para mi esa estrategia de Marketing.

Comprendía que Ricardo deseaba darle trabajo a la agencia de su hermana, pero simplemente era absurdo. Extrañamente, la ira brilló en los ojos de su abogado.

—Christine Armenta se encontró con Sophia en los pasillos.

Al escuchar el nombre de Sophia, Antonella se tensó, apretó inconscientemente los puños.

—Continúa.

—Le gritó tonterías sobre ser tú… ramera y la abofeteó …

Antonella no esperó a oír el final de la frase, se levantó de un salto y salió de su oficina como una tromba. En los pasillos se encontró con infinidad de personas estorbando que ella no tuvo contemplaciones en empujar para apartarlos de su camino. Apuñaló el botón del ascensor; todo aquel que estaba esperando el elevador no subió con ella al darse cuenta de su estado de humor. Rápidamente llegó hasta la oficina de Sophia, abrió la puerta y encontró a Sophia sentada en una silla frente a su escritorio. Tenía la cabeza agachada y miraba la pantalla del computador. Antonella había entrado en la oficina haciendo ruido, así que tenía que saber que estaba allí, pero ella no la miró.

—Sophia.

La llamó, pero ella no reaccionó. Siguió tecleando sin levantar la cabeza. Antonella se acercó al escritorio. Rodeó la mesa y colocó una mano a un lado del teclado.

>>—Sophia, mírame.

Sophia suspiró, colocó las manos en su regazo y levantó la cabeza para mirarla. Su piel clara no ocultaba nada, y tenía la mejilla marcada por la bofetada. Ya había comenzado a amoratarse por los bordes.

—Estoy bien. No quiero…

Antonella la interrumpió.

>>—¿Qué no quieres? ¿Qué no le reclame? ¿O acaso me vas a mentir y decir que no te

duele?

Antonella se acercó lentamente.

>>—La voy a hacer pedazos. Se arrepentirá de siquiera haber respirado en tu dirección.

—Es la hermana de tu socio. Está enamorada de ti y está furiosa porque yo… porque nosotros.

Bajó la cabeza.

>>—Llegó la conclusión de que nosotras estamos juntas.

La miró suplicante.

>>—No quiero problemas, debes aclarar las cosas con ella.

Antonella apretó la mandíbula.

—¿Vas a excusarla por hacer esto? Te llamó zorra delante de todos.

Antonella estiró la mano y le apartó varios mechones de pelo de la cara para ver hasta dónde llegaba la marca. Sophia colocó la mano encima de la suya y se la apartó al tiempo que se ponía en pie.

—¿Excusarla? No, no la excuso porque creo que siempre hay alguna alternativa , la fuerza y el sufrimiento. Sin embargo comprendo su reacción. Está despechada. Pegarme es lo único que puede hacer para mostrar su descontento por haber insultado su honor y su orgullo.

Antonella se quedó mirando a aquella mujer tan extraordinariamente tonta. ¿Por qué mostraba bondad por alguien que no lo merecía? ¿Por qué le gustaba ser mártir?

—¿Me estás pidiendo que no tome represalias contra ella?

Sophia asintió y se dio la vuelta para volver a sentarse. Ella le tocó el brazo para detenerla. ¿Se había estremecido o era su mente, que creaba falsas sensaciones?

>>—No puedo quedarme de brazos cruzados. Ella no puede salirse con la suya.

Sophia frunció el ceño.

—Por favor, no quiero más problemas.

Antonella estaba renuente, pero por el momento concedió.

—De acuerdo. Ahora recoge tus cosas, te llevaré a casa.

—No puedo irme, aún no…

—Es hora, tu jornada de trabajo ha terminado. Te llevaré.

Antonella la hizo alejarse del escritorio, ella misma apagó el equipo, tomó la bolsa de Sophia y, sin soltarla del brazo, la guió hacia la salida.

—Si la gente nos ve juntas, incrementarán los rumores.

Sophia miró hacia la puerta y hacia el pasillo, abarrotado de gente que miraba incesantemente hacia ellas.

—Yo soy quien paga sus sueldos. Si saben lo que les conviene, se morderán la lengua.

Sin soltarla de la mano, caminaron por los pasillos hasta el elevador. Los ojos de todos los empleados en ese piso, no paraban de mirarlos y murmurar entre ellos. Sophia, lo único que deseaba era que la tierra la tragara.

—Presentaré… mi renuncia mañana…

Murmuró Sophia mirando sus pies, mientras Antonella aporreaba el botón del ascensor.

—No hay necesidad de que huyas.

Contestó Antonella con tono contenido.

>>—Ahora que todos saben lo que significas para mí, te dejaran tranquila, huirán de ti con tal de evitar hacerte algo que me moleste.

Sophia alzó la mirada y se encontró con la hermosa mirada azulada de Antonella.

—¿Qué significó para ti?

Para Sophia era claro, Christine lo dijo con todas sus letras, no era más que la zorra que de momento la mantenía entretenida. ¿Qué más podía esperar? ¿Y acaso ella deseaba más? La mirada de ambas se fijó la una en la otra con intensidad. Aunque todo dentro de ella, a causa de la vergüenza, le reclamaba entrar en el ascensor, ella no apartó la mirada. Sus ojos brillaban con el mismo deseo que ella. Sophia se quedó mirando su boca, y Antonella la de ella. De modo que ocurrió lo inevitable: Antonella la besó. Sus labios se suavizaron bajo los suyos y no se apartó. Antonella levantó la mano y la colocó detrás de su cabeza para mantenerla ahí. Ladeó la cabeza y volvió a besarla. En esa ocasión ella abrió la boca como sabía que tenía que hacerlo.

Sophia sujetó la chaqueta de Antonella con ambas manos y tiró de ella para que la besara más profundo. No deseaba parar a pesar de que podía escuchar los cuchicheos y jadeos sorprendidos. El roce de la lengua de Antonella le asustaba y le excitaba en igual medida. Antonella dejó que Sophia explorara su boca durante algunos segundos y y devoró su boca hasta quedar las dos sin aliento. Antonella apartó la boca de ella y se echó hacia atrás con la mano aún enredada en su melena.

—Sophia.

Sophia no tuvo la fuerza de mirar a nadie, ladeó la cabeza y pegó su frente al hombro de Antonella.

>>—¿Te quedarás en mi casa esta noche?

Eso era una pregunta. Y era extraño que preguntara; por lo general Antonella ordenaba.

—Si es lo que quieres.

Murmuró. En ese momento las puertas del ascensor se abrieron.

—¿Y tú lo quieres?

Antonella le sujetó de la mano y entraron en el ascensor. Ella debería de decir que no, sin embargo…

—Sí.

Sophia no sabía dónde se había escondido aquella mujer lasciva. Su cuerpo se acaloró, se le aceleró el corazón y notó la presión en lares muy profundos de su cuerpo. <<*Zorra*>> escuchó la voz de Christine Armenta, pero a su cuerpo no le importaba si aquello estaba mal, simplemente lo deseaba.

>>—Sí quiero.

Confirmó. La deseaba a ella y deseaba la magia sensual que podía crear en su interior mientras la acariciaba de maneras con las que jamás habría podido soñar. Sentía sus pechos doloridos, sus pezones erectos, vibrando con la esperanza de que volviera a acariciarlos pronto. Ella no era más que la mujer del momento de Antonella Lennox; no se cerraba a esa idea, y no era que ella esperara más. Al terminar su experiencia en Nueva York, regresaría a casa y continuaría con su vida. Mínimo quería tener el recuerdo de haber vivido con libertad y bajo sus términos por algún tiempo. El ascensor se cerró envolviéndolas en tranquilidad y sin ruido y ojos curiosos. Así que para demostrar sus palabras, a ella, y a sí misma, se puso de puntillas, le colocó las manos en la cabeza y tiró de Antonella para besarla. En esa ocasión exploró su boca utilizando la punta de la lengua para recorrer sus labios firmes. Cuando Antonella la abrió, saboreó todo lo que era. Antonella se acercó más, envolviéndola en sus brazos. Pero entonces el sonido de las puertas abriéndose nuevamente la hizo apartarse. Se había olvidado por completo de todo el mundo, ya nada importaba.

Antonella la mantuvo envuelta con el brazo en su hombro y juntas caminaron por el living del edificio directamente hacia la puerta de salida. A su alrededor todos la juzgaban; sin embargo, Sophia no sentía miedo. No de momento. Ya mañana volvería a enfrentarse al mundo.

CAPÍTULO 17

De alguna forma terminaron en el departamento de Antonella; la verdad era que Sophia estaba tan aturdida todo el camino que no fue consciente de muchas cosas. Ni tampoco le importó mucho a dónde Antonella decidiera llevarla en esta ocasión.

Una vez dentro de la habitación, reprimió un grito ahogado cuando Antonella la atrapó contra la puerta. Sophia pudo sentir su respiración acelerada, antes de que sintiera que el aire abandonaba su cuerpo al tiempo en que Antonella conectaba sus labios. El beso lleno de posesividad. Sintió que comenzaba a perderse en el beso.

Antonella se movió de sus labios, dejando un rastro de besos húmedos en su mandíbula, hasta el costado de su cuello. Chupó la piel suave, antes de volver a su propia boca una vez más, y sus lenguas comenzaron a luchar por el dominio.

—He estado pensando en esto todo por días.

Antonella amortiguó entre besos. Sophia apenas contuvo un gemido cuando sintió las vibraciones retumbar en su pecho. Estaba segura de que a estas alturas su corazón latía con tanta fuerza contra su propio pecho, amenazando con estallar. Sus manos se movieron hasta la nuca de Sophia, atrayéndola más hacia ella, como si eso fuera posible. Antonella las movió por la habitación, dando un paso a la vez, todavía tomándose el dulce momento de besarla sin sentido, sin romper el contacto ni una sola vez. Se aferró a ella con desesperación y éxtasis. ¿Por qué cada vez que la tocaba, ella no parecía pensar correctamente?

Antonella gimió mientras subías las manos por su pierna, acariciando sus muslos. Sophia dejó escapar un chillido involuntario ante el toque. Jadeó por las sensaciones que crecían en su interior, antes de que sus palabras se ahogaran en un beso abrasador. Sus brazos se aferraron a su cuello, su cuerpo temblaba. En un parpadeo, Antonella la desnudó casi por completo. Sus dedos se arrastraron hacia arriba por sus muslos, alcanzando el borde de su ropa interior, antes de deslizarse más allá, encontrando su punto dulce. Podía escuchar sus respiraciones irregulares junto a su oído. Su corazón latía tan fuerte que dolía mientras se sentía más y más lasciva por segundo.

>>—Necesito tomarte…

Sophia se aferró a su hombro, hundiendo sus dedos más profundamente mientras dejaba escapar bocanadas de aliento caliente. Luchó ferozmente, tratando de acercar a Antonella más a ella. Otro escalofrío le recorrió la espalda. Sus labios calientes iban y venían por los lóbulos de las orejas, el cuello y la clavícula mientras sus dedos firmes frotaban lentamente su punto entre sus piernas. Se movió contra su mano con desesperación.

—Por… favor…

Sophia suplicó, pero no sabía asegurar que era exactamente lo que estaba pidiendo.

—No puedo resistirme.

Murmuró ella contra su mejilla.

>>—Soy consciente de que te duele… pero no puedo parar.

—No me duele la mejilla.

Susurró. Lo último que deseaba era que ella se detuviera.

—Aún tienes amoratada la zona…

—No importa… por favor. No pares.

Antonella prácticamente le arrancó la ropa. Ella ahogó un grito antes de que Antonella se sumergiera, devorando las puntas de sus pezones en su boca.

Sophia sintió que su mente se derretía ante la sensación; su lengua caliente se movió en la punta, arremolinándola, chupando y rozando sus dientes con gran pericia, haciéndola jadear cuando el calor familiar se acumuló en su estómago.

>>—Antonella…

Jadeó, con las manos inconscientemente extendidas para agarrar su cabeza, sin saber si empujarla más cerca o de lo contrario cesaría el fuego en el interior. La desesperación en su tono no se olvidó cuando se zambulló en sus labios una vez más, y sus brazos se hirieron automáticamente alrededor de su cuello, mientras ambas caían sobre la cama en un montón de miembros enredados y ropas esparcidas.

La vergüenza, la emoción, el miedo y el éxtasis invadieron su corazón. Sophia estaba enterrada bajo las sábanas que la rodeaban, haciéndola sentir como si flotara en las nubes mientras aceptaba toda la intensidad de Antonella. No podía evitar aceptarla, siguiendo cada sensación mientras se volvía masilla ante sus propios ojos. Jadeó de placer. Antonella no detuvo sus atenciones, tirando y retorciendo implacablemente la sensible protuberancia de sus senos mientras ella gemía. Se frotó los muslos, sintiendo que algo nuevo se abría paso en sus entrañas mientras el calor se intensificaba aún más. Se agitaba más fuerte de lo habitual, pero no podía importarle menos sentirse avergonzada de cómo se retorcía debajo de ella.

Sus lenguas se enredaron suavemente entre sí mientras se besaban, luchando por el dominio. Sophia se perdió en la ardiente pasión. Ella se retorció ante la sensación. Se sentía como un pez fuera del agua, jadeando en busca de aire ante la plenitud. El tiempo se congeló, no existía nada más que ellas en la cama. No importaba nada, ni nadie, solamente el calor que las consumía. Sophia sintió que la apasionada sensación recorría su cuerpo hasta el olvido. Y así, se sintió perdida en una luz blanca brillante cuando fue empujada por el borde. Su corazón latió contra su pecho. Sintió ganas de llorar por el exceso de estímulos, se aferró a Antonella con más fuerza mientras se sentía perderse por completo por el placer.

▪:✧·✦·✧:▪

Sophia se despertó desconociendo en qué momento se había quedado dormida. Pero no le importaba. Se sentía demasiado cansada para preocuparse por eso. Sonriendo, alargó el brazo buscando a Antonella, sorprendiéndose al encontrar su lado de la cama frío.

— ¿Me estabas buscando?

Sophia se sentó y siguió la dirección de su voz la vio sentada en la mesa pequeña que estaba junto a la ventana; ella estaba trabajando en la laptop. Antonella llevaba el cabello suelto, y la ropa arrugada.

— ¿Qué hora es?

— Apenas las ocho. Ya ordené la cena.

Levantándose de la silla, caminó hacia la cama y se sentó a su lado.

>>—¿Espero te guste la comida china?

Antonella sujetó su barbilla y la hizo ladear la cabeza. Estaba inspeccionando su mejilla.

— Estoy bien, ya no siento nada.

—Tienes la mejilla hinchada.

Sophia ladeó la cabeza considerando qué hacer; ya no deseaba seguirse atormentando por esto.

—Colocaré hielo y para mañana amaneceré mejor.

—Yo lo traeré.

Cuando Antonella iba a levantarse, Sophia, en un auto reflejo, estiró la mano y sujetó la suya, deteniéndola.

—¿Qué sucederá a partir de ahora?

Preguntó con precaución, y temor también; todo era muy confuso en su cabeza, solamente quería asegurarse sobre el terreno pantanoso por el que cruzaría.

—Si te refieres a Christine, ya me encargué de ella.

Antonella la miró con ojos sombríos. El cuerpo de Sophia se estremeció al ver el rostro ensombrecido. Sophia vaciló por un momento; tenía miedo de preguntar.

>>—Una cláusula de no agresión está inscrita en cada uno de los contratos de trabajo. Ella te golpeó sin provocación alguna, por lo tanto tiene que asumir las consecuencias de sus actos. Su contrato de trabajo con el marketing de la compañía será rescindido a partir de este momento.

Antonella giró la cabeza y miró hacia el escritorio a un costado de la cama, y dejó escapar un suspiro con amargura.

>>—Es mi decisión absoluta. Aunque su hermano se moleste.

—Pero el señor Armenta es tu socio.

—Y ha favorecido mucho a la empresa de su hermana y eso también es ilegal.

Una sonrisa amarga se dibujó en los labios de Antonella.

>>—Respecto a la empresa, el departamento legal se ha encargado de enviar un aviso preventivo recordándoles nuestras políticas a la no discriminación de género. Si alguno de ellos te mira mal o hace el más absurdo comentario se atenderá a las consecuencias.

Sophia bajó la cabeza.

—La verdad era… Que yo estaba pensando en renunciar. No creo tener el valor de mirar a alguien a la cara.

Antonella volvió a sentarse en la cama.

—Tú no tienes nada de qué avergonzarte. No hiciste nada malo, no es un crimen ser gay.

Sophia suspiró.

—El problema es… que yo no soy gay, solamente he estado contigo, así que no puedo asegurar si yo podría estar con otras…

Se mordió el labio.

>>—Además no los culpo por estar furiosos. Me estoy abriendo de piernas para la jefa, ni más ni menos.

—Antes de ser jefa, soy una persona con derechos, puedo llevarme a la cama a quien sea y nadie tiene el derecho de juzgarme.

Antonella acomodó un mechón de cabello tras de su oreja.

>>—Si quieres renunciar a la empresa, puedes hacerlo. Puedes volver a trabajar desde casa, te apoyaré en todo lo que desees hacer.

Sophia dudaba que esa promesa se mantuviera con su siguiente afirmación.

—Quiero ir a casa.

Antonella la miró fijamente.

>>—Yo no pertenezco a esta ciudad. Si puedo seguir trabajando de forma remota, no tendré problemas en hacerlo desde Florida.

Sophia apretó la mano de Antonella en un gesto suplicante.

>>—Prometo que el acuerdo comercial que firmaste con mi padre se seguirá al pie de la letra. Trabajaré muy duro para no defraudarte. Déjame volver…

—Eso es imposible.

Dijo ella con voz dura.

—Me quiero ir.

Replicó, con ojos brillantes por las lágrimas.

>>—¿Por qué insistes en tenerme como prisionera? ¿Es solamente por sexo? Eso lo puedes encontrar con otras mujeres.

— ¿Es eso lo que piensas?

Le preguntó con calma.

—Estoy aquí en contra de mi voluntad. Siempre tienes que hacer lo que tú deseas.

Susurró Sophia.

—No puedo seguir así.

Insistió temblorosa. Se endureció la mirada de Antonella y después, con un suspiro, le preguntó.

— ¿Por qué piensas que estarás mejor con tu padre y tu hermano?

Ella no vaciló un momento.

—Porque son mi familia.

Antonella se alejó de la cama y se acercó a la ventana; parecieron horas lo que permanecieron en silencio. Sophia no soportaba tanta incertidumbre. De repente llamaron al timbre; seguramente era la cena que Antonella había ordenado. Estaba a punto de levantarse para ella misma ir a abrir, cuando Antonella se le adelantó.

—Bien, tú ganas, Sophia.

Dijo Antonella, deteniéndose en la puerta.

>>—Ve a Florida con tu familia por un par de semanas. Descansa, piensa las cosas, y después tienes que volver hasta que finalice el contrato.

—Pero…

—Volverás, no hay discusión. Y no lo dudes, si no regresas, iré a buscarte y te traeré a la fuerza. ¿Me comprendes?

— ¡Eso es tiranía!

—Llámalo como quieras.

Y con esa afirmación la dejo sola en la habitación.

CAPÍTULO 18

A la mañana siguiente se encontró con Sandler, un boleto de avión y una maleta. Pensar en que Sandler empacó su maleta la hizo sentir un poco incómoda… muy incómoda de hecho, pero no tan incómoda como el ambiente entre ella y Antonella esa mañana. O mejor dicho, desde anoche. Después de cenar en absoluto silencio, Antonella se encerró en su despacho y no la había vuelto a ver hasta esa mañana cuando entró en la habitación y le anunció que su vuelo salía a las once de la mañana. Después la había vuelto a dejar sola para encerrarse en su estudio. ¿Ahí había dormido anoche o en la habitación de invitados? ¿Siquiera había dormido algo?

Sintió un extraño vacío en el vientre mientras llegaba el momento de partir. Sandler la llevaría al aeropuerto y lo único que le quedaba era despedirse de Antonella.

Despacio, se acercó al estudio. Llamó a la puerta y la abrió antes de poder arrepentirse. Antonella estaba de pie, junto al escritorio, revisando unos documentos que iba a guardar en el portafolios que estaba sobre la mesa. Ella estaba lista para ir a trabajar, con una hermosa falda con mucho vuelo color morado, una blusa blanca y tacones altos; su cabello estaba sujeto elegantemente. En cambio, ella vestía ropa deportiva, que fue lo primero que tomó de su maleta. Antonella la miró cuando se detuvo a poca distancia de ella.

—Quería darte las gracias.

Dijo Sophia.

— ¿Por qué?

—Por dejarme marchar.

Contestó con voz tranquila, sin poder evitar mirarle con ojos llenos de deseo.

— ¿Qué es lo que quieres, Sophia?

Le preguntó Antonella.

>>—¿Qué te ruegue que te quedes? ¿Palabras de afecto?

Sophia se quedó inmóvil sin saber qué hacer, mientras Antonella se dirigía hacia la puerta. ¿La besaría? De repente, lo deseó, pero ella no parecía tener la menor intención de hacerlo. En el más absoluto silencio e incómodo momento, salieron del estudio y se encontraron con Sandler esperando. Antonella le dio un par de indicaciones sobre tareas a realizar una vez que dejara a Sophia en el aeropuerto. Después los tres salieron del departamento sin siquiera mirarse los unos a los otros. Sandler estaba tenso como una cuerda y no lo culpaba; el pobre estaba envuelto en este drama.

Una vez que salieron del elevador, sin mirar atrás, Antonella Lennox salió primero, se dirigió a paso firme a su auto y, sin mirar hacia su dirección, se marchó.

Sophia trató de fingir entusiasmo al llegar al aeropuerto. Sandler aparcó el coche y sacó las maletas, acompañándola hasta la terminal de pasajeros. Mientras esperaban para facturar el equipaje, se dijo que había luchado tanto para irse que, en ese momento, no podía creer que quisiera quedarse. ¿Deseaba hacerlo? ¡Oh, Dios, debía estar volviéndose loca!

—Adiós, Sandler.

—Que tenga buen viaje, señorita Brown.

Impulsivamente, Sophia se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Dejando al pobre hombre bastante sorprendido.

—Cuida a Antonella por mí.

Le salieron las palabras sin darse cuenta y le tembló un poco la boca, comprendiendo lo que acababa de decir.

El viaje fue tranquilo y se sintió aliviada al descender, aunque sólo fuera para estirar las piernas después de tantas horas en el aire. Por algún motivo, había esperado encontrar la casa exactamente igual; sin embargo, percibía una extraña sensación de vacío.

Lo que fue su hogar toda la vida estaba descuidada; era más que obvio que su padre y su hermano no pensarían mucho en darle mantenimiento al hogar donde vivía; esa siempre fue tarea de su madre y de Sophia.

Sophia recorrió la casa y los jardines secos y sin podar; hacía semanas que se había ido, pero era como si hubieran pasado muchos años. Deseaba experimentar lo mismo de antes, sentir que este era su lugar, su hogar.

De pronto, se sintió intranquila, entró de nuevo en la casa y se dirigió al teléfono, para avisarle a su padre y a su hermano de que estaba ahí y que ella prepararía la cena.

Su padre no recibió la noticia con entusiasmo; seriamente le informó que tendrían una larga charla esa noche. Su hermano, en cambio, llegó a los treinta minutos y la abrazó aliviado. Estaba feliz por verla y hubiera sido un hermoso sentimiento, si él inmediatamente no se hubiera soltado a contarle un montón de quejas sobre la oficina y su padre y declarado lo aliviado que estaba porque ella regresó, ya que estaba seguro de que con ella ahí, Sophia se haría cargo de todo y él podría volver a tener un poco más de libertad.

Sophia enfureció, dándose cuenta de que la alegría de su hermano, no era porque extrañaba a su hermana, sino a la esclava que siempre le solucionaba todo. Y esa situación fue más obvia cuando le dijo a su hermano que no estaba ahí para quedarse definitivamente, solamente estaba de paso un par de días Albert se enloqueció llamándola egoísta. Para él, no era justo que Sophia estuviera divirtiéndose en Nueva York y él tuviera que sacrificarse por la empresa.

Las reclamaciones aumentaron esa noche cuando su padre volvió a casa. Seguía aún molesto porque Antonella Lennox había restringido sus funciones en la dirección; él consideraba que era su empresa, por lo tanto Sophia no tenía derecho a representarla. A su padre no le importaba que fuera un acuerdo comercial; para él, Sophia era una hija malagradecida y egoísta. Esa noche, no cenó nadie.

Además durmió con sueños que la atormentaron y a la mañana siguiente se sintió más cansada y estresada que nunca. Durante la primera semana, se dedicó a ordenar la casa, a intentar arreglar las cosas con su padre y hermano y a hacer visitas y a disfrutar del placer de volver a ver viejas amigas, visitando lugares conocidos, pero a pesar del esfuerzo comprendió que estaba tratando de revivir el pasado y que eso era imposible.

Su vida había cambiado. Ella había cambiado, se dijo con tristeza. Esa casa no era su hogar y ya no pertenecía a este lugar por más que intentara arreglar las cosas.

Antonella nunca le llamó o le envió un mensaje. Por lo tanto, Sophia tampoco lo hizo, aunque su imagen parecía perseguirla, dominando su mente por completo, y llegó un momento en que no podía pensar más que en ella. Las noches eran lo peor, pues permanecía despierta recordando lo que había sentido en sus brazos y experimentaba una emoción tan intensa que la consumía y le resultaba insoportable. Se dijo una y otra vez que eso era lujuria. ¿Estaban relacionados entre sí el deseo y el amor? Se sintió tan confundida, que ya no podía ni pensar. Se

convenció de que si eso no era amor, lo parecía. Se sintió mareada, desolada y triste.

Para cuando tuvo que volver, la relación con su familia, aunque aún tensa, por lo menos parecía que llegó a un entendimiento, al menos con un miembro de su familia. Su padre comprendió que si no se resignaba y aceptaba el acuerdo de Antonella Lennox, la empresa familiar desaparecería y ellos terminarían en la calle. Aun así, advirtió a Sophia que no podía tomar ninguna decisión a nombre de la empresa sin consultarlo con él.

Su hermano, por otra parte, en los últimos días ni le dirigió la palabra y ni siquiera se quiso despedir de ella. Seguía realmente frustrado porque sus sueños no estaban funcionando. Sophia se preocupaba por Albert, pero tampoco seguiría hallándose, ya que su hermano madurara y comprendiera la situación; entonces que él intentara contactarla.

Al llegar al aeropuerto, sus ojos impacientes recorrieron la multitud de familiares, amigos y enamorados que esperaban, a los recién llegados. Se avergonzaba de admitir que ella esperaba una buena bienvenida. Buscó con desesperación una cara familiar, que era la que más deseaba ver. Quizá había llegado tarde o el avión se había adelantado. Su corazón cayó a sus pies cuando vio a Sandler y descubrió que estaba solo.

Sintió un dolor agudo en el corazón y le costó bastante trabajo aparentar serenidad, mientras Sandler la llevaba en el auto. ¿Por qué tenía que sufrir ese conflicto de emociones? <<*¡Oh! Maldita Antonella*>> se dijo, irritada. Si hubiera estado en el aeropuerto, no habría podido evitar correr hasta ella y abrazarla. Todo el camino se autoreprochó lo estúpida que era. Tal vez en estas dos semanas, Antonella ya había recapacitado y ya no le importaba lo que hiciera Sophia.

Cuando el coche se detuvo, se dio cuenta de que Sandler no la había llevado a su departamento, sino al edificio de Antonella. En el momento en que Sophia bajó del auto, las puertas del edificio se abrieron. Se quedó paralizada al observar que era Antonella quien estaba saliendo a recibirla. Llevaba puesto un traje negro, de pantalón y chaleco que se le ajustaba perfectamente al cuerpo y sus tacones altos. Tenía la apariencia de una mujer profesional relajada y satisfecha que acaba de volver a casa después de gobernar al mundo. No pudo decirle nada de lo que había pensado, solo se quedó inmóvil, mientras él se acercaba.

—Bienvenida.

—Hola, Antonella.

La expresión de su rostro era indescifrable, al tiempo que se aproximaba para sujetarla de la mano y juntas entrar en el edificio, pero no hizo ningún esfuerzo por besarla.

— ¿Tuviste un buen viaje?

—Sí, gracias.

En silencio, subieron al elevador y entraron al departamento. Sophia sentía el corazón en los oídos. No sabía cómo actuar.

— ¿Quieres beber algo para refrescarte?

Le sugirió cuando entraban. Ella dudó un momento y después hizo un movimiento afirmativo. El alcohol tal vez le daría valor. ¡Necesitaba algo para calmar los nervios! Antonella se dirigió hasta el bar, sirvió un whisky para ella y para Sophia una copa de vino, para después regresar a donde ella se encontraba.

—Gracias.

—Imagino que habrás disfrutado de tus vacaciones. Ni siquiera tuviste tiempo de mandarme un mensaje aunque sea.

Sophia bebió un sorbo y contestó:

—Tú tampoco llamaste.

— ¿Te ha resultado sencillo volver a la vieja rutina?

Antonella evadió su ataque con otra pregunta.

—Extrañaba a mi familia y me dio gusto ver a mis viejas amistades.

—Y por las noches, ¿salías?

Si no le conociera mejor, podría decir que estaba celosa. Sin embargo, pensar eso era una locura... ¿O no? Perdiendo el temor, agregó para molestarle:

—Todas las noches. Y he asistido a fiestas muy divertidas, que duraban hasta el amanecer.

La mirada de sus ojos se endureció de tal forma, que la asustó, aunque su voz era suave como la seda.

—No pensé que fueras tan buena mentirosa. Hasta que te conocí, no eras más que una solterona ermitaña. No tenías una vida ahí, eras esclava de tu familia.

Comentó exagerando. Sophia cerró los ojos para no verle y después los abrió temerosa. Era cierto todo lo que decía, pero no era para que se lo echara a la cara. Se produjo un largo silencio; Antonella dejó su vaso sobre la mesa y se acercó. Sin saber por qué, sintió que la dominaba la ira.

—No puedo imaginar que te hayas quedado melancólica en casa, durante mi ausencia. Estoy segura de que Christine Armenta habrá buscado muchas formas de hacer que la disculpes. Y seré una solterona, pero no una ignorante; seguramente hay más amantes por ahí rogando tus favores. ¡Sólo Dios sabe cuántas más habrá!

—Hice un trato con Ricardo: o enviaba a su hermana lejos de aquí o comenzaría a liquidar nuestra sociedad. Christine está en Madrid.

Replicó ella secamente.

>>—Y si no recuerdo mal la última amante que me llevé a la cama fuiste tú. No estoy interesada en otra mujer en este momento.

Los ojos de Sophia lanzaron destellos de irritación.

— ¿Y eso cuánto tiempo durará? Porque solamente soy una de tantas, ¿cierto? Soy tu obsesión más reciente. ¿Cuánto tiempo pasará para que te aburras? ¿Para cuándo terminé el año que prometí quedarme?

Se tornó más dura la expresión del rostro de Antonella y se notaba un tono burlón en su voz.

—¿Qué tan malo te ha resultado ser mi amante?

Antonella movió las manos alrededor.

>>—Todo lo que quieras te lo puedo comprar, ni siquiera necesitas trabajar.

—Oh, sí.

Reconoció con amargura.

>>—Solamente necesito ser tu puta, complacerte en la cama y rogar que no te canses de mí.

Turbada, sintió el ardor de las lágrimas en sus ojos y huyó, deseando salir de ahí y alejarse de ella, antes de romper a llorar. Pero no llegó a la puerta antes de que Antonella la detuviera. La sujetó fuertemente de la mano.

— ¡Déjame!

Gritó intentando zafarse, pero Antonella no se lo permitió y tiró de ella por el pasillo hasta la recámara principal.

>>—¡Ya basta, me largo de aquí! No quiero volverte a ver.

Sin decirle una palabra, Antonella la empujó hacia la cama. Sophia luchó por levantarse; sin embargo, Antonella la sujetó por la espalda y sujetó sus manos para que no intentara golpearla. Sophia estaba furiosa, extrañada de su reacción y de la violencia que sentía; ella nunca fue una persona agresiva. Siempre fue de las que pensaban que la violencia no era justificada en absoluto.

— ¡Ya cálmate, Sophia!

Exclamó con poca paciencia. Tenía la respiración agitada y le miró furiosa.

—Siempre ganas, ¿no es cierto?

—No siempre.

—No te creo, eres invencible. Eres cruel y solamente te gusta jugar con las personas.

Pudo ver una expresión cínica e irónica en el rostro de Antonella.

—Las apariencias engañan.

Sus ojos permanecieron clavados en los de ella y sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿Por qué me haces esto? Yo no quería venir aquí en primer lugar. Me obligaste a quedarme en la ciudad; todo este tiempo solamente me provocas, me haces…

Susurró, temblorosa.

>>—Yo vivía en paz en mi miserable mundo ¿Por qué? ¿Por qué tenías que intervenir en mi vida? ¡¿Por qué?!

Sophia ya no podía ver con claridad a causa de las lágrimas. Antonella suspiró y la atrajo contra sus brazos.

—Esperaba que lo hubieras adivinado a estas alturas.

Se quedó vacilante y silenciosa, mirándole con ojos suplicantes para que le diera alguna indicación, pero Antonella prefirió ignorar su súplica.

—Creía que todo lo que quería, se encontraba en Florida.

— ¿Y no es cierto?

—No.

— ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

Preguntó Antonella con calma.

—Tú.

Era como si hubiera estado armando un gigantesco rompecabezas, y de repente, las piezas que faltaban hubieran quedado en su lugar. Sophia volvió a sentir un intenso deseo de llorar.

>>—No debías haberme dejado ir.

—Necesitabas resolver esto por tu cuenta.

Antonella contestó y un frío estremecimiento de temor le recorrió la espalda.

—Yo quería odiarte por haberme obligado a quedarme. Al principio lo logré y no sé cuándo comenzó el cambio. Era como estar entre el calor y el frío. Me confundías. Eras dura, pero al mismo tiempo esos momentos que pasamos…

Le miró a los ojos y, armándose de valor, continuó:

>>—Estoy aún más confundida. Quieres que te lo diga todo ¿no es cierto? Te quiero. ¿Qué más deseas? ¿Qué te suplique?

— ¿Lo harías?

— ¿Es necesario?

Preguntó a punto de llorar. ¿Por qué el amor tenía que ir acompañado de tanto dolor? ¡Por Dios, se había enamorado de una mujer! ¿Qué tan raro era eso? Ella ni siquiera pensó en enamorarse en alguna ocasión, mucho menos de alguien de su mismo género. La mano de Antonella le levantó la cara, por lo que no tuvo otra alternativa, que mirarle a los ojos.

—Creo que ahora debes demostrarme algo de ese amor del que me hablas.

— ¿Para qué?

Gimió Sophia.

>>— ¿Para qué después me rechaces?

— ¿Eso es lo que crees?

Muy pálida, le miró en silencio. Estaba cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. Una palabra caería en sus redes, pero, si ella la rechazaba, sabía que se moriría. Despacio, Sophia le pasó los brazos por el cuello, haciéndole inclinar la cabeza. Buscó su boca y le ofreció sus labios.

—Te quiero, mucho más de lo que te mereces.

Dejando escapar un suspiro, Antonella la estrechó contra su cuerpo y después apresó su boca con una pasión que no le dejó dudas, y disfrutó de la fuerza de sus brazos, de la intensidad de su excitación, mientras Antonella la besaba hasta casi dejarla sin aliento. Con mucha ternura, fue desabrochándole los botones de la blusa para dejar libre la piel sensible de su pecho. Muy despacio, le quitó el sujetador y le acarició los senos. A su vez, Sophia le quitó el chaleco, la camisa en unos segundos y le exploró el cuerpo con sus dedos.

—Ya no te muestras tímida…

Gruñó Antonella, con una sonrisa desdeñosa.

>>—Eso me gusta.

—Aún me falta experiencia…

Murmuró Sophia, sonrojándose.

—Practicaremos, no te preocupes.

Dijo Antonella con ojos llenos de pasión. Antonella acabó de desnudarla, la llevó a la cama y ella se quitó también toda la ropa. Sophia le pasó las manos por detrás de la cabeza y le besó, feliz de tomar la iniciativa, hasta que Antonella se hizo cargo de todo. Antonella se tendió sobre ella y presionó sus labios contra la suave piel de debajo de sus senos, le besó cada costilla y hundió la lengua en su ombligo; a continuación, le chupó el vientre, dejándole allí una señal amorosa.

>>—De hoy en adelante no te permitiré irte otra vez…

Murmuró Antonella mientras sus labios seguían la línea de sus caderas. Al parecer, el suspiro de placer de Sophia era todo el estímulo que necesitaba para besarle una pierna y luego lamerle lentamente el interior de la otra, dibujando húmedos círculos con la lengua. Cuando llegó al tierno lugar que ella sentía henchido y palpitante, echó su cálido aliento sobre su mismo centro, mientras el cuerpo de Sophia reaccionaba tensándose como la cuerda de un arco.

>>—Dices que soy tu carcelera ¿Cierto? Bien, serás prisionera en mi cama para siempre.

El tono posesivo y peligroso de Antenilla pasó por alto en los oídos de Sophia. ¿Cómo podía ir contra esa orden? La deseaba y Antonella también; nada más importaba. Entonces Antonella posó la boca contra su dolorido núcleo y ella se inquietó y murmuró una protesta.

>>—Te mantendré en cautiverio solamente para mí, Sophia. Prepárate.

Antonella alzó sus nalgas con las manos y profundizó el beso, mientras la acariciaba con los labios, con la respiración, con la lengua, hasta que ella estuvo temblando de necesidad. Un roce más de su lengua y ella gritó. Palpitó violentamente contra su boca mientras surfeaba las olas del éxtasis; Sophia se entregó a sus íntimas caricias, ofreciéndole más de sí misma. Sophia respiraba con dificultad, desfallecida. Por fin se detuvieron las convulsiones y su respiración se aligeró. Yacía tendida, completamente confusa, mientras se acomodaba entre sus piernas y acercaba su vagina hacia ella. Sus coños se frotaron juntos. Sophia jadeó al sentir la suavidad y humedad del coño de Antonella, frotándose contra su hipersensible centro. Antonella comenzó a moverse, apremiándola a que la siguiera con eróticas palabras. Sophia se adaptó a su ritmo, se frotó contra ella y dejó que la guiaran sus instintos. Con el cuerpo latiendo y el corazón acelerado, aguardó con ansiosa expectación mientras Antonella no dejaba de moverse. Fue fantástico ver cómo sus rasgos se distorsionaban a causa del placer. A medida que su cuerpo arremetía y se movía, sus gemidos se hacían más intensos.

>>—¡Oh sí, me encanta follarte!

Murmuró Antonella con éxtasis.

>>—¿Puedes alcanzar de nuevo el clímax, Sophia?

No hubo respuesta. Sophia no podía respirar, mucho menos hablar. Agobiada por nuevas sensaciones, olió la pasión que las rodeaba y sintió cómo Antonella se movía contra su cuerpo, convirtiéndose en parte de ella, acariciándola, tocándola en todos aquellos lugares que le daban placer. Cada vez que ella embestía contra Antonella, provocaba en ella una nueva sensación, haciendo que sintiera algo distinto.

>>—Estoy casi a punto, Sophia… No me hagas esperar demasiado.

Ella empujó de nuevo, moviéndose más deprisa y más duramente hasta que algo cedió dentro de ella. Contuvo la respiración, segura de que moriría de placer, y luego estalló. Desde algún lugar lejano le oyó pronunciar su nombre y la sintió estremecerse y retirarse. A continuación se desplomó junto a ella, con el pecho jadeante y la respiración saliendo de su boca sonoramente.

Pasaron segundos hasta que, movida por la necesidad y el anhelo, Sophia se acercó junto a ella. Antonella no se opuso a su cercanía; al contrario, se giró de costado y colocó la cabeza bajo el cuello de Sophia. Esto era nuevo… Habían tenido sexo antes, pero nunca Antonella había sido tan… tierna.

>>—Insistí en que te quedaras aquí con un objetivo fijo.

Reconoció con cuidado.

>>—Quería que abrieras los ojos, quería quebrantar tu lealtad. Muchas personas no se lo merecen.

Su tono duro demostraba el desprecio que sentía por muchas personas que seguramente le hicieron daño en el pasado, para comenzar su propia familia.

>>—Me dio curiosidad y coraje, ver como las personas con las que eres más leal poco te apreciaban. Quería que reaccionaras y conocer mejor el motivo que te impulsaba a ser tan indulgente con ellos. Con arrogancia, pensé que podría utilizar la persuasión para hacer que te quedaras conmigo, que me brindaras la misma lealtad a mí.

Alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

>>—Y una vez que te conocí más y más, ya no quise que te alejaras. En cuanto al amor... Hasta ese momento, nunca había creído en él. Además en la cama nos acoplábamos físicamente.

Pudo ver un profundo deseo en sus ojos, mientras le acariciaba con las manos la espalda. Sophia se mordió el labio.

—¿Solamente quieres mi lealtad?

—Ya no. Deseó más. Y ya has confesado lo que sientes por mí. Eso significa mucho más que solamente tu lealtad.

Sophia sentía la cara roja.

—¿Pero cómo funcionaría? Soy mayor que tú.

Dijo con pesar.

—Solo tienes treinta años.

Protestó ella.

—Muchos años más que tú. Además, tú eres dueña de una gran industria y yo no tengo nada que ofrecer…

Con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo que yo exigiré de ti es mucho más valioso que todo mi dinero. Créeme, no es fácil convivir conmigo; soy posesiva, celosa, complicada, arrogante, entre muchos otros defectos,

pero yo presiento que tú serás la única que podría contenerme y no saldrías huyendo si me amas lo suficiente.

Sophia sentía su corazón acelerado.

—Hablas de ti misma como si fueras mala persona y no es así…

—Es que no me conoces lo suficiente.

Antonella besó la palma de su mano. Sophia colocó esa mano en su mejilla.

—Me enamoré de ti sin darme cuenta, Antonella, créeme, ahora que pude analizar las cosas, me doy cuenta de que, aunque pensé que era tu prisionera, lo que en realidad hiciste fue liberarme…

La boca de Antonella se apoderó de la suya, dura, posesiva, buscando borrar toda incertidumbre y dolor, estableciendo su demanda para pasar toda la vida juntas, a la cual no tenía intenciones de renunciar.

Las manos de Antonella se movieron por sus muslos; esta vez no se detuvieron en su clítoris, sino que deliberadamente dos dedos penetraron su canal. Sophia sintió unas oleadas de calor que la hicieron estremecer. Empezaron a temblarle las piernas y sintió una extraña tensión en el vientre. Sophia sujetó la muñeca de Antonella. No sabía si quería hacerla parar o urgirle a que siguiera. Y entonces, Antonella se detuvo y la miró a los ojos.

—No pares.

Se quejó.

—¿Quieres que te folle, Sophia?

Sophia jadeó ante la pregunta.

>>—Si, si quieres. Se te ha oscurecido la mirada, Sophia. Lo deseas, no lo niegues.

Tragó saliva. Cada vez le resultaba más difícil respirar y mucho más pensar con claridad o pronunciar la palabra. Estaba tan avergonzada.

—Antonella…

Susurró desviando la mirada. Antonella, por su parte, rió; estaba disfrutando de su incomodidad. Retirando los dedos, salió de la cama apresuradamente. Entró en el vestidor y pronto regresó colocándose el arnés con el dildo en forma de pene. Un dildo bastante realista a consideración de Sophia. Cuando volvió a la cama, Antonella hizo girar a Sophia para que se colocara boca abajo.

Sophia arqueó su espalda desnuda; Antonella se colocó detrás de ella y aferró sus caderas, observando su clara piel enrojecerse bajo sus dedos.

—¿Preparada, Sophia?

Preguntó sin esperar respuesta en realidad. Con un movimiento de su pelvis, empujó lentamente la polla de silicona dentro de ella. Sophia gruñó. Antonella apretó los dientes. Para Antonella, el impulso de moverse, el impulso de tomarla, era irresistible. Pero no se movió. Se quedó quieta, con sudor goteando de su frente. Sophia gimoteó, sonando aturdida.

—Muévete.

Susurró Sophia retorciéndose. Estaba frustrada mientras movía sus caderas impacientemente. Sophia hizo un ruido gutural. Se preparó ella misma, aspirando aire contra la almohada, y luego golpeó sus caderas hacia atrás. Eso rompió el autocontrol de Antonella; apretó los dientes. Antonella se alzó un poco más sobre el cuerpo de Sophia, de forma en que su pecho estaba presionando contra la espalda de Sophia, por lo que estaba cubriéndola completamente, y luego embistió con sus caderas hacia el frente. Sophia dejó escapar un gemido profundo y se relajó mientras Antonella se hacía cargo, golpeándola y moliéndola contra el colchón con cada golpe.

Sophia no era muy ruidosa, pero dejaba escapar una cadena casi constante de gemidos mientras Antonella mecía sus caderas en su contra sin piedad. Amaba la visión del dildo desapareciendo en el húmedo canal de Sophia. Antonella gruñó con su boca en la nuca de la chica. Le gustaba cuán pequeña era Sophia, su cuerpo fácilmente accesible en todas partes. Mordió el lóbulo de la oreja de Sophia. Deslizó el dildo hacia fuera y se enterró de golpe nuevamente. Antonella gimió, enterrando la cara en la almohada y levantando más alto el trasero.

—¿Te gusta, Sophia?

Preguntó provocativamente.

—Sí.

Murmuró ella.

>>—No pares.

Antonella no pretendía hacerlo. No estaba segura de poder hacerlo si quisiera; todos sus sentidos estaban centrados en ella y en los gemidos y gruñidos lascivos de Sophia. Sus gemidos aumentaban con cada embestida.

Sophia decía palabras intangibles entre gemidos mientras Antonella mantenía el ritmo. Deslizando su mano bajo Sophia, Antonella acarició su clítoris al tiempo que embistió tan fuerte dentro de ella. Sophia gritó y se corrió. Tembló por un largo rato, aturdida y bien follada, y Antonella la folló más a través de su orgasmo, provocando que su placer se aplazará. Sophia cayó agotada, saciada y con poca fuerza. Mientras el sueño la envolvía, pareció escuchar que Antonella la llamaba suya con posesividad y le ordenaba que se quedara con ella para siempre al tiempo que besaba su hombro. Pero tal vez fue solamente su imaginación.

CAPÍTULO 19

Un nuevo día inició y con ello el reto nuevo de Sophia comenzó. ¿Qué hacer a partir de ahora? Después de dos semanas de estar ausente, era más que obvio que no sería apropiado que de buenas a primeras se presentará de nuevo en la empresa. Incluso cuando Sophia le preguntó a Antonella sobre si era necesario presentar su renuncia formal, ella con un gesto de la mano, le dijo que no se preocupara por pequeñeces. Que por algo sería una ventaja ser novia de la dueña. ¡Novia! Ni siquiera hablaron de ser novias. Bueno, eran tiempos diferentes; ella recordaba que en el pasado sus escasos novios le pidieron ser su novia. Obviamente no esperaba que Antonella se lo preguntara, después de todo ya no estaban en esa edad de coqueteos, pero resultaba raro.

Respecto al trabajo, continuaba haciendo las labores sobre la empresa Brown desde casa; Antonella no le pedía nada más y tampoco Sandler le enviaba más trabajo como antes. Respecto a la vivienda, ahora vivía con Antonella; se había mudado "*no formalmente*", ya que desde que había regresado días atrás, Sophia no había necesitado ir a su antiguo apartamento y tampoco Antonella le había pedido que se marchara.

—Cualquier cosa que estés pensando debe ser bastante interesante.

Cuestionó Ángelo mientras le entregaba una taza de café. Acaban de salir de la notaría para ratificar el acuerdo comercial de la empresa Brown. Se habían detenido de camino por una taza de café.

—Poner en perspectiva mi vida no está resultando ser tan fácil como imaginé.

Confesó. Ángelo rodó los ojos.

—Y si eso incluye a Antonella Lennox, por supuesto que es todo menos fácil.

Sophia rió.

—A veces hablas como si no la soportaras, pero me consta que son buenos amigos.

Ángelo se encogió de hombros.

—Ella no es fácil de tratar y dudo mucho que me considere su amigo, pero confía en mí. Ella valora mucho la lealtad. Y yo le debo la vida.

Sophia ladeó la cabeza.

—¿Te salvó la vida?

Él miró al cielo.

—En teoría, así fue. Yo era nuevo en la carrera con demasiada competencia y demasiadas deudas universitarias. De no ser porque confió en mí y en mi potencial, quién sabe si hubiera logrado conseguir un buen trabajo.

—Eres un abogado con mucho potencial; seguramente hubieras estado bien.

Ángelo hizo una mueca.

—Tal vez, pero eso nunca lo sabremos. Yo valoro la oportunidad que me dio, por eso jamás la traicionaría.

Sophia sonrió melancólicamente.

—Entiendo lo que dices. Creo que Antonella también me salvó de mí misma.

Miró al cielo.

>>—Ahora solamente me falta decidir que deseó hacer a partir de ahora. No quiero ser una novia mantenida.

Ángelo rió.

—Ella se molestará si te escucha hablar así. Voy a traer el coche.

De camino a casa, Sophia revisó su lista. Quería comprar algunas cosas; solamente tendría que averiguar cómo trasladarse del departamento de Antonella al centro comercial al más cercano. Tenía que averiguar si podía usar el metro o tomar el autobús.

Una vez que Ángelo la dejó en el edificio, Sophia llamó a su padre para informarle que todo salió bien en la notaría. Aun así, la molestia era perceptible en la actitud de su padre, pero por lo menos en esta ocasión se mostró cooperativo y se comprometió a que esa misma semana le enviarían los informes que solicitó para el balance de ese mes. Pasando a temas familiares, su padre se quejó de Albert y lo mal que era su actitud últimamente. Llegaba bastante borracho a casa o simplemente no lo veía durante días. Sophia prometió que intentaría razonar con Albert más tarde.

A las tres de la tarde, llegó a buscarla Sandler; le había llamado una hora antes para avisarle que necesitaba llevarla a un lugar por orden de Antonella. Ella había fruncido el ceño; Antonella ni siquiera le había llamado en todo el día.

Al cuestionar al asistente sobre el lugar al que irían, él se limitó a decir que eran órdenes de la señorita Brown.

— ¿A dónde vamos?

Le pareció razonable preguntárselo al ver que Sandler se dirigía hacia una ruta desconocida.

—Casi hemos llegado.

Era un concesionario de autos, en el que la estaba esperando un todoterreno último modelo de color plateado.

— ¿Me está tomando el pelo?

—Es suyo.

Sandler sonrió al ver su incredulidad.

>>—A no ser que prefiera otro color.

— ¿Es mío? ¿Así de fácil? ¿Qué diablos piensa esa mujer? Es un maldito coche, y yo no se lo he pedido.

Sandler parecía incómodo. Sophia respiró profundamente; no tenía por qué desquitarse con el pobre hombre. Él se aclaró la garganta.

—¿Le gustaría probar el coche?

Sophia dudó. Sabía manejar, pero nunca se imaginó conduciendo en esta ciudad.

— Dime que el auto está asegurado por las dudas.

Sandler abrió los ojos como platos.

—En su hoja de vida dice que tiene licencia de manejo; pensamos que sabía conducir…

—Sé hacerlo, pero esta ciudad es abrumadora, no me molestaría seguir tomando el autobús…

—¿Quiere llamarle a la señorita Lennox? Tal vez decida que lo mejor sea un auto con chofer que…

—¡No!

Interrumpió.

>>—Conduciré.

No teniendo más remedio, subió al auto. No tenía por qué mentir; una parte de ella estaba emocionada, jamás había tenido un auto. El motor arrancó con apenas un susurro y lo condujo hasta el edificio de Antonella; el auto tenía GPS, así que no fue nada complicado.

Cuando llegó a casa, Sophia subió deprisa las escaleras y se duchó. Al salir del cuarto de baño, Antonella se estaba desvistiendo. El corazón se le aceleró.

— ¿Qué tal te ha ido hoy?

Preguntó Antonella mientras se quitaba las horquillas del cabello y dejaba los tacones sobre la alfombra.

—¿Con el notario? Todo bien.

Lo miró a los ojos.

>>—Me has comprado coche.

Dijo en tono de acusación. Antonella se encogió de hombros.

—Es un objeto de primera necesidad en esta ciudad. ¿No te ha gustado el modelo?

—No es eso…

Dijo, frustrada.

>>—Es mucho dinero.

Antonella se acercó a ella.

—Eso no importa, solamente debes agradecérmelo.

Le dijo con voz burlona.

>>—Tal vez me conforme con un beso.

Sophia no dijo palabras; un beso era algo sencillo. Al menos eso pensó. Pero a Sophia no le bastó el casto beso que pensaba darle, sino que se puso de puntillas e introdujo la lengua en su boca y atrajo la lengua Antonella a la suya. La saboreó y exploró, e inclinó el cuello hacia un lado para besarla mejor.

Las manos de Antonella se posaron en sus nalgas, la pegó contra la pared para levantarla y que Sophia entrelazara las piernas alrededor de su cintura.

La potencia de Antonella la dejó sin aliento. Gimió cuando sus dedos buscaron su centro íntimo, exploraron su clítoris sensibilizado y la condujeron, con habilidad, al orgasmo. Antonella hundió la boca en la de ella, tragándose su grito y abrazándola hasta que su excitación disminuyó.

—No es justo.

Atinó a decir, temblorosa.

— ¿Por qué?

Sus labios le rozaron la frente.

—Porque sólo he gozado yo, tú no.

— Puedes devolverme el favor después de la cena.

No era más que un juego, y Sophia lo siguió riéndose.

— Tal vez lo haga.

Apretó sus labios contra los de Antonella, luego se echó hacia atrás y le bailaron los ojos con picardía.

Cenaron en la mesa de la cocina. Antonella tenía una persona que iba tres veces por semana a realizar el aseo de la casa y dejar la cena lista. Antonella le informó que ahora que estaban las dos, tendrían que hacer cambios en el personal. Sophia se ofreció a cocinar; no hacía falta que contratara alguien de planta.

Era sumamente raro estar conversando de este tema; parecía tan natural, como si ambas estuvieran conscientes de estar en una relación sentimental a largo plazo. Al menos era la

creencia de Sophia. ¿Por cuánto tiempo? Antonella no había declarado en voz alta que estaba enamorada de ella. La deseaba, eso era claro, ¿pero el deseo era tan fuerte como el amor? Ninguna de las dos cosas presagiaba que fueran a vivir felices y a comer perdices.

Se sorprendió al reconocer que lo quería todo: su amor, su fidelidad. Sophia podía ir en serio y podría amarla en cuerpo y alma. ¿Y ella? Pensar que ella no sentía lo mismo le producía un dolor insoportable, y volvió a jurarse que viviría el momento en vez de angustiarse por el futuro y lo que le pudiera deparar.

—¿Cómo fue el trabajo?

Cuestionó Sophia.

—Igual que siempre, lleno de problemas.

Antonella se recostó en la silla y la miró pensativa.

>>—Reuniones, llamadas telefónicas, negociaciones, mediaciones… Tengo que viajar a Denver mañana.

Se encogió ligeramente de hombros. A Sophia se le oprimió el corazón. ¿Viajar? ¿Y se lo decía tan despreocupadamente? Antonella parecía bastante despreocupada y cómoda después de haber cambiado por ropa deportiva. Sí, parecía despreocupada y relajada ante una comida agradable y una copa de vino, sin nada que la importunara mentalmente más que pasar tiempo con su nueva amante. Pero, incluso relajada, seguía desprendiendo la fuerza y la capacidad de observar una mujer empresaria que había visto mucho y sobrevivido en lugares que no frecuentaría la gente respetable, donde la única regla era la supervivencia.

— ¿Cuántos días durará tu viaje?

—Tres días, cuando mucho.

Antonella se llevó la mano al hombro y movió el cuello como si le doliera.

— Pareces cansada. ¿Te gustaría un masaje?

Antonella enarcó su perfilada ceja.

— ¿Sabes dar masajes?

—Sí, en los últimos meses de la enfermedad de mi madre, tenía fuertes dolores en sus articulaciones; estudié un poco en algunos libros para ayudarla a relajar los músculos de su cuerpo…

— Eso suena interesante.

A Antonella le brillaban los ojos con malicia.

>>—Me gustaría recibir sus atenciones, señorita Brown.

—Hecho.

Se puso de pie y le dijo a Antonella que fuera a la habitación en unos minutos. Hora y media después, Antonella entró en la habitación. Estaba débilmente iluminada, sonaba música de piano y había un ligero olor a incienso. La ropa de cama había sido apartada; sólo quedaba la sábana que estaba cubierta por gruesas toallas.

—Tienes que desnudarte.

— ¿La demostración no incluye que me desnudes tú? ¡Qué lástima!

Se quejó Antonella. No tardó mucho en desvestirse, aunque no se apresuró en hacerlo.

— ¿Qué tengo que hacer ahora?

Preguntó estando desnuda, sin ningún pudor frente a Sophia; en cambio, Sophia estaba sonrojada.

—Túmbate boca abajo.

Hizo lo que le decía con elegancia, y Sophia exhaló el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta. El aceite aromático que había encontrado en el baño, olía a frutas cítricas. Le

masajeó los hombros, los brazos, la cintura, las caderas, las nalgas y los muslos. Su cuerpo poseía belleza femenina y simetría. Era delgada y femenina. Espontáneamente, disminuyó el ritmo y comenzó a acariciarla. ¿Qué le sucedía, por Dios? En un principio no había pretendido seducirla. ¿Qué estaba haciendo?

—Ya le puedes dar la vuelta.

Trató de que su voz sonara normal. Se quedó sin respiración al ver sus pechos desnudos; estuvo a punto de echarse atrás. Pero siempre terminaba lo que empezaba. Se dijo que debía empezar por el pecho e ir bajando sin prestar atención a sus pezones erguidos. Todo fue bien hasta que llegó a la cintura, se detuvo en una cadera y luego en la otra, y escuchó el silbido de la respiración femenina cuando sus manos se posaron entre sus muslos. La tentación de juguetear y provocarla era irresistible, pero ya sabía cómo acabaría, y ella aún no había terminado. Le quedaban los brazos y las piernas, y el baño. Había que llegar hasta el final, no quedarse a medio camino. Antonella tenía los ojos cerrados. Cuando Sophia terminó, tapó el frasco de aceite y se secó las manos con una toalla.

—Ya te puedes levantar. Debes entrar en la bañera.

Sophia ahogó un grito de sorpresa cuando Antonella la agarró por la muñeca y la atrajo hacia sí.

Creo que te faltó masajear una parte. Antonella hizo que llevara su mano hacia su sexo, donde Sophia pudo sentir su vagina húmeda y caliente. Estaba roja como un tomate, tratando de parecer atrevida, pero lo cierto era que no tenía la menor idea de qué estaba haciendo.

Antonella sintió el violento estremecimiento de excitación cuando Sophia la hizo que se tumbara de nuevo y se colocó entre sus piernas. Esto parecía tan irreal para ella. Le había hecho tantas veces el amor; sin embargo, al verla ahora tan sexy, tan sensual y tan decidida, Antonella estaba siendo consciente de hasta qué grado estaba corrompiendo a esta mujer. Aun así, no apartó la mirada mientras Sophia inclinaba la cabeza hacia su hendidura.

Antonella lamió sus labios resecos. Gruñó suavemente cuando Sophia se sumergió en busca de la carne resbaladiza de entre sus piernas. Le introdujo la lengua, lamiendo y separando los sensibles pliegues; era la primera vez que ella la tocaba de esa forma, por lo general era siempre Antonella la que llevaba el mando en la cama. Las caderas de Antonella se agitaron nerviosas; su cuerpo, en silencio, pedía más. Era una sensación tan increíble.

—¡Joder, Sophia! Me estás volviendo loca.

La suavidad aterciopelada de la lengua de Sophia vibró sobre su clítoris hinchado; Antonella enterró la cabeza en la almohada.

>>—Sí. Así. Haz que me corra.

Y Sophia lo hizo, succionando de la manera más delicada y con un lametón enérgico. Antonella se retorció con las sacudidas del orgasmo, tensándose en lo más íntimo, temblando todas sus extremidades. Sophia le clavó la lengua en el sexo mientras se convulsionaba, estremeciéndose con aquella penetración superficial, queriendo que entrara más adentro. Sus gemidos vibraron contra su carne inflamada, haciendo que el clímax se prolongara. Sophia no se detuvo. Rodeó la trémula entrada de su cuerpo con la punta de la lengua y empezó a lamer su clítoris palpitante e introdujo dos dedos que se retorcían y la acariciaban. Estaba tan sensible que se revolvió contra las embestidas. Cuando acercó los labios a su clítoris y empezó a lamerla con movimientos rítmicos y regulares, volvió a correrse, gritando con voz ronca. Mientras Antonella intentaba recobrar algo de calma, Sophia se apartó y se tumbó a su lado. Inmediatamente, Antonella la estrechó con tanta fuerza que Sophia apenas podía respirar.

>>—Si empleas las manos así con alguien más, juro que te arrepentirás.

Le dijo con voz ronca. La tensión se podía cortar. Sophia se quedó inmóvil unos instantes. No se atrevía a moverse. Mantuvo los ojos fijos en los de Antonella, hechizada por una emoción que no quería definir.

— ¿A qué hora te vas mañana?

—Mañana, a primera hora. Puedes venir conmigo si lo deseas.

Sophia se vio tentada. Pero tenía que revisar la contabilidad del mes para su informe, además de que deseaba pensar en un plan de trabajo; deseaba emprender en algún proyecto que ella pudiera llamar suyo.

—Te voy a echar de menos.

Las palabras se le escaparon sin querer, y sintió la emoción correrle por las venas ante la calidez de la sonrisa de Antonella. Ella la apretó más contra su pecho.

>>—Ahora vamos a dormir.

No creyó que pudiera hacerlo, porque no estaba en absoluto cansada. Sin embargo, se quedó dormida unos minutos después, totalmente ajena a la mujer que yacía a su lado y no dejaba de mirarla atentamente.

CAPÍTULO 20

Conducir por la ciudad fue abrumador como lo había presentido; sin embargo, estaba acostumbrándose fácilmente. No era que saliera mucho; esta era la primera vez que se animaba. Hacía dos días que Antonella se había marchado; volvería al día siguiente y Sophia deseaba preparar para cenar algo delicioso. Tenía algo importante que hablar con ella y deseaba que el ambiente fuera bueno.

Antonella llamaba por teléfono o enviaba mensajes todos los días, entre dos reuniones o negociaciones. Normalmente era breve, dado a lo apretado de sus horarios.

La noche era la peor parte del día, porque era entonces cuando Sophia daba vueltas en la cama y extendía la mano en sueños para tocarla, pero sólo había un espacio vacío. Echaba de menos su abrazo, la calidez de su cuerpo. La echaba de menos a ella. Por eso, cuando hablaban por teléfono, se refería a cosas generales en tono ligero, y se alegraba de que ella no supiera que el sonido de su voz le tocaba la fibra sensible. Lo que más deseaba era perderse en sus brazos y entregarle su corazón y su alma. Pero no tenía valor para hacerlo. Era mejor aceptar lo que le ofrecía y no desear lo imposible.

Ella estaba ansiosa por compartir su idea de negocio con Antonella. Sophia demostraría su valía, que era capaz de esforzarse y dejar de quejarse; ella podría demostrar que podía aportar algo además de ser buena hija, hermana y ¿novia?

En la tienda comercial recorrió los pasillos en busca de los ingredientes necesarios. De repente alguien tropezó con ella y Sophia estuvo a punto de perder el equilibrio. No pudo identificar quién fue, ya que tan pronto pudo enderezarse, dicha persona había desaparecido de su vista. De pronto sintió que algo cálido le golpeaba por el brazo. ¿Sangre? ¿De dónde? Entonces vio que su blusa estaba rasgada a la altura de las costillas inferiores. El tejido estaba manchado de sangre que manaba de un corte profundo que tenía mal aspecto. ¿Pero qué demonios…? Entonces fue consciente del ardor y del dolor. Apretó su costado justo en el instante en que una señora a su lado se dio cuenta de que estaba herida.

Todo lo sucedido después fue un borrón en su memoria. La mujer comenzó a gritar pidiendo ayuda. Más gente apareció: encargados de la tienda, guardias. Los escuchó hablar alterados. Uno de los guardias la instruyó a que se sentara e intentó brindarle ayuda mientras llegaba la ambulancia.

En su bolsillo comenzó a sonar su teléfono celular. Ella lo sacó y miró la pantalla. Era Antonella; Sophia se negaba a contestar, no quería preocuparla. Sin embargo, otro de los guardias le arrebató el teléfono y contestó la llamada.

Después de eso todo fue en caos, llegaron los paramédicos, le revisaron la herida y le informaron que no era bastante profunda, pero tendría que ser llevada a urgencias. Estaban a punto de trasladarla cuando Sandler y Ángelo llegaron.

—¿Qué tan furiosa está?

Le preguntó a Ángelo, mientras Sandler hablaba con los paramédicos.

—Demasiado para poder contabilizarlo en una escala.

Ángelo le sujetó la mano.

>>—¿Estás pálida?

—Mentiría si te digo que no estoy asustada. No soy tan valiente.

—Todo estará bien.

Intentó tranquilizarla.

>>—Viste a tu atacante.

Sophia negó con la cabeza. No pudieron seguir hablando porque los paramédicos tenían que iniciar con el traslado. Se decidió que Sandler iría con ella al hospital y Ángelo se quedó a hablar con los policías para intentar dar con el culpable.

Una hora después le habían dado cinco puntos y le habían hecho radiografías para comprobar que no tuviera un daño interno, había dado su declaración a la policía y estaba preparándose para irse a casa.

—El hombre que la atacó estaba encapuchado y no lograba verse el rostro.

Comentó Sandler.

>>—Sin embargo la policía ya dio los avisos para su búsqueda.

Intentó autoconvencerse.

>>—La señorita Lennox está presionando duramente a las autoridades para que resuelvan este asunto.

—Tal vez fue un accidente. No deberíamos exagerar sin saber toda la verdad.

— Dígaselo usted misma, en un par de horas estará aquí. Ahora debe de estar embarcando en el avión.

Dijo Sandler después de consultar el reloj.

—Pero regresaba hasta mañana. No hay necesidad de que interrumpa su trabajo; esto puede ser algo que me ha sucedido por casualidad.

Opinó encogiéndose ligeramente de hombros.

>>—Le podía haber pasado a cualquiera.

—Pero usted no es cualquier persona; los rumores sobre que Antonella Lennox tiene pareja comenzaron a circular desde el día que Christine Armenta lo gritó delante de todos.

Suspiró.

>>—Además de que no es un secreto que a causa de eso, la sociedad entre los Armenta y la señorita Lennox está atravesando una ruptura. Por lo tanto, es más vulnerable que la mayoría. Por eso hemos tomado ciertas medidas de protección.

Sophia palideció. ¿La situación con los Armenta era peor de lo que imaginaba? Antonella le dijo que Christine Armenta se fue a España a cambio de no afectar más sus negocios con Ricardo Armenta. ¿Qué estaba ocurriendo en verdad?

— ¿Cree que fue un ataque deliberado?

Se le empañaron los ojos.

—Hay personas que odian a Antonella Lennox; eso le hace a usted un daño colateral.

— ¿Tiene enemigos?

Pregunta tonta, ya que una mujer que surgió de la nada y que había hecho fortuna tenía que levantar envidias y enemigos. La envidia y los celos eran imprevisibles en algunas personas: hombres que se sintieran injustamente tratados; mujeres desairadas…

—Digamos que dañarla a usted sería un golpe certero para la señorita Lennox.

Sophia ya no quería seguir escuchando, por eso terminó de vestirse y le pidió a Sandler que la llevara al departamento. Cuando llegaron, Sandler le informó que se quedaría hasta que Antonella llegará.

—Estos son los analgésicos y una píldora para dormir.

Dijo el hombre mientras sacaba un paquete del bolsillo y se lo entregaba.

>>—Tómeselos cuando se vaya a la cama.

Asintiendo, ella se fue directo a la recámara. Después de una larga y relajante ducha, se tumbó en la cama. Antes de cerrar los ojos se acordó de las pastillas y se las tomó. La herida no le dolía demasiado, pero su mente no descansaba y no le sería fácil conciliar el sueño un poco. Necesitaba una siesta. ¿Cuánto tardarían las pastillas en hacer efecto? Quizá si leyera un rato… Tomó un libro, leyó dos páginas y eso fue lo último que recordó hasta que se despertó muchas horas más tarde. Ya estaba oscuro. Al estirarse, ahogó un gemido de dolor. Algo entonces llamó su atención: Antonella estaba recostada a su lado. Estaba dormida. Se quedó mirándola absorta. Se sentía desgarrado por emociones encontradas, que controló con esfuerzo. De repente, Antonella abrió los ojos.

—¿Cómo te sientes?

Le preguntó, preocupada.

—No deberías haber vuelto antes de tiempo.

—Pero, ¿qué dices? Fuiste atacada. Pensaste que permanecería impasible.

—Estoy bien. De verdad.

Llevaba todo el día anticipando ese momento y se había ido poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Segura? Estás pálida y esas ojeras son producto de mi imaginación.

— ¿Tú te has mirado en un espejo?

Antonella también parecía cansada, y sus ojos estaban irritados. Antonella colocó una mano en su mejilla. Después la besó lenta y suavemente en la boca. Cuando alzó la cabeza, Sophia lo miró con los ojos llenos de lágrimas, que trató de ocultar, temerosa de lo que ella pudiera ver en ellos.

—¿Tienes hambre?

Preguntó Antonella con un tono de voz casi en un susurro. Sophia negó con la cabeza.

—Solamente quiero dormir.

Antonella entonces la atrajo a sus brazos. Sophia parecía estar bien. Un poco pálida. Era de noche y debería comer algo, pero comprendía que, después del trauma vivido, el alimento era lo último en su mente; había pasado por un trauma. Y ella por el mayor susto de su vida. El vuelo se le había hecho largo antes de despegar y después se la vivió hablando por teléfono, con Sandler, Ángelo, la policía y todo aquel conocido con influencias policiacas y políticas que le debían favores. Si sus sospechas eran acertadas… los culpables pagarían.

Cuando llegó un par de horas antes, había subido a comprobar a Sophia, la había encontrado profundamente dormida, y Sandler le había dicho que era a causa de los medicamentos para el dolor. De esa forma, Sophia ni siquiera se enteró cuando ella había entrado, ni cuando le había examinado la herida. Quiso verla con sus propios ojos, aunque había visto las fotografías que le tomaron para el reporte policial. La herida no era profunda; si la intención del atacante fue matarla, hizo un mal trabajo al hacerlo deprisa. Falló en su movimiento porque la punta de la navaja había cortado los tendones y llegado al hueso. La herida cicatrizaría, bajaría la hinchazón y, al cabo del tiempo, lo único que quedaría sería una fina línea. Los ojos de Antonella centellearon con un salvajismo primitivo. Blasfemó en voz baja antes de volver a colocar la gasa en su sitio.

—Debes saber que no descansaré hasta hallar al que ha hecho esto.

Sophia se quedó sin respiración y el corazón comenzó a latirle a toda prisa. Casi le daba pena el culpable. Estuvo a punto de decir que podría haber sido peor. Pero le bastó una mirada

para saber que las largas horas en el avión no habían servido para disminuir la ira de Antonella. Ella se sentiría igual si la situación fuera la contraria. Durante varios segundos, Sophia fue incapaz de moverse aunque le fuera en ello la vida. Nadie podía estar tan furioso a menos que la otra persona le importara. ¿Tendría razón Ángelo? Ella representaba algo más para Antonella que una simple mujer que se estaba llevando a la cama. La cabeza le daba vueltas solo de pensarlo. Antonella no decía nada. Pero ella tampoco.

— ¿Quieres hablar de ello?

Le preguntó tomándola de la barbilla.

—Estaba asustada, pero aún creo que solamente fue un accidente. Gracias por haber vuelto, aunque no era necesario.

—Sí. Tenía que hacerlo.

Le dijo con voz suave.

>>—Sophia… sin importar que suceda, nunca olvides que eres muy importante para mí.

Le acarició la cara, inclinó la cabeza y la besó con tanta dulzura, que Sophia se apoyó contra ella y le dejó hace. Pronto el beso terminó y Sophia recargó la cabeza contra su pecho. Se sintió segura, feliz y protegida. Pronto volvió a quedarse dormida.

Antonella no se durmió; se quedó a su lado observándola dormir y planeando sus siguientes movimientos.

▪:✧·✦·✧:▪

—Señorita Antonella.

Era de madrugada. Antonella, que estaba de pie junto a la ventana del estudio, volvió la cabeza hacia Sandler, él había avisado momentos antes que estaba subiendo a su departamento porque tenía importantes noticias. Por eso se vio en la necesidad de abandonar a Sophia en la cama a esa hora.

—¿Qué sucedió?

—Christine Armenta ha muerto.

Apretó los labios.

—¿Qué sucedió?

No hubo perturbación en la voz de Antonella mientras preguntaba. Sandler parecía incómodo y preocupado.

—La policía estaba irrumpiendo el hotel donde se ocultaba para aprenderla, pero la encontraron en la bañera, se cortó las venas…

—Ya veo.

Antonella regresó la vista a la ventana. Ya podía imaginar los titulares, Ricardo se encargaría de maquillar muy bien la situación. Su hermana deliberadamente había desobedecido a Ricardo al no ir a España y alejarse de Antonella. No solo eso. Deliberadamente planeó el homicidio de Sophia aunque falló en el intento gracias a Dios. Era difícil de creer que ella tenía tanta maldad en su corazón para idear esto sola, sin embargo no tenía pruebas contra Ricardo.

>>—Christine no es una mujer que se quitaría la vida.

Comentó con contundencia.

— Se encontró una carta de despedida junto al cuerpo.

Alegó Sandler.

>>—Cuando comiencen las averiguaciones, la policía indagará en el incidente de la señorita Armenta contra la señorita Brown. Pueden cuestionar la forma en la que usted la amenazó por intentar matar a su… novia.

—Ella estaba tomando drogas, será fácil comprobar que no estaba bien de la cabeza, atacó a mi novia en la empresa, intentó matarla y al verse atrapada se suicidó.

Suspiró.

>>—Encárgate de que el equipo de publicidad de las declaraciones necesarias.

—Sí, iré de inmediato a la oficina.

El plan de Antonella debía salir a la perfección. Sería un gran escándalo donde estarían involucradas, pero pronto todo se olvidaría y las únicas consecuencias serían para Ricardo Armenta y sus malditas intenciones de venganza. Las cejas de Antonella se torcieron bruscamente.

—¿Sandler?

—Si, señorita.

—¿Mi itinerario de las últimas horas está bien organizado?

—Si, desde la reunión que interrumpió, sus horarios de vuelo y su arribó a la ciudad.

—Es lo primero que te pedirá la policía, así que no quiero fallas.

—Por supuesto. Recuerde que le soy leal.

Antonella asintió.

—Siempre lo has sido, y sabes lo mucho que valoro la lealtad.

Reflexionó.

—Lo sé, señorita.

Dijo él solemnemente.

>>—Ahora si me disculpa, me iré a la oficina. cualquier cosa puede ponerse en contacto conmigo.

Una vez que Sandler se marchó, Antonella volvió la mirada hacia la pantalla de su ordenador. Sophia aún seguía durmiendo en la cama. ¿Cómo se sentiría ella si descubría que toda la casa tenía cámaras ocultas? Por supuesto que esas cámaras inicialmente se colocaron en su casa por seguridad, sin embargo nunca fueron necesarias utilizarlas, hasta la primera vez que Sophia estuvo en su casa y Antonella celosamente guardaba algunos videos sensuales en una colección estaba comenzando a ir en aumento. Era preciosa dormida también como lo era a mitad de la pasión. Viendo lo tranquila que era su respiración, Antonella inmediatamente llamó a Ángelo.

—¿Te enteraste?

Preguntó.

—¿Tuviste algo que ver?

El tono de voz de Ángelo era severo.

—¿Piensas que yo la mate?

—Esa no es una respuesta.

Antonella rió amargamente.

—¿Dónde está tu confianza? Pensé que éramos amigos.

—Ahora estoy en mi papel de abogado. Necesito saber a qué me enfrento. Sino recuerdo mal en la empresa la amenazaste si se volvía a acercar a Sophia.

—Y tú mejor que nadie sabe que soy una persona que cumple sus promesas.

Se burló.

>>—Pero si te tranquiliza saber, yo no la maté con mis manos.

Hubo un largo silencio.

—¿Estuviste involucrada de alguna otra forma?

—Eso debes preguntárselo a su hermano y a su novia.

Otro largo silencio.

—Antonella…

—Solamente quiero recordarte que estás en deuda conmigo, Ángelo. Tienes que limpiar este desastre.

Dijo amenazadoramente. Escuchó un gruñido al otro lado de la línea.

—¿Sophia Brown debe ser muy importante si logra que arriesgues tanto por ella?

Antonella se burló.

—¿Qué sucede Ángelo? Creí que ella te agradaba.

Se escuchó un fuerte golpe al otro lado de la línea.

—Me agrada, es buena persona. ¿Te agrada a ti o solamente es parte de tu obsesión?

—Cuidado amigo, estás patinando sobre hielo delgado.

—Estamos siendo francos, así que no quiero perder la oportunidad para recordarte que la única razón por la que te obsesionaste con esa mujer, fue porque te llamó la atención cómo a pesar de todo, seguía protegiendo a su familia a toda costa. Su sentido del honor, responsabilidad, y amor a su familia, era algo desconocido para ti.

Antonella suspiró.

—Ese es un tipo de lealtad interesante ¿No lo crees?

Antonella miró el monitor y se dio cuenta que Sophia se estaba estirando, acababa de despertar.

>>—El amor incondicional por el ser querido, una lealtad difícil de encontrar y más valiosa que el agradecimiento.

—¿Por eso hiciste que esa mujer se enamorara de ti? ¿Para siempre tener a alguien a tu lado que sin importar tus errores se quede contigo?

Antonella sonrió con satisfacción cuando vio que Sophia se incorporaba sobre la cama y lo primero que estaba haciendo era buscarla.

—Yo no tuve la suerte de tener una familia leal y cariñosa. Y ahora tengo la oportunidad de tener eso. Ella se quedará a mi lado incondicionalmente, te lo puedo asegurar.

—Tal vez cambie de opinión cuando conozca tu verdadera naturaleza obsesiva, desconfiada y controladora.

Antonella se burló. Vio a Sophia apartar la manta con cuidado de no lastimarse, y levantarse de la cama. Antonella apagó la cámara, ya sabía a dónde iría Sophia.

—Por Dios, hablas como si la fuera a maltratar o meter en una mazmorra. Sophia tendrá una vida llena de esplendor a mi lado. Le daré todo lo que ella quiera y sueñe.

—También querrá tu amor, ¿Se lo darás?

Cuestionó Ángelo en tono indignado. Antonella sonrió.

—¿Crees que no soy capaz de amar?

—¿Lo eres? Soy tu amigo y hemos tenido cientos de conversaciones al respecto. Y el romance no está en tu diccionario.

—Tal vez no lo está. Pero hasta el más cruel de los villanos tiene las posibilidades de cambiar.

En ese momento la puerta de su estudió se abrió y Sophia, con ojeras aun en los ojos, ropa arrugada, y el cabello revuelto la observó atentamente.

—Eso es difícil de creer. Al menos en tu caso, pero te otorgaré el beneficio de la duda.

—Yo no necesito tu consideración. Solamente quiero que hagas tu trabajo.

Y con esa frase cortó la llamada. Se levantó y se acercó a Sophia, en cuanto abrió los brazos, Sophia se apresuró hacia ella.

>>—¿Estás bien?

Le preguntó a Sophia.

—Sí, claro, muy bien.

Mintió Sophia.

>>—Me desperté y pensé que te habías ido.

Contestó encogiéndose de hombros.

—¿A dónde iría a esta hora? No te preocupes, incluso hoy me quedo todo el día contigo.

Antonella le pasó las manos por los antebrazos.

>>—¿Sientes dolor, mareos o algo?

—Estoy bien.

Suspiró.

>>—Gracias por preocuparte por mí.

—¿Cómo no me voy a preocupar?

Tiernamente Antonella le besó la nariz.

—Por circunstancias de la vida, te conocí, terminaste en mis brazos y me has cambiado la vida, Sophia.

Añadió con ternura.

>>—No soy buena expresando palabras cursi, pero no quiero que nunca dudes que quererte es mucho más de lo que creía posible.

Sophia no se podía creer lo que estaba escuchando.

>>—Sé que no soy la mejor persona, pero te prometo que estaré contigo, siempre y cuando tú me aceptes.

Los ojos de Sophia se llenaron de lágrimas.

—Te quiero. Te acepto tal y como eres y quiero compartir la vida contigo, te quiero a mi lado para siempre.

Declaró Sophia con sentimiento. Sophia sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla. No podía hablar más. Se quedó observando fascinada cómo Antonella la tomaba de la mano, la apretaba contra su cuerpo y la besaba. Sophia lo abrazó con fuerza y lo besó también, perdiendo la noción del tiempo.

—Quiero pedirte una cosa…

Declaró Antonella.

—Sí.

Contestó Sophia sin dudar.

—Pero si no sabes lo que te voy a pedir.

Se rió Antonella.

—Me da igual, la respuesta sigue siendo sí.

Antonella volvió a besarla.

—Eso es un alivio, menos mal que aceptaste, sería difícil cancelar un viaje por Europa si ya lo pagué.

Sophia abrió mucho los ojos.

—¿Europa?

Sophia lo miró sorprendida.

—Si, nunca he tomado vacaciones, y creo que irnos de un viaje por un mes será bueno para ambas, nos conoceremos mejor y por el trabajo no te preocupes, podemos trabajar de forma remota, para eso está la tecnología.

Antonella le sonrió.

>>—Quiero esto, Sophia. Será bueno para ambas. ¿Qué dices? ¿Vendrás conmigo, cariño?

—Si, iré a donde sea contigo.

Contestó Sophia besándolo en la mejilla.

—Te quiero.

Contestó Sophia, mirándola con emoción.

>>—Mucho.

—Es recíproco.

Antonella entonces la llevó directamente a su dormitorio y le hizo el amor con machismo cuidado para no lastimarla, además de que la tocó con tanta reverencia, pasión, ternura y deseo, que Sophia terminó llorando de felicidad y quedándose dormida entre sus brazos. En aquella ocasión, Antonella también se durmió. Lo que muchos años deseó tener ahora estaba entre sus brazos y no la dejaría escapar.

¿Fin?...

Para más información sobre mi o se mis próximos proyectos; sígueme
https://beraya.webador.mx/
https://www.facebook.com/profile.php?id=100065244660352&locale=es_LA